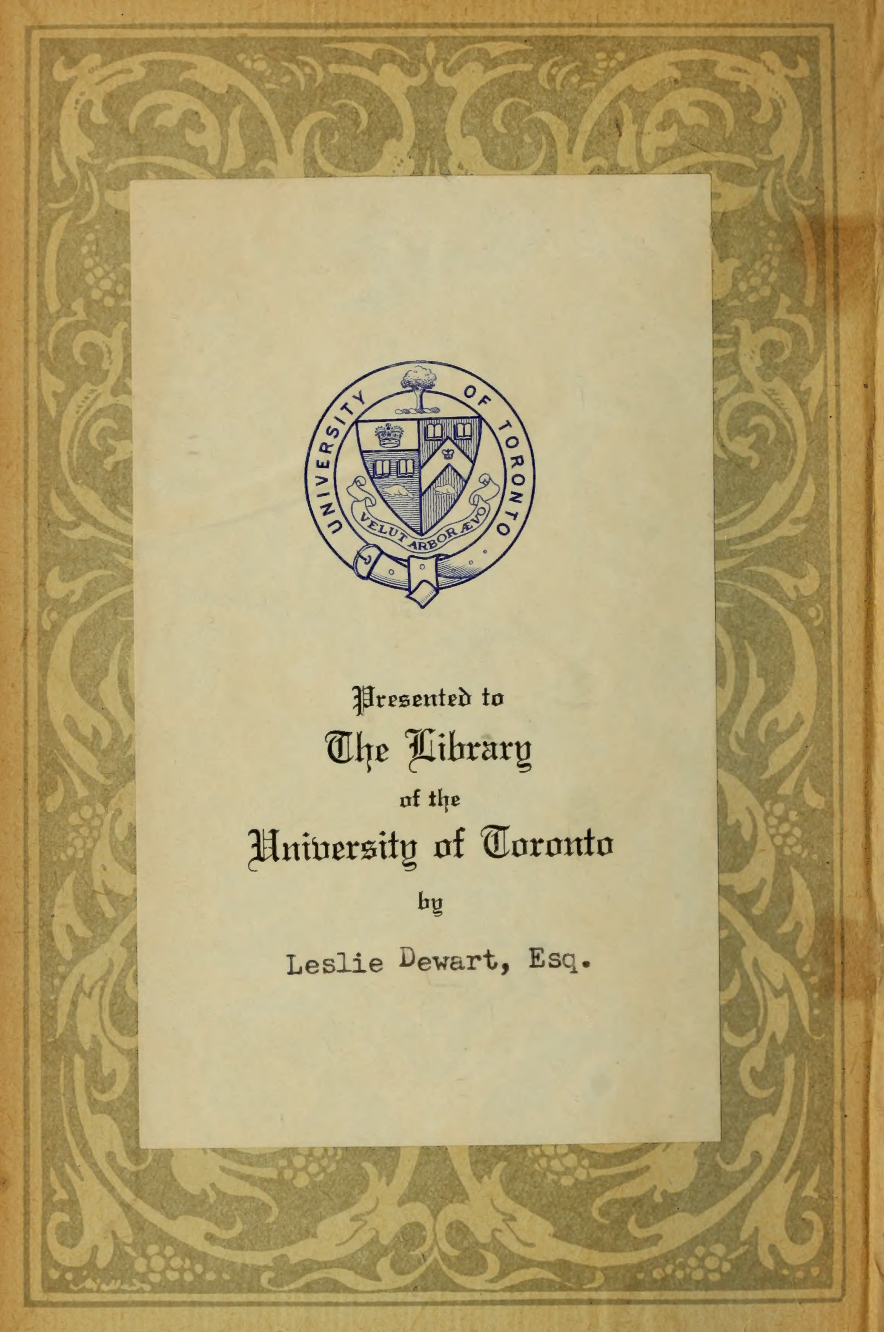


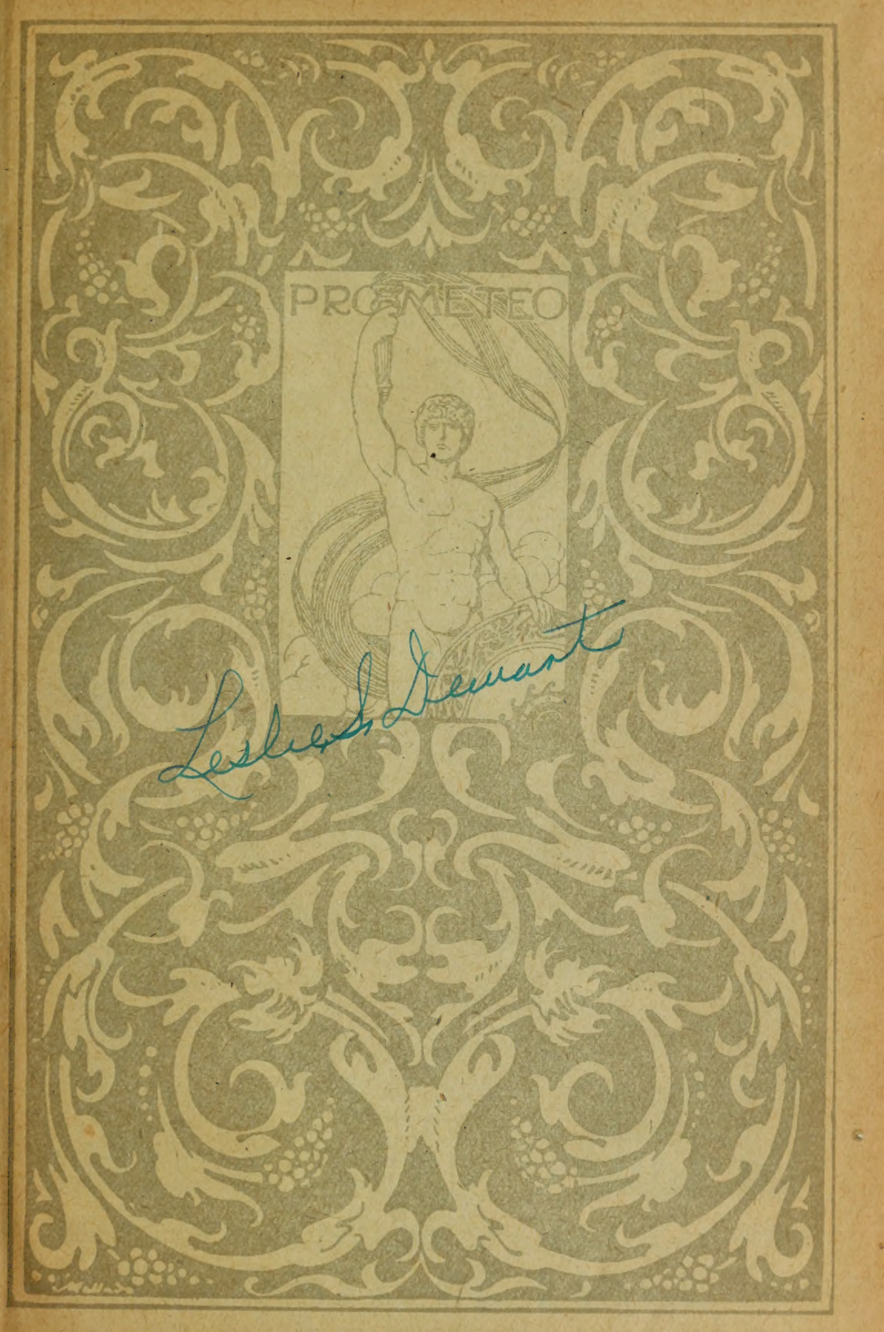
SÓFOCLES

TRAGEDIAS

TRADUCCIÓN NUEVA DEL GRIEGO
POR LECONTE DE LISLE

PROMETEO
VALENCIA




PROMETEO

SÓFOCLES

TRAGEDIAS



TRADVCCIÓN NVEVA DEL GRIEGO POR

LECONTE DE LISLE

CLÁSICOS GRIEGOS

SÓFOCLES

TRAGEDIAS

Traducción nueva del griego por

LECONTE DE LISLE

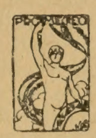
Versión española de JOSÉ VELASCO Y GARCÍA

Catedrático de la Universidad de Valladolid

TOMO SEGUNDO

FILOCTETES : AYAX

: : ELECTRA : :



PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)




UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY



V

FILOCTETES

Odiseo.	Filoctetes.
Neoptolemo.	Un espía.
El coro.	Heracles.

ODISEO

He aquí la ribera de la tierra de Lemnos rodeada por las olas, no hollada ni habitada por los hombres, donde hace tiempo, ¡oh vástago del más valiente de los helenos! dejé abandonado, por orden de los reyes, al malio, hijo de Peano, cuyo pie destilaba una sangre corrompida. No podíamos hacer tranquilamente ni libaciones ni sacrificios, porque llenaba todo el campamento con quejas y horribles imprecaciones, gritando y lamentándose. Pero ¿de qué sirve decir esto? No es este el momento de largos discursos. Que sepa que estoy aquí, y será inútil toda la astucia con ayuda de la cual espero apoderarme bien pronto de él. A ti toca hacer lo demás y descubrir dónde está la roca que se

abre por dos salidas, que es caldeada por Helios á uno y otro lado en invierno, y donde, en verano, circula el viento y convida al sueño. Es posible que veas, algo más abajo, á la izquierda, un agua de fuente, si todavía existe. Acércate en silencio y dime si esas cosas están aún en aquel lugar, para que oigas lo que me queda por decirte y lo hagamos entre los dos.

NEOPTOLEMO

Rey Odiseo, he aquí eso de que hablas. Me parece ver el antro tal como tú lo has descrito.

ODISEO

¿Abajo ó arriba? Porque nada distingo.

NEOPTOLEMO

Allá arriba. No oigo rumor alguno de pasos.

ODISEO

Observa si se ha echado á dormir en su albergue.

NEOPTOLEMO

Veo que este refugio está vacío y sin habitantes.

ODISEO

¿No se encuentra ahí alguna cosa de uso doméstico?

NEOPTOLEMO

Un montón de hojas holladas, como si se acostase allí alguno.

ODISEO

¿El resto está vacío? ¿No hay nada más?

NEOPTOLEMO

Una copa de madera, groseramente fabricada, obra de inhábil obrero; además, con qué hacer fuego.

ODISEO

Lo que ves es toda su riqueza.

NEOPTOLEMO

¡Ah! ¡ah! Veo, además, algunos harapos que están puestos á secar, llenos de sangre corrompida.

ODISEO

Ciertamente, el hombre habita ahí, y no está lejos. ¿Cómo, en efecto, ha de ir lejos aquel cuyo pie sufre un mal antiguo? Habrá ido, como de costumbre, á buscar alimento, ó alguna planta, si la conoce, que calme sus dolores. Envía á este hombre, de descubierta, para que Filoctetes no caiga repentinamente sobre mí, porque, de todos los argivos, yo soy de quien preferiría apoderarse.

NEOPTOLEMO

Ya ha partido y seguirá las huellas. En cuanto á ti, si quieres otra cosa, habla de nuevo.

ODISEO

Hijo de Aquileo, para cumplir la tarea que nos trae aquí, es preciso no sólo ser valiente y fuerte; es necesario también, siquiera me oigas decir lo que antes no me has oído, obrar como yo, puesto que estás aquí para ayudarme.

NEOPTOLEMO

¿Qué ordenas, pues?

ODISEO

Es preciso que engañes el ánimo de Filoctetes con palabras dispuestas para seducirle. Cuando te pregunte quién eres y de dónde vienes, dile que eres hijo de Aquileo. No hay para qué ocultar esto; que navegas hacia tu patria, habiendo abandonado la flota de los aqueos, á quienes aborreces violentamente, los cuales, habiéndote hecho dejar tu morada con sus súplicas para sitiar á Ilión, no han querido, á tu llegada, entregarte las armas de Aquileo, que pedías

con justo título, y las han entregado á Odiseo. Dices esto abrumándome de tantas palabras ultrajantes como quieras. No me ofenderé en nada por ello. Pero, si no lo haces, causarás desgracias á todos los argivos. Porque, si el arco y las flechas de Filoctetes no son tomadas, jamás podrás destruir la ciudad de Dárdano. Sabe por qué tú puedes hablar á ese hombre con confianza y seguridad, y por qué ello no me es á mí posible. Tú has navegado, en efecto, no estando ligado por juramento alguno, ni por fuerza, y no eras de la primera expedición. En cuanto á mí, no puedo negar ninguna de esas cosas. Por eso, si tiene su arco y me reconoce, soy muerto, y te perderé conmigo. Te es preciso, pues, emplear con él la astucia, á fin de arrebatarle á hurtadillas sus armas invencibles. Ya sé, hijo, que no está en tu carácter hablar ni obrar mal; pero obtener la victoria es cosa dulce. Ahora, por una pequeña parte de este día, abandónate á mí sin reserva, y después serás llamado, en todo el tiempo por venir, el más piadoso de los hombres.

NEOPTOLEMO

En cuanto á mí, Laertiada, aborrezco hacer lo que estoy indignado de oir. No he nacido para servirme de astucias, ni yo, ni, á lo que se dice, el que me engendró. Estoy pronto á llevar á ese hombre por la fuerza, no por la astucia. No teniendo mas que un pie, no triunfará de nosotros que somos tantos. Enviado aquí para ayudarte, temo ser llamado traidor. Prefiero, ¡oh Rey! ser vencido procediendo honradamente, á vencer por medio de una acción vergonzosa.

ODISEO

Hijo de un noble padre, yo también, cuando era joven, hace tiempo, tenía la lengua perezosa y la mano pronta; pero, ahora, considerado é intentado todo, veo que la palabra, y no la acción, lo conduce todo entre los mortales.

NEOPTOLEMO

¿Qué me ordenas, pues, si no es mentir?

ODISEO

Digo que debes apoderarte de Filoctetes por la astucia.

NEOPTOLEMO

¿Por qué engañarle más bien que persuadirle?

ODISEO

No se le ha de persuadir, y no podrás apoderarte de él por la fuerza.

NEOPTOLEMO

¿Tan orgullosamente seguro está de sus fuerzas?

ODISEO

Sus flechas causan inevitablemente la muerte.

NEOPTOLEMO

¿No basta, pues, ser un hombre valiente para acercársele?

ODISEO

Nunca te apoderarás de él sino por la astucia, como yo te digo.

NEOPTOLEMO

¿Pero no crees, pues, que es vergonzoso decir falsedades?

ODISEO

No, si la mentira trae la salvación.

NEOPTOLEMO

¿Con qué impudencia se puede hablar así?

ODISEO

Cuando se obra por un provecho, no se debe vacilar.

NEOPTOLEMO

¿Qué provecho tengo en que vaya á Troya?

ODISEO

Sólo sus flechas tomarán Troya.

NEOPTOLEMO

¿No soy yo, pues, como se ha dicho, quien la tomará?

ODISEO

Ni tú sin ellas, ni ellas sin ti.

NEOPTOLEMO

Si ello es así, es preciso apoderarnos de ellas.

ODISEO

Si lo haces, hallarás en ello una doble ventaja.

NEOPTOLEMO

¿Cuál? Dila, y me negaré á obrar.

ODISEO

Serás tenido á la vez por hábil y valiente.

NEOPTOLEMO

¡Vamos! Obraré y prescindiré de toda vergüenza.

ODISEO

¿Tienes bien en la mente todo lo que te he aconsejado?

NEOPTOLEMO

No dudes de ello, puesto que he consentido.

ODISEO

Quédate, pues, aquí y espérale. Yo me voy, para no ser visto aquí, y enviaré el espía á la nave. Si me parece que perdéis tiempo, volveré á enviar aquí á ese mismo hombre,

vestido de marinero, para que sea tomado por un desconocido. Si habla artificiosamente, tú, hijo, toma de sus palabras lo que pueda servirte. Yo me voy á la nave. ¡Que Hermes, que urde astucias y que nos ha conducido aquí, nos guíe, y la victoriosa Atena Poliada que me protege siempre!

EL CORO

Estrofa 1

Señor, extranjero en esta tierra extraña, ¿qué diré á ese hombre desconfiado? Enséñamelo. En efecto, la ciencia de quien tiene el cetro divino de Zeus es superior á la ciencia de todos los demás, y el mando supremo, ¡oh hijo! te ha sido legado desde las antiguas edades. Por eso, dime cómo puedo servirte.

NEOPTOLEMO

Si deseas ver el interior del lugar en que él se guarece, mira ahora con toda confianza; pero, en cuanto venga ese hombre terrible, sal del antro, y, siempre al alcance de mi mano, ven en mi ayuda en el momento oportuno.

EL CORO

Antistrofa I

Me ordenas, ¡oh Rey! aquello de que ya me preocupo hace mucho tiempo, y tengo sobre todo el ojo atento á lo que te interesa. Dime ahora qué retiro habita, dónde está. Conviene, en efecto, que esté yo instruído de ello, para que no aparezca sin esperarle. ¿Cuál es el lugar, cuál es la morada? ¿Qué camino sigue? ¿Está dentro ó fuera?

NEOPTOLEMO

Mira su morada, esa roca con dos aberturas.

EL CORO

¿Adónde ha ido el desgraciado?

NEOPTOLEMO

Sin duda habrá ido á buscar alimento, siguiendo ese

sendero que está cerca de aquí. Se dice, en efecto, que tal es su vida ordinaria, atravesando miserablemente, el desgraciado, á las bestias salvajes con sus aladas flechas, y no pudiendo hallar remedio á sus males.

El coro

Estrofa II

Verdaderamente tengo piedad de él, porque á nadie preocupa, y el infeliz no se ve consolado por la presencia de ningún mortal; sino que, siempre solo, sufre un mal horrible, y anda errante, presa del deseo nunca satisfecho de todo lo necesario. ¿Cómo resiste el desdichado? ¡Oh industria vanamente hábil de los mortales! ¡Oh miserables generaciones de hombres para quienes lo amargo de la existencia excede de toda medida!

Antistrofa II

Este que, quizá, no está por debajo de ninguna de las familias antiguas, privado de las cosas de la vida, carece de todo, alejado de los demás hombres, lanzado en medio de las bestias salvajes manchadas ó velludas, devorado por un hambre terrible y por dolores, y presa de inquietudes intolerables; y el eco de sus gritos espantosos y repetidos resuena á lo lejos.

Neoptolemo

No hay nada en eso de que yo esté sorprendido. Si no me engaño, sus males le vienen de los Dioses, de la cruel Crise. Si ahora sufre ese mal, sin estar cuidado por nadie, es que la voluntad de los Dioses no es que lance sus flechas divinas é invencibles contra Troya, antes que haya llegado el tiempo en que han decidido que sea destruída.

El coro

Estrofa III

Cállate, hijo.

Neoptolemo

¿Qué ocurre?

EL CORO

He oído un rumor, parecido al de un hombre que sufre. ¿Es aquí ó allá? Es el rumor de alguien que camina con trabajo. La voz lamentable venida de lejos no me ha engañado y perturba á los que la oyen. He aquí que se perciben distintamente sus lamentos.

Antistrofa III

Pero piensa, hijo...

NEOPTOLEMO

¿En qué?

EL CORO

...en nuevas inquietudes. No está lejos; hele aquí. No es un pastor que toca la flauta, sino un hombre que grita horriblemente, sea que su pie haya tropezado, sea que haya visto la nave en la inhospitalaria costa, porque grita espantosamente.

FILOCTETES

¡Ah, extranjeros! ¿Quiénes sois vosotros, que habéis abordado con ayuda del marino remo á esta tierra sin puerto y deshabitada? ¿Diré con verdad de qué patria y de qué raza sois? He aquí, en efecto, el traje heleno que me es tan querido. Pero quiero oir vuestra voz. No retrocedáis espantados de mi feroz aspecto, sino tened piedad de un desgraciado hombre solo, abandonado, sin amigos. Hablad á un hombre abrumado de males, si como amigos venís. Responded, porque no está bien que no me habléis ni que no os responda.

NEOPTOLEMO

Sabe, pues, por de pronto, extranjero, que somos helenos, puesto que quieres saberlo.

FILOCTETES

¡Oh amadísimo lenguaje! ¡Ah! ¡cuánto me place oir hablar á un hombre tal después de tan largo tiempo! ¿Quién

te ha mandado aquí? ¿Qué necesidad te ha traído? ¿Qué propósito? ¿Qué viento, el más querido de todos los vientos? Revélame todo esto, para que sepa quién eres.

NEOPTOLEMO

Nací en Esciros, rodeada por las olas, y navego hacia mi patria. Me llaman Neoptolemo, hijo de Aquileo. Ya lo sabes todo.

FILOCTETES

¡Oh hijo de un padre tan querido, y nacido en un país amado! ¡Oh tú, criado por el viejo Licomedes! ¿Cómo te has visto arrastrado aquí? ¿Desde dónde vienes navegando?

NEOPTOLEMO

Ahora, vengo de Ilión.

FILOCTETES

¿Qué dices? Tú no entraste con nosotros en las naves, cuando primeramente partimos para Ilión.

NEOPTOLEMO

Y tú, ¿tomaste parte en esa calamidad?

FILOCTETES

¡Oh hijo! ¿no conoces al que estás mirando?

NEOPTOLEMO

¿Cómo he de conocer á quien jamás he visto?

FILOCTETES

¿Nunca has oído mi nombre, ni rumor alguno de los males por los que perezco miserablemente?

NEOPTOLEMO

Sabe que no sé nada de eso que dices.

FILOCTETES

¡Oh misérrimo y odiado por los Dioses, puesto que el rumor de mi suerte no ha llegado á mi patria, ni á la Hélada, sino que los que me han rechazado impíamente se callan y se burlan de mí, mientras mi mal aumenta y cada día lo hace más amargo! ¡Oh hijo, oh vástago de Aquileo, yo soy aquel (tal vez lo habrás oído) que posee las flechas de Heracles, Filoctetes, hijo de Peano, á quien los dos jefes de guerra y el rey de los cefalenios arrojaron vergonzosamente, solo, á esta tierra desierta, atormentado por un mal cruel y herido por la mordedura terrible de una víbora homicida. En tal estado, hijo, me abandonaron y se fueron, habiendo abordado aquí en las naves, de vuelta de Crisa, rodeada por las olas. Alegres, en cuanto me vieron, después de una violenta postración, durmiendo bajo una roca hueca de la costa, se marcharon, dejándome, como á un mendigo, unos harapos y algo de alimento. ¡Ojalá sufran ellos otro tanto! Figúrate, ¡oh hijo! lo que yo experimenté al despertarme, después que hubieron partido, cuántas lágrimas derramé, con qué lamentos sobre mis males, cuando vi que habían desaparecido todas las naves con las que yo navegaba, y que no había aquí ningún hombre que me socorriese y pudiera aliviar mi mal. Y mirando por todo mi alrededor, no vi nada sino mis miserias; y de éstas, ¡oh hijo! tenía gran abundancia. Y el tiempo hacía suceder á un día otro día, y me era preciso, solo, bajo este miserable abrigo, pensar en algún alimento. Este arco me procuraba las cosas necesarias, atravesando las aladas palomas; y entonces, en busca de la que la flecha partida de la cuerda había alcanzado, me deslizaba, arrastrando mi pie miserable. Y cuando era preciso beber ó cortar algunas ramas, si la escarcha se había extendido sobre la tierra, como suele suceder en invierno, caminaba, arrastrándome angustiosamente. Y no tenía fuego; pero, golpeando una piedra con otra piedra, hice brotar con gran trabajo un poco de la escondida llama, y esa llama me ha salvado siempre; porque, con el fuego, tengo todo lo que es preciso en esta morada, menos el fin de mi mal. Ahora, ¡oh hijo! sabe qué isla es ésta. Ningún marino aborda por su gusto. No se halla, en efecto, puerto alguno, ni ningún lugar donde el que navega obtenga ganancia ó sea recibido por un huésped. No se dirige aquí ninguna navegación de hombres prudentes. Alguna vez llegan contra su voluntad, porque esas cosas suceden con frecuencia en una larga vida humana. Los que vienen aquí, ¡oh hijo! me hablan con

piedad, lamentan mi destino y me dan además algunos alimentos y algunos vestidos; pero, en cuanto hablo de ello, todos se niegan á conducirme seguramente á mi patria; y, mísero, me veo roído por el hambre y los dolores, este es ya el décimo año, y alimentando una llaga voraz. He aquí lo que me han hecho, ¡oh hijo! los Atreidas y Odiseo. ¡Que los Dioses les inflijan á su vez males semejantes á los que yo he sufrido!

EL CORO

Yo también, no menos que los extranjeros que ya han venido aquí, no puedo sino tener piedad de ti, hijo de Peano.

NEOPTOLEMO

Y yo sé que tus palabras son veraces, y puedo atestiguarlo, habiendo sufrido á causa de esos hombres malvados, los Atreidas y Odiseo.

FILOCTETES

¿También tú has recibido alguna injuria de los malditos Atreidas, que así estás irritado?

NEOPTOLEMO

¡Plegue á los Dioses que, con mi mano, sacie un día mi cólera y que Micenas y Esparta aprendan que también Esciros produce hombres valientes!

FILOCTETES

¡Bien, oh hijo! Pero ¿de qué procede esa gran cólera que hace que estés aquí?

NEOPTOLEMO

¡Oh hijo de Peano! Diré, aunque con disgusto, los ultrajes que recibí de ellos cuando llegué. En cuanto la Moira hubo cortado el destino de Aquileo...

FILOCTETES

¡Oh Dioses! No digas más, antes de que sepa ante todo si, en verdad, ha muerto el hijo de Peleo.

NEOPTOLEMO

Ha muerto, no por la mano de ningún hombre, sino por la de un dios. Ha sido abatido por el arco de Febo.

FILOCTETES

Vencedor y vencido, son ambos de buen linaje. Vacilo, no sabiendo, ¡oh hijo! si te interrogaré primero sobre lo que has sufrido, ó si lloraré á Aquileo.

NEOPTOLEMO

Creo que tienes bastante con tus desdichas sin llorar además las de otro.

FILOCTETES

Bien has hablado; así, pues, refiéreme desde el principio lo que te concierne y el ultraje que se te ha hecho.

NEOPTOLEMO

El divino Odiseo y el protector de mi padre vinieron á buscarme en una pintada nave, diciendo, con verdad ó con mentira, no sé, que á ningún otro estaba concedido, después que mi padre había muerto, destruir á Pérgamo. Como hablaban así, no tuvieron que apremiarme mucho tiempo, extranjero, á partir prontamente en la nave. Deseaba en gran manera ver á mi padre muerto y no sepultado todavía, porque nunca le había visto antes. Ciertamente, otro glorioso deseo me impulsaba también, cual era abatir la ciudadela de Troya. Después de dos días de navegación favorable, abordé al áspero promontorio Sigeo. Y tan pronto como salí de la nave, todo el ejército, rodeándome, me saludó. Y juraban que veían de nuevo, vivo, á Aquileo, que ya no existía. Y éste yacía, dispuesto para ser sepultado. En cuanto á mí, desdichado, después de llorarle, me dirigí á los Atreidas, que debían ser mis amigos como era justo, y reclamé las armas y los demás bienes de mi padre. Pero ¡ay! diéronme esta impudentísima respuesta: «¡Oh hijo de Aquileo! Puedes tomar todos los demás bienes de tu padre; pero otro hombre, el hijo de Laertes, posee sus armas.» Entonces, con lágrimas, me levanté lleno de cólera é indigna-

ción: «¿De modo, ¡oh miserables! que os habéis atrevido á entregar mis armas sin que yo haya consentido en ello?» Y Odiseo, que estaba allí, me dijo: «Sí, joven, me las han dado con muy buen derecho, porque las salvé salvando el cuerpo de tu padre.» Y yo, en mi cólera, le ultrajé con toda clase de injurias, no perdonando nada, si quería arrebatarme mis armas. Llevado á ese punto, y ofendido, por más que sea pacífico, respondió á lo que había oído: «Tú no estabas donde nosotros estábamos, sino que estabas donde no era preciso que estuvieses. Puesto que hablas tan insolentemente, no has de llevar jamás esas armas á Esciros.» Habiendo recibido este ultraje, vuelvo á mi patria, despojado por el execrable Odiseo nacido de execrables padres; pero no le censuro tanto como á los que tienen el mando. En efecto, toda una ciudad, todo un ejército, pertenecen á quienes los mandan, y los hombres se hacen malos y obran mal, á ejemplo de sus jefes. Ya lo he dicho todo. ¡Que el que aborrezca á los Atreidas sea mi amigo y el de los Dioses!

El coro

Estrofa

Tú, que te adornas de montañas, Gea, Nodriza universal, Madre del mismo Zeus, que posees el gran Pactolo lleno de oro, yo te imploré, ¡oh Madre venerable! ¡oh Bienaventurada conducida por los leones matadores de toros! cuando los Atreidas ultrajaron violentamente á éste, y entregaron, honor supremo, las armas paternas al hijo de Laertes.

Filoctetes

Traéis una señal manifiesta de dolor, y os quejáis lo mismo que yo. Reconozco las malvadas acciones de los Atreidas y de Odiseo. Sé que éste no niega á su lengua ninguna palabra pérfida ni maldad alguna, y que no hay iniquidades que no pueda cometer. Nada de esto me asombra; pero estoy sorprendido de que el gran Ayax, viendo esas cosas, las haya tolerado.

Neoptolemo

No estaba ya entre los vivos, ¡oh extranjero! Jamás, en efecto, viviendo él, hubiera sido yo despojado de esas armas.

FILOCTETES

¿Qué dices? ¿Ha muerto, pues?

NEOPTOLEMO

Sabe que no disfruta ya de la luz.

FILOCTETES

¡Desgraciado de mí! ¡Y el hijo de Tideo y esa raza de Sísifo comprada por Laertes, no hay que temer que hayan muerto! Ellos eran quienes no debían vivir.

NEOPTOLEMO

Ciertamente, no han muerto, sábelo. Florecen ahora en el ejército de los argivos.

FILOCTETES

¿Y aquel anciano que era valiente, amigo mío, Néstor el de Pilos, vive? Solía refrenar los malvados designios de aquéllos con sus prudentes consejos.

NEOPTOLEMO

Ahora es muy desgraciado desde la muerte de su hijo Antíloco, que estaba con él.

FILOCTETES

¡Ay! Tristes cosas me dices de los dos hombres cuya muerte hubiera menos querido saber. ¡Ay! ¡ay! ¿qué se debe esperar, cuando éstos perecen y cuando Odiseo sobrevive y no está donde era menester que estuviese, en lugar de los que han muerto?

NEOPTOLEMO

Ese es un luchador astuto; pero ¡oh Filoctetes! los propósitos de la astucia se ven con frecuencia burlados.

FILOCTETES

Pero, te suplico, ¿dónde estaba entonces Patroclo, que era tan querido de tu padre?

NEOPTOLEMO

También él había muerto. Te explicaré esto en pocas palabras: la guerra no mata con gusto ningún hombre malvado, sino que mata siempre los mejores.

FILOCTETES

Lo atestiguo juntamente contigo. Así, pues, te preguntaré por ese hombre despreciable, pronto de lengua y astuto. ¿Qué hace ahora?

NEOPTOLEMO

¿Por quién me preguntas, si no es por Odiseo?

FILOCTETES

No hablo de él. Pero había un tal Tersites que rehusaba no repetir lo que no agradaba á nadie. ¿Sabes si vive todavía?

NEOPTOLEMO

No le he visto. He oído decir que vivía.

FILOCTETES

Ciertamente, así tenía que ser. Ningún malvado muere, en efecto. Los Genios les rodean de cuidados. Los que son astutos y acostumbrados á hacer mal, les llaman de buen grado del Hades; los que son justos é irreprochables, suelen enviarles á él. ¿Qué pensar de estas cosas? ¿Por quién serán alabadas? ¡Quisiera alabar las acciones de los Dioses, y encuentro á los Dioses mismos inicuos!

NEOPTOLEMO

En cuanto á mí, en verdad, ¡oh hijo de un padre etaense! en adelante miraré de lejos á Ilión y á los Atreidas, y me guardaré de ellos. Puesto que, allí donde están, el peor

prevalece sobre el bueno, la virtud perece y el cobarde es poderoso, jamás amaré á tales hombres. La rocosa Esciros me bastará de hoy más, y me regocijaré en mi morada. Ahora me voy á mi nave. En cuanto á ti, hijo de Peano, sé feliz. Que los Dioses te libren de tu mal, como deseas. Nosotros, ¡vamos! para partir en cuanto un dios nos conceda navegar felizmente.

FILOCTETES

¡Oh hijo! ¿ya partís?

NEOPTOLEMO

Nos es preciso esperar más bien de cerca que de lejos el instante de la navegación.

FILOCTETES

¡Por tu padre, por tu madre, ¡oh hijo! por todo lo que te es caro en tu morada, te suplico y te imploro, para que no me dejes solo, abandonado á estos males de que me ves agobiado ó que has sabido! Antes bien, tómame como un aumento de carga. Bien sé la pesadez de esta carga; sin embargo, llévala. Lo que es vergonzoso inspira horror á los espíritus dotados de generosidad, y ellos se glorian de lo que es honrado. Si esto me es negado por ti, tu oprobio será horrible. Si me salvas, ¡oh hijo! y vuelvo vivo á la tierra etaense, serás con mucha gloria alabado. ¡Vamos! No durará ese trabajo todo un día. Decídete, y, al llevarme, échame donde quieras, en la sentina, á proa, á popa, allí donde menos carga sea para los tuyos. ¡Consiente! Conjúrote por Zeus vengador de los que suplican, no seas inexorable, ¡oh hijo! Á tus plantas me postro, aunque baldado y cojo. No me dejes, te conjuro, abandonado aquí, lejos de toda humana huella; antes bien, llévame, sea á tu patria, sea á Eubea de Calcodón. Desde allí, no será larga la navegación hasta el Eta, la altura traquinense y el Esperquio de hermoso curso. Vuélveme á mi padre, que me es tan querido. Temo hace mucho tiempo que haya muerto. Frecuentemente, en efecto, con los que han llegado aquí, le he enviado mis súplicas para que me llevase él mismo en una nave á su patria; pero, ó ha sido víctima del destino, ó los que he enviado, poco cuidadosos de mis intereses, como es cos-

tumbre, se han apresurado hacia sus moradas. Ahora, acudo á ti para que seas mi conductor y mi mensajero. Sálvame, ten compasión, pensando cuán llenas de terrores y peligros están todas las cosas, prósperas ó no, para los mortales. Es necesario que el que no es presa de los males piense en preverlos. ¡Si alguno vive dichoso, entonces que vigile cuidadosamente, para evitar perecer por su imprudencia!

EL CORO

Antistrofa

Ten piedad, ¡oh Rey! Ha referido las miserias sin número é intolerables de que está abrumado. ¡Que ninguno de los que me son queridos sufra otro tanto! Si aborreces, ¡oh Rey! á los funestos Atreidas, ciertamente, yo tornaré en provecho de éste el ultraje que aquéllos te hicieron á ti y á él, y huyendo la venganza de los Dioses, le transportaré á su patria, como ardientemente desea, en la rápida y bien provista nave.

NEOPTOLEMO

Mira si, ahora, no eres demasiado complaciente, y tienes cuidado de no hablar así cuando te halles bajo el enojo de su presencia y de su mal.

EL CORO

No, no. Jamás me reprocharás eso con justicia.

NEOPTOLEMO

Sería vergonzoso que yo anduviera más lento que tú para venir en ayuda de este extranjero, como es ya tiempo. Si, pues, te parece así, hagámonos á la mar. ¡Que venga al punto! La nave le conducirá, y no obtendrá una negativa. Solamente, ¡que los Dioses nos lleven sanos y salvos desde esta tierra al lugar adonde dirigimos nuestro rumbo!

FILOCTETES

¡Oh día felicísimo! ¡Oh el más benigno de los hombres! ¡Oh remeros queridos! ¡Que pueda yo probaros cuánto os

estoy reconocido, yo á quien habéis dado socorro! Vamos, hijo, después de haber saludado á esta morada que no se puede habitar, para que sepas de qué manera he soportado la vida y cuán animoso he sido. Creo, en efecto, que nadie mas que yo hubiera podido solamente mirar lo que he sufrido, pero he aprendido de la necesidad á someterme á mis males con resignación.

EL CORO

¡Teneos! Escuchemos. Dos hombres vienen aquí; el uno es un marinero de la nave y el otro es extranjero. Cuando les hayáis escuchado, entraréis.

UN MERCADER

Hijo de Aquileo, he pedido á este hombre, tu compañero, que, con otros dos, guardaba la nave, que me indicase el lugar en que estabas, puesto que, contra lo que esperaba, te he encontrado, habiendo sido conducido por casualidad hacia esta tierra. Navegaba, en efecto, como mercader, con unos pocos compañeros, de Ilión hacia mi país, Pepáreto rica en viñedos, cuando he oído decir que todos estos marineros habían navegado contigo. Me ha parecido que debía no callarme, y no hacerme á la vela antes de venir á ti y ser recompensado por mi noticia; porque es posible que no sepas nada de los nuevos propósitos de los argivos acerca de ti; y no son solamente propósitos, sino actos que no tardarán á realizarse.

NEOPTOLEMO

Tu solicitud, extranjero, si no tengo el corazón ingrato, hará que te esté siempre reconocido. Explícame, pues, lo que has dicho, para que sepa lo que ha llegado á tu noticia de los nuevos designios de los argivos contra mí.

EL MERCADER

El viejo Fénix y los hijos de Teseo se han embarcado para perseguirte.

NEOPTOLEMO

¿Es por la fuerza ó por la persuasión como quieren reducirme?

EL MERCADER

No lo sé; te digo lo que he oído.

NEOPTOLEMO

¿Fénix y los que han entrado con él en la nave, vienen con ese ardor por agradar á los Atreidas?

EL MERCADER

Sabe que la cosa no está por hacer, sino que se hace.

NEOPTOLEMO

¿Y Odiseo no se hallaba pronto á partir para llevar él mismo esa orden? ¿Es el miedo lo que le ha detenido?

EL MERCADER

Odiseo y el hijo de Tideo se disponían á ir á buscar á otro hombre cuando yo me hice á la vela.

NEOPTOLEMO

¿Quién es ese en busca del que el mismo Odiseo navegaba?

EL MERCADER

Ciertamente, era... pero, ante todo, dime quién es este hombre, y lo que digas, no lo digas en alta voz.

NEOPTOLEMO

Extranjero, es el ilustre Filoctetes.

EL MERCADER

No me preguntes más; antes bien, desamarra con gran prontitud tu nave y huye de este lugar.

FILOCTETES

¿Qué dice, oh hijo? ¿Por qué ese marinero quiere venderme dirigiéndote esas oscuras palabras?

NEOPTOLEMO

No comprendo lo que quiere decir. Es preciso que hable en alta voz y claramente á mí, á ti y á éstos.

EL MERCADER

¡Oh hijo de Aquileo! No me hagas odioso al éjercito, haciéndome decir lo que no debería revelar. He recibido de ellos, en efecto, grandes recompensas por los servicios que les presto, tanto como puede hacerlo un hombre pobre.

NEOPTOLEMO

Estoy irritado contra los Atreidas, y este hombre me es muy querido porque aborrece á los Atreidas. Te es preciso, pues, habiendo venido á mí con benevolencia, no ocultarme nada de lo que sabes de ellos.

EL MERCADER

Mira lo que haces, hijo.

NEOPTOLEMO

Hace mucho tiempo que lo he mirado.

EL MERCADER

Diré que sólo tú tienes la culpa.

NEOPTOLEMO

¡Sea! Habla.

EL MERCADER

Hablaré. Los dos hombres que he dicho, el hijo de Tideo

y la experiencia de Odiseo, vienen en busca de éste, habiendo jurado que le persuadirían ó le llevarían consigo por la fuerza. Todos los aqueos han oído á Odiseo declararlo en alta voz, porque estaba más seguro que el otro de llevar á cabo esto.

NEOPTOLEMO

¿Por qué causa, después de largos años, los Atreidas se preocupaban tanto de Filoctetes á quien expulsaron hace tanto tiempo? ¿Se veían impulsados á ello por un remordimiento, ó por la fuerza y la venganza de los Dioses que castigan las acciones criminales?

EL MERCADER

Te daré noticia de todo eso, porque, sin duda, no lo sabes. Había un adivino de buen linaje, hijo de Príamo, que se llamaba Heleno. El sutil Odiseo, cuyos oídos están acostumbrados á oir toda especie de ultrajes y de injurias, habiendo salido solo durante la noche, cogió á Heleno, y llevándole, atado, en medio de los aqueos, les mostró aquella hermosa presa. Este, entre otras profecías, les predijo que no destruirían jamás la ciudadela de Troya, á menos de llevar á Filoctetes, por la persuasión, fuera de esta isla que ahora habita. Apenas hubo oído al adivino el hijo de Laertes, cuando resolvió al momento volver á llevar á Filoctetes entre los aqueos. Pensaba apoderarse de él por su propio consentimiento, ó, al menos, por la fuerza; y daba su cabeza á cortar si no lo hacía. Ya lo sabes todo, hijo. Parte á toda prisa, tú y éste por quien te interesas.

FILOCTETES

¡Ay! ¡Desgraciado de mí! Ese hombre, esa peste, ha jurado que me llevará por la persuasión entre los aqueos. Me persuadirá tanto como, una vez muerto, á volver del Hades á la luz, cual hizo su padre.

EL MERCADER

No sé nada de eso, pero me voy á mi nave. ¡Que un dios sea en vuestra ayuda!

FILOCTETES

¿No es amargo, ¡oh joven! que el hijo de Laertes espere llevarme consigo, después de persuadirme con dulces palabras, y mostrarme en medio de los aqueos? No, ciertamente. ¡De mejor gana escucharía á la execrable víbora que me dejó cojo! Pero no hay nada que él no diga ó no ose. Ahora, bien lo sé, vendrá. ¡Oh hijo, partamos! ¡Que un ancho mar nos separe de la nave de Odiseo! ¡Vamos! Quien se apresura á tiempo, puede gozar del sueño y del reposo, habiendo acabado su trabajo.

NEOPTOLEMO

Cuando cese el viento que sopla de proa, desamarraremos la nave. Ahora es contrario.

FILOCTETES

El viento es siempre favorable cuando se huye de la desgracia.

NEOPTOLEMO

Ya lo sé, pero su soplo les es también contrario.

FILOCTETES

Ningún viento es contrario para los ladrones, si quieren robar y hacer violencia.

NEOPTOLEMO

Ven, pues, si te place. Vamos, y toma en tu morada aquello de que te sirvas ó que más desees.

FILOCTETES

En efecto, hay allí cosas de que tengo necesidad, pero no tengo que escoger entre muchas riquezas.

NEOPTOLEMO

¿Qué hay aquí que no esté en mi nave?

FILOCTETES

Tengo una planta con ayuda de la cual acostumbro á calmar mi mal y disminuir su dolor.

NEOPTOLEMO

Llévala, pues. ¿Hay otra cosa que quieras coger?

FILOCTETES

Voy á ver si he olvidado alguna flecha de éstas, por miedo de dejarla coger por alguien.

NEOPTOLEMO

¿No es éste ese famoso arco que posees?

FILOCTETES

El mismo que llevo en las manos. No tengo otro.

NEOPTOLEMO

¿Puedo contemplarlo de cerca, tocarlo y besarlo como si fuese un dios?

FILOCTETES

¡Oh hijo mío! Sí puedes, esto y todo lo que quieras de lo que poseo.

NEOPTOLEMO

Lo deseo en verdad, pero en tanto que mi deseo sea legítimo; si no, rehúsamelo.

FILOCTETES

Hablas con piedad, y te está permitido esto, ¡oh hijo! á ti que eres el único que me ha concedido ver el esplendor de Helios, y la tierra etaense, y á mi anciano padre, y á mis amigos, y me has sacado de mi postración bajo los pies de mis enemigos para elevarme por encima de ellos. Tranqui-

lízate. Te será permitido tocar este arco, y lo devolverás á quien te lo ha confiado, y podrás gloriarte de que, por tu virtud, y el único entre todos los mortales, has podido tocarlo. Yo mismo, por un servicio prestado, fué por lo que lo adquirí.

NEOPTOLEMO

Entra, pues.

FILOCTETES

Yo te guiaré, pero la violencia de mi mal reclama tu ayuda.

EL CORO

Estrofa I

He oído decir, porque no lo he visto, que el omnipotente hijo de Cronos había atado á Ixión á una rueda volteante, porque había deseado el tálamo de Zeus; pero jamás he oído decir, que me acuerde, y jamás he visto que ninguno de los mortales haya sufrido un destino más terrible que este que, no habiendo cometido una acción malvada ó violenta, perece de un modo tan indigno. Y estoy lleno de asombro de que, solo, y oyendo por todos lados el rugido de las olas que se rompen, haya podido arrostrar su vida lamentable.

Antistrofa I

No tenía compañero alguno, ningún testigo de su miseria, cerca de quien y con el cual pudiese llorar por su llaga sangrienta y voraz, que calmase, con ayuda de suaves hierbas arrancadas á la tierra bienhechora, el ardiente flujo de la sangre que brotaba de la herida. Solía entonces, cuando el cruel ardor del mal se mitigaba, ir de aquí para allá, arrastrándose como un niño sin nodriza, á buscar algún alivio á sus dolores.

Estrofa II

No hacía su alimento de los frutos de la tierra sagrada, ni de ninguna de las otras cosas con que se sustentan los hombres industriosos; sino que no se mantenía mas que con lo que cazaba con las flechas aladas de su arco. ¡Oh, el des-

graciado, que no ha bebido vino durante diez años, y que se arrastraba siempre hacia el agua estancada cuando la veía!

Antistrofa II

Ahora, ha encontrado al hijo de hombres valerosos, y, libertado victoriosamente de sus males, será dichoso en adelante. La nave que corre sobre el mar le llevará, después de los meses sin número, hacia la morada de las Ninfas maliadas y las riberas del Esperquio, en donde el hombre, cubierto por un escudo de bronce, se reunió á los Dioses, enteramente abrasado por la llama sagrada, sobre las cimas del Eta.

NEOPTOLEMO

Avanza, si quieres. ¿Por qué callas y te quedas como estupefacto?

FILOCTETES

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

NEOPTOLEMO

¿Qué es eso?

FILOCTETES

Nada, nada. Marcha, ¡oh hijo!

NEOPTOLEMO

¿Es que te aqueja el dolor de tu mal?

FILOCTETES

No, por cierto. Creo que se ha calmado. ¡Oh Dioses!

NEOPTOLEMO

¿Para qué invocas así á los Dioses lamentándote?

FILOCTETES

Para que vengan á nosotros propicios y tutelares. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

NEOPTOLEMO

¿Qué te sucede? ¿No lo dirás? ¿Permanecerás mudo? Pareces estar atacado por algún mal.

FILOCTETES

Muero, ¡oh hijo! y no puedo ocultaros mi mal. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay de mí! ¡Me penetra, me penetra! ¡Desgraciado! ¡oh desgraciado! Muero, hijo, me devora. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay de mí! ¡Te conjuro por los Dioses, ¡oh hijo! si tienes una espada en las manos, corta el extremo de mi pie, corta al punto! ¡No economices mi vida, anda, te lo suplico, ¡oh hijo!

NEOPTOLEMO

¿Qué te ha ocurrido de nuevo que te haga lanzar tales gritos y lamentos?

FILOCTETES

Tú lo sabes, ¡oh hijo!

NEOPTOLEMO

¿Qué?

FILOCTETES

Tú lo sabes, ¡oh hijo!

NEOPTOLEMO

¿Qué? No sé nada.

FILOCTETES

¿Cómo no lo sabes? ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

NEOPTOLEMO

¿Es el terrible dolor de tu mal?

FILOCTETES

Terrible, en efecto, é indescriptible. Pero ten piedad de mí.

NEOPTOLEMO

¿Qué he de hacer, pues?

FILOCTETES

No me traiciones por temor á mi mal. Viene después de haber vagado largo tiempo y se ceba como tiene costumbre de cebarse.

NEOPTOLEMO

¡Ay! ¡oh desgraciado! ¡ay, tú que estás miserablemente abrumado por tantos males! ¿quieres que te coja, que te dé la mano?

FILOCTETES

No, eso no; pero toma este arco, como me pedías hace poco; tómalo y guárdalo hasta que el dolor de mi mal se apacigüe. En efecto, el sueño se apodera de mí tan pronto como mi mal ha cesado, y no me veo antes libre de él. Pero es preciso que me dejes dormir tranquilo. Si, durante ese tiempo, llegan, ¡por los Dioses! te recomiendo que no les entregues esas armas, ni voluntariamente, ni por la fuerza, ni de modo alguno, so pena de que te mates al mismo tiempo que á mí que soy tu suplicante.

NEOPTOLEMO

Eso toca á mi vigilancia. Tranquilízate: no estarán encomendadas mas que á ti y á mí. Dámelas, confiando en la fortuna.

FILOCTETES

Helas aquí, hijo, tómalas, y pide á la divina Envidia que no te ocurra una desgracia como á mí y al que las tuvo antes que yo.

NEOPTOLEMO

¡Oh Dioses! ¡que esto nos sea concedido, así como una feliz y rápida navegación que nos lleve allí donde un dios estime justo que vayamos!

FILOCTETES

Temo, ¡oh hijo! que ese voto no se cumpla. He aquí de nuevo que una sangre negra fluye y brota del fondo de mi úlcera, y espero una nueva angustia. ¡Ay! ¡ay! ¡ay de mí! ¡Oh pie, con qué males me agobias! ¡El mal avanza, hele aquí! ¡Ay de mí! ¡Desgraciado! Todo lo sabéis ahora. No huyáis, yo os conjuro. ¡Ay! ¡ay! ay! ¡Oh extranjero cefalenio, pluguiera á los Dioses que este dolor atacase á tu corazón! ¡Ay de mí! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay de mí otra vez! ¡ay! ¡Oh jefes del ejército, Agamenón, Menelao, ojalá vosotros á vuestra vez os veáis desgarrados por el mismo mal durante tan largo tiempo! ¡Ay de mí! ¡ay! ¡Oh muerte! Muerte á quien llamo cada día, ¿nunca puedes venir? ¡Oh hijo! ¡oh bien nacido, cógeme, quémame con el fuego célebre de Lemnos! Ciertamente, á cambio de esas armas que tienes ahora, presté, en otro tiempo, el mismo servicio al hijo de Zeus. ¿Qué dices, hijo? ¿qué dices? ¿Por qué callas? ¿En qué piensas, oh hijo?

NEOPTOLEMO

Hace tiempo que estoy afligido, lamentándome de tus males.

FILOCTETES

Ten valor, ¡oh hijo! porque si este mal llega con presteza, se va lo mismo. Pero, yo te conjuro, no me dejes solo.

NEOPTOLEMO

Tranquilízate, nos quedaremos.

FILOCTETES

¿Te quedarás ciertamente?

NEOPTOLEMO

Tenlo por seguro.

FILOCTETES

¡Oh hijo! No quiero obligarte por juramento.

NEOPTOLEMO

No me es permitido partir sin ti.

FILOCTETES

Dame la mano en prenda de tu fe.

NEOPTOLEMO

Hela aquí, porque me quedaré.

FILOCTETES

Allí, ahora, allí...

NEOPTOLEMO

¿Dónde dices?

FILOCTETES

...arriba...

NEOPTOLEMO

¿Deliras de nuevo? ¿Por qué miras la bóveda de lo alto?

FILOCTETES

¡Déjame, déjame!

NEOPTOLEMO

¿Dónde he de dejarte?

FILOCTETES

Déjame de una vez.

NEOPTOLEMO

No quiero alejarme de ti.

FILOCTETES

Me matarás si me tocas.

NEOPTOLEMO

Te dejaré, si eres más prudente.

FILOCTETES

¡Oh tierra, recíbeme, debiendo morir, tal como estoy, porque este mal no me permite volver á levantarme!

NEOPTOLEMO

Parece que dentro de pocos instantes va el sueño á apoderarse de él. Ved cómo se inclina su cabeza; el sudor inunda todo su cuerpo, y la vena que estalla al extremo de su pie hace brotar una sangre negra. Queridos, dejémosle gustar un sueño tranquilo.

EL CORO

Estrofa

¡Hipno! ¡el que no conoce ni el dolor, ni las miserias, ven á nosotros, oh Rey tranquilo, que apaciguas la vida! Haz durar la serenidad que está extendida ahora sobre sus ojos. ¡Ven, oh tú el que todo lo curas! En cuanto á ti, hijo, piensa si has de quedarte y qué me resta por hacer. Mírale. ¿Qué esperamos para obrar? La ocasión aconseja excelentemente en todas las cosas, y el que la aprovecha con prontitud obtiene una gran victoria.

NEOPTOLEMO

Nada oye, sin duda, pero sé que en vano seremos los dueños de este arco, si partimos sin él. En efecto, el honor de la victoria le está reservado, y él es el que un dios ordena llevar. Es un vergonzoso oprobio envanecerse de una cosa imperfectamente llevada á cabo y que se debe á engaños.

EL CORO

Antistrofa

Hijo, un dios decidirá de eso. Lo que me respondas, dímelo en voz baja, ¡oh hijo! porque el sueño de los enfermos

es ligero y fácilmente interrumpido. Medita, tanto como te sea posible, y á escondidas de éste, lo que has de hacer; porque, si piensas como él, y ya sabes de quién hablo, hay en ello dificultades inextricables para hombres prudentes.

Épodo

Sopla un viento propicio; este hombre no ve nada, está sin fuerzas, echado y sumido en las tinieblas. El sueño del mediodía es profundo. Este hombre no tiene ni manos, ni pies, ni nada, y está como si yaciese en el Hades. Mira lo que tienes que decir. A mi juicio, hijo, la mejor faena es la que se halla libre de todo temor.

NEOPTOLEMO

Te ordeno callar y no hablar sin razón. Ese hombre remueve los ojos y levanta la cabeza.

FILOCTETES

¡Oh luz que vienes después del sueño! ¡Oh extranjeros que me habéis velado contra toda esperanza! Jamás, en efecto, ¡oh hijo! hubiera creído que habrías soportado mis males con tanta compasión y hubieses así venido en mi ayuda. Por cierto, los Atreidas, esos valientes jefes, no los aguantaron con tanta facilidad. Pero tú, ¡oh hijo! que eres de natural generoso y desciendes de hombres bien nacidos, todo lo has sufrido, aun atormentado por mis clamores y por el hedor de mi llaga. Y ahora que llega, á lo que parece, el olvido y el reposo de ese mal, levántame, tú mismo, ponme en pie, hijo, para que, cuando la debilidad me haya abandonado, vayamos á tu nave y partamos prontamente.

NEOPTOLEMO

Me regocijo, contra mi esperanza, de verte curado de tu dolor, abiertos los ojos y respirando aún. Estabas agobiado por un acceso tal que parecías un hombre que no está ya entre los vivos. Ahora, levántate, ó, si lo prefieres, éstos te llevarán. No rehusarán ese trabajo, si tú y yo juzgamos que es preciso hacerlo.

FILOCTETES

Te lo agradezco, ¡oh hijo! Levántame, como has pensado. Deja á éstos, para que no se vean afectados del horrible hedor antes de que sea necesario. Bastante cruel será para ellos habitar la misma nave que yo.

NEOPTOLEMO

¡Sea! Levántate y apóyate.

FILOCTETES

Sosiégate. Yo me levantaré como acostumbro.

NEOPTOLEMO

¡Ay! ¿Qué haré yo ahora?

FILOCTETES

¿Qué es eso, oh hijo? ¿Por qué esas palabras?

NEOPTOLEMO

No sé qué giro dar á las difíciles cosas que tengo que decir.

FILOCTETES

¿Acerca de qué vacilas? No lo dices, ¡oh hijo!

NEOPTOLEMO

No acierto á expresar lo que tengo que decir.

FILOCTETES

¿La molestia que te ha de causar mi mal te turba hasta el punto de que no quieras llevarme á tu nave?

NEOPTOLEMO

Todas las cosas son difíciles cuando se renuncia al natural propio y se emprende lo que es indigno de uno.

FILOCTETES

Pero nada haces ni dices que sea indigno de tu padre haciendo un servicio á un hombre de bien.

NEOPTOLEMO

Me veré manifiestamente cubierto de oprobio: esto me atormenta hace tiempo.

FILOCTETES

No, ciertamente, por lo que haces; pero por tus palabras, lo temo.

NEOPTOLEMO

¡Oh Zeus! ¿qué hacer? ¿Seré doblemente malvado ocultando lo que es vergonzoso ocultar, ó diciendo ignominiosas mentiras?

FILOCTETES

Este hombre, si mi pensamiento no me engaña, parece querer traicionarme y partir dejándome aquí.

NEOPTOLEMO

No te abandonaré; temo más bien que experimentes dolor con que te lleve. Ese temor me tortura hace tiempo.

FILOCTETES

¿Qué quieres decir, hijo, te suplico? No comprendo tus palabras.

NEOPTOLEMO

No te ocultaré nada. Es preciso que navegues hacia Troya, los aqueos y la flota de los Atreidas.

FILOCTETES

¡Ay de mí! ¿qué has dicho?

NEOPTOLEMO

No te lamentes antes de que lo hayas sabido todo.

FILOCTETES

¿Qué tengo que saber? ¿Qué piensas hacer de mí en definitiva?

NEOPTOLEMO

Librarte en primer lugar de tus miserias, luego ir á devastar contigo las llanuras de Troya.

FILOCTETES

¿Seriamente piensas hacer eso?

NEOPTOLEMO

Ello es necesario por encima de todo. No te irrites, por lo tanto, después de haberme oído.

FILOCTETES

¡Yo muero, desdichado! ¡Estoy traicionado! ¡Tú me has tendido este lazo! Devuélveme al punto el arco y las flechas.

NEOPTOLEMO

No es posible eso. La justicia y el interés me obligan á obedecer á los jefes.

FILOCTETES

¡Oh fuego! ¡Oh verdadero horror! ¡Detestable obrero de las peores astucias! ¿Qué has hecho conmigo? ¿Con qué mentiras me has engañado? ¿No tienes vergüenza de mirarme, á mí que me he echado á tus pies, á mí que te he suplicado, oh miserable? Arrancándome mi arco me has arrancado la vida. ¡Vuélvemelo, yo te conjuro, vuélvemelo, yo te lo suplico, ¡oh hijo! ¡Por los Dioses de la patria te conjuro, no me quites mi sustento! ¡Ay! ¡Desgraciado de mí!

No me habla, y, como si jamás hubiese de devolverme mis armas, vuelve la cara. ¡Oh puertos! ¡Oh promontorios! ¡Oh cavernas de las salvajes bestias de las montañas! ¡Oh rocas escarpadas! ¡A vosotras, que sois mis compañeras habituales, me quejo de los males que me ha hecho el hijo de Aquileo, no teniendo ningún otro á quien pueda hablar! ¡Habiéndome jurado que me llevaría á mi patria, quiere conducirme á Troya; y mi arco, que había recibido de mí empeñándome su fe, lo retiene, por más que sea el arma sagrada de Heracles, hijo de Zeus! ¡Y quiere mostrarlo á los argivos! Como si se hubiera apoderado de un hombre robusto, me arrastra por la fuerza, y no sabe que mata á un muerto, que coge la sombra de un vapor, una imagen vana. No se hubiera apoderado de mí en todo mi vigor, puesto que no ha podido cogerme sino por la astucia, aun estando enfermo. ¡Desdichado! El fraude es quien me ha vencido. ¿Qué haré? ¡Pero entrégamelo! Vuelve al cabo en ti. ¿Qué dices? ¿Te callas? ¡Muerto soy, desgraciado! ¡Oh roca, que te abres por dos lados, te sufriré de nuevo, desarmado, faltándome el sustento! Y me consumiré, solo, en ese antro, no pudiendo ya atravesar con mis flechas ni al pájaro que vuela, ni á la bestia salvaje que habita esta montaña; antes bien, yo mismo, infeliz, seré muerto y devorado por aquellos de quienes me alimentaba, y me cazarán, á mí que antes les cazaba. ¡Desgraciado! ¡yo expiaré su sangre con la mía, y eso por obra de este hombre que yo pensé que no conocía el mal! ¡No perezcas antes que yo sepa si has de cambiar de pensamiento; si no, perece miserablemente!

EL CORO

¿Qué haremos, oh Rey? A ti toca decir si debemos marchar ó ceder á las palabras de este hombre.

NEOPTOLEMO

En verdad, siento por él una gran piedad, no recientemente, sino hace largo rato.

FILOCTETES

¡Ten piedad de mí, ¡oh hijo! te conjuro por los Dioses! No hagas, abandonándome cobardemente, que los hombres te cubran de oprobio.

NEOPTOLEMO

¡Ay! ¿Qué haré? ¡Pluguiera á los Dioses que nunca hubiese dejado á Esciros; tanto esto me hace sufrir!

FILOCTETES

No eres un hombre malo, pero sin duda has sido instruído por los malos para hacer cosas vergonzosas. Ahora, cumple lo que has prometido á otros y hazte á la vela, habiéndome devuelto primero mis armas.

NEOPTOLEMO

¿Qué haremos, oh amigos?

ODISEO

¡Oh el peor de los hombres! ¿qué haces? Déjame ese arco, y vete.

FILOCTETES

¡Oh Dioses! ¿Qué hombre es éste? ¿No oigo á Odiseo?

ODISEO

Ya lo sabes, yo soy, Odiseo es el que ves.

FILOCTETES

¡Ay de mí! ¡Traicionado estoy, yo muero! ¡El es, pues, quien me ha cogido y despojado de mis armas!

ODISEO

Yo mismo, sábelo, y no otro. Reconozco todo eso.

FILOCTETES

Devuélveme mi arco, ¡oh hijo! devuélvemelo.

ODISEO

Nunca lo hará, aunque quisiera; antes bien, te es pre-

ciso partir juntamente con esas armas, ó éstos te llevarán por la fuerza.

FILOCTETES

¿A mí? ¡Oh el peor y el más osado de los hombres! ¿Me llevarán por la fuerza?

ODISEO

A menos que no vayas de buen grado.

FILOCTETES

¡Oh tierra de Lemnos! ¡Oh llama brillante que dominas todo y que Hefesto enciende! ¿Soportaréis que me arrastre por la fuerza de vuestro lado?

ODISEO

Zeus, que impera aquí, es, para que lo sepas, quien lo ha decretado. Yo, cumplo sus órdenes.

FILOCTETES

¡Oh detestable! ¿Qué te has atrevido á decir? Tomas por pretexto á los Dioses, y les haces mentir.

ODISEO

No, les hago verídicos. Ahora, te es fuerza marchar.

FILOCTETES

No quiero.

ODISEO

Lo digo. Es preciso que obedezcas.

FILOCTETES

¡Desgraciado de mí! ¿No engendró, pues, mi padre un hombre libre, sino un esclavo?

ODISEO

No, antes bien el igual de los mejores, juntamente con los cuales tomarás á Troya y la destruirás.

FILOCTETES

Eso no será jamás, aunque tenga que sufrir toda clase de males, en tanto me quede la alta tierra de esta isla.

ODISEO

¿Qué te preparas á hacer?

FILOCTETES

Ensangrentaré mi cabeza destrozada al precipitarme desde lo alto de esa roca.

ODISEO

Sujetadle, para que no pueda hacerlo.

FILOCTETES

¡Oh manos, qué no sufrís, privadas del arco querido y atadas por este hombre! ¡Oh tú que jamás tuviste pensamientos rectos y generosos, cómo me has mentido y cercado, tomando, por escudo para tus astucias, á este joven que me era desconocido, más digno de mí que de ti sin embargo, y que nada sabía, si no es obedecer! Y ahora está manifiestamente afligido por su falta y por lo que yo he sufrido. Pero tu alma perversa, que mira siempre desde la sombra, le ha instruído en la astucia y el mal, á él que era sincero y lo rehusaba. ¡Y ahora, ¡oh malvado! teniéndome atado, quieres llevarme de esta orilla sobre la cual me arrojaste sin amigos, solitario, desterrado, muerto entre los vivos! ¡Ah! ¡Perezcas tú miserablemente! Con frecuencia te he lanzado esta imprecación, pero los Dioses no me otorgan nada favorable. Y tú vives con alegría, y yo estoy desesperado viviendo en medio de males innumerables, burlado por ti y por los dos jefes Atreidas á quienes sirves en todo esto. Y, sin embargo, tú fuiste obligado por la astucia y por la fuerza á navegar con ellos; y á mí, desdichado, que lancé de buen grado

siete naves al mar, me arrojaron aquí sin honor, según tú afirmas, porque ellos dicen que eres tú quien lo hizo. ¿Adónde me llevas ahora? ¿Para qué me llevas? ¿Por qué razón? Yo no soy ya nada; estoy ya muerto para vosotros hace mucho tiempo. ¡Oh detestado por los Dioses! ¿ya no soy para ti cojo y fétido? ¿Podréis mejor, si me lleváis con vosotros, suplicar á los Dioses, quemar las piernas consagradas, y hacer libaciones? Porque tal fué tu pretexto para rechazarme. ¡Perezcáis miserablemente! Pereceréis, vosotros que me ultrajasteis, si los Dioses se cuidan de la justicia. Ciertamente, sé bien esto: jamás hubierais hecho este camino por un hombre tan desdichado como yo, si no hubieseis sido excitados divinamente por el aguijón de los remordimientos. ¡Oh tierra de la patria, oh Dioses que todo lo veis, vengadme de todos ellos, por lo menos algún día, si tenéis piedad de mí! Llevo una vida miserable, pero si les viese perdidos, me creería entonces curado de mis males.

El coro

Este extranjero es violento, Odiseo, y habla con violencia, como un hombre á quien el mal no ha vencido.

Odiseo

Si tuviera tiempo para ello, respondería muchas cosas á sus frases; pero, ahora, no puedo decir mas que una sola palabra. Cuando es necesario proceder con astucia, soy astuto; cuando se trata de un debate entre hombres justos y buenos, no hallarás fácilmente un hombre más piadoso que yo. Ciertamente, está en mi carácter desear siempre la victoria, excepto en lo que á ti se refiere. Ahora, cederé ante ti de buen grado. Dejadle, pues, no le toquéis, permitidle que se quede. No nos harás falta, puesto que poseemos tus armas. Teucro, hábil en este arte, está entre nosotros; y creo que no valgo yo menos que tú para manejar este arco y dar en el blanco. ¿Qué necesidad tenemos de ti? Vive, y habita en Lemnos. Nosotros partimos. Este arco me dará quizá la gloria que tú debías poseer.

Filoctetes

¡Ay! ¿Qué haré, desgraciado? ¡Te verán en medio de los argivos, ornado con mis armas!

ODISEO

No me respondas nada más. Me marcho.

FILOCTETES

¡Oh hijo de Aquileo! ¿No oiré, pues, tu voz? ¿Te irás así en silencio?

ODISEO

¡Vete! No le mires, por más que seas generoso, no sea que malogres nuestra buena fortuna.

FILOCTETES

¿Y vosotros también, extranjeros, me dejaréis aquí solo? ¿No tendréis piedad de mí?

EL CORO

Este joven manda en nuestra nave: cualquiera cosa que te diga, te decimos.

NEOPTOLEMO

Aunque deba ser acusado de tener demasiada piedad por éste, quedaos, sin embargo, si tal es su deseo, hasta que se haya vuelto á meter en la nave lo que se ha sacado de ella, y hayamos orado á los Dioses. Quizá, durante ese tiempo, cambie, favorablemente, de sentimiento hacia nosotros. En cuanto os llamemos, venid con prontitud.

FILOCTETES

Estrofa 1

¡Oh antro de la vacía roca, caliente y frío, no te abandonaré, pues, pobre de mí, y me verás morir! ¡Ay de mí! ¡Oh antro lamentable, tan lleno de mis gemidos! ¿dónde encontraré el alimento de cada día? ¿De dónde nacerá para mí, ¡oh desdichado! la esperanza de sustentarme? ¡Pudieran las aves que huyen con estridente vuelo elevarme á la altura del Eter, porque yo no pongo ningún obstáculo!

El coro

¡Tú mismo te has traído esta calamidad, ¡oh desgraciado! No debes este destino á ningún otro más poderoso que tú. Podías ser razonable, y has preferido una suerte peor á un bien mejor.

Filoctetes

Antistrofa 1

¡Oh desdichado, desdichado y abrumado de males, aquí pereceré, pues, miserable y sin hombre alguno! ¡Ay de mí! ¡ay! No me sustentaré ya en adelante dirigiendo con mis fuertes manos las aladas flechas. Las palabras astutas y oscuras de un alma falsa me han engañado. ¡Que pueda yo ver al que ha tramado esas insidias agobiado por tantas miserias como yo y por tanto tiempo!

El coro

Esto es la voluntad de los Dioses, y esas insidias no han sido tramadas por mis manos. Vuelve sobre otros tus execraciones violentas y funestas, porque yo tengo el deseo de que no rechaces mi amistad.

Filoctetes

Estrofa II

¡Ay de mí! ¡ay! Sentado ahora en la blanca orilla del mar, se ríe de mí, agitando en su mano el arco que me sustentó en mi miseria y que nadie había nunca llevado. ¡Oh arco querido, arrancado de mis manos amigas, indudablemente, si algún sentimiento te anima, miras con piedad al compañero de Heracles que no se servirá nunca ya de ti! ¡Eres presa de otro, de un hombre falaz, y ves sus indignos embustes y á ese enemigo detestable excitando con sus viles insidias mis innumerables males, ¡oh Zeus!

El coro

Es de hombres decir lo que es justo, y, habiéndolo dicho, no esparcir las palabras rencorosas con su lengua. Ha sido

ordenado á éste, entre todos, obrar para el bien común de sus amigos.

FILOCTETES

Antistrofa II

¡Oh animales alados que yo cazaba, oh bestias feroces de ojos azules que sustenta esta tierra montuosa, no huiréis ya, habiéndoos acercado á mí desde el fondo de las guaridas, porque no tengo ya en las manos mi antigua defensa de dardos! ¡Oh desgraciado de mí! ¡Ahora, este lugar no está ya defendido ni es de temer en adelante para vosotros! ¡Venid! El instante es propicio para devolver matanza por matanza y alimentaros con mi carne manchada de llagas, porque voy bien pronto á dejar la vida. ¿De dónde, en efecto, me vendrá el sustento? ¿Quién puede vivir de aire, cuando no hay nada de lo que produce la tierra bienhechora?

EL CORO

¡Por los Dioses! Si tienes alguna atención con un huésped, muéstrame la misma benevolencia que te he mostrado. Sabe, sabe bien que está en tu poder librarte de ese mal. Es, en efecto, lastimoso de sustentar, y no puede soportársele á causa de los grandes dolores que le acompañan.

FILOCTETES

De nuevo, de nuevo recuerdas mi dolor antiguo, ¡oh tú, el mejor de todos los que han llegado aquí! ¿Por qué me matas? ¿Qué me haces?

EL CORO

¿Qué dices?

FILOCTETES

¿Has esperado llevarme á la odiosa tierra de Troya?

EL CORO

Creo que eso sería lo mejor.

FILOCTETES

Abandóname, pues.

EL CORO

Voy á hacer de buen grado lo que me pides. Vamos, tornemos á la nave, cada uno al lugar que le corresponde.

FILOCTETES

Te conjuro, por Zeus que venga á los suplicantes, no te vayas.

EL CORO

Tranquilízate.

FILOCTETES

¡Oh extranjeros, quedaos, por los Dioses!

EL CORO

¿Por qué gritas?

FILOCTETES

¡Ay! ¡ay! ¡Dios! ¡Dios! ¡Yo muero, desdichado! ¡Oh pie, pie! ¿qué haré de ti en esta vida miserable? ¡Yo os conjuro, volved, oh extranjeros!

EL CORO

¿Qué hemos de hacer? ¿Será lo contrario de lo que ya hemos hecho por tu orden?

FILOCTETES

Es digno de perdón quien delira al hablar, combatido como se ve por una tormenta de dolores.

EL CORO

Ven, pues, ¡oh mísero! como te hemos aconsejado.

FILOCTETES

¡Jamás, jamás! ¡Tenlo por cierto, aun cuando el Portafuego fulgurante me consumiera con los ardores del rayo! ¡Que perezca Ilión! ¡Que perezcan todos los que la cercan y que pudieron rechazarme á causa de mi pie! Pero, ¡oh extranjeros! conceded al menos una sola de mis súplicas.

EL CORO

¿Qué dices?

FILOCTETES

Si tenéis con vosotros una espada, un hacha, ú otra arma cualquiera, dádmela.

EL CORO

¿Qué quieres hacer con ella?

FILOCTETES

¡Cortarme la cabeza y las articulaciones de las manos! No pido, en fin, mas que la muerte.

EL CORO

¿Para qué?

FILOCTETES

Para encontrar á mi padre.

EL CORO

¿En dónde?

FILOCTETES

En el Hades, porque sin duda no goza ya de la luz. ¡Oh patria, pluguiera á los Dioses que me fuese concedido volver á verte, á mí, hombre desgraciado, que abandoné tus sagradas fuentes para ayudar á los odiosos danaos! Ya no soy nada.

El coro

Hubiese vuelto hace tiempo á mi nave, si no viera venir hacia nosotros á Odiseo y al hijo de Aquileo.

Odiseo

¿Me dirás para qué has vuelto sobre tus pasos marchando con tanta rapidez?

Neoptolemo

Para reparar el mal que he hecho.

Odiseo

Me sorprenden tus palabras. ¿Qué mal has hecho tú, pues?

Neoptolemo

Por obedecerte á ti y á todo el ejército...

Odiseo

¿Qué has hecho que haya sido indigno de ti?

Neoptolemo

...he engañado á un hombre con vergonzosas mentiras é insidias.

Odiseo

¿Qué hombre? ¡Oh Dioses! ¿en qué piensas ahora?

Neoptolemo

En nada nuevo, sino en el hijo de Peano...

Odiseo

¿Qué pretendes hacer? El temor me asalta.

NEOPTOLEMO

...de quien he recibido ese arco, y en cambio...

ODISEO

¡Oh cielos! ¿qué quieres decir? ¿No pretendes, ciertamente, devolvérselo?

NEOPTOLEMO

...lo tengo, habiéndolo tomado vergonzosa é injustamente.

ODISEO

¡Por los Dioses! ¿dices eso burlándote?

NEOPTOLEMO

Si es burla decir cosas que son verdad.

ODISEO

¿Qué dices, hijo de Aquileo? ¿Qué palabras has dejado oir?

NEOPTOLEMO

¿Quieres que repita esas mismas palabras dos y tres veces?

ODISEO

Quisiera no haberlas oído ni una sola vez.

NEOPTOLEMO

Sábelo, pues, seguramente: has oído todo lo que tenía que decir.

ODISEO

Hay alguien que te impedirá hacer eso.

NEOPTOLEMO

¿Qué dices? ¿Quién es el que me impedirá hacerlo?

ODISEO

Todo el ejército de los aqueos, y yo, entre ellos.

NEOPTOLEMO

Aunque seas prudente, no hablas con prudencia.

ODISEO

Y tú, no hablas ni obras con prudencia.

NEOPTOLEMO

Si mis actos son justos, valen más que los actos prudentes.

ODISEO

¿Y cómo ha de ser justo devolver lo que has adquirido por mis consejos?

NEOPTOLEMO

Yo me esforzaré en reparar la vergonzosa falta que he cometido.

ODISEO

¿Y no temes al ejército de los aqueos haciendo eso?

NEOPTOLEMO

Cuando hago una cosa justa, no me detiene el temor de que hablas.

. . . .

NEOPTOLEMO

Ciertamente, no está en tu poder que me vea obligado á obrar como te parece.

ODISEO

No serán, pues, los troyanos, sino tú, contra quien combatiremos.

NEOPTOLEMO

¡Que lo que debe ser sea!

ODISEO

¿Ves mi mano sobre el puño de la espada?

NEOPTOLEMO

Verás la mía hacer otro tanto y sin más tardar.

ODISEO

Te dejaré, pues, y diré esto á todo el ejército, que te castigará.

NEOPTOLEMO

Vuelves á la razón, y, si eres siempre prudente de este modo, te verás seguramente siempre fuera de peligro. En cuanto á ti, ¡oh hijo de Peano! Filoctetes, sal, deja esa roca que te resguarda.

FILOCTETES

¿Qué clamor, qué ruido se eleva cerca de mi antro? ¿Para qué me llamáis? ¿Qué queréis, oh extranjeros? ¡Ay! ¡Es todavía alguna desdicha! ¿Venís á añadir un nuevo mal á mis otros males?

NEOPTOLEMO

Cobra ánimo. Escucha las palabras que voy á decirte.

FILOCTETES

Tengo miedo, en verdad, porque he caído ya en la desgracia, seducido por tus bellas palabras y persuadido por ellas.

NEOPTOLEMO

¿No se puede cambiar de pensamiento?

FILOCTETES

Tales eran también tus palabras cuando me has arrebatado mi arco por la astucia. Parecías sincero y me dañabas en secreto.

NEOPTOLEMO

No es lo mismo ahora; sino que quiero que me digas si has resuelto quedarte aquí ó hacerte al mar con nosotros.

FILOCTETES

¡Cesa! No digas más. Todo lo que digas será inútil.

NEOPTOLEMO

¿Es esa tu resolución?

FILOCTETES

Y más todavía, sábelo, de lo que digo.

NEOPTOLEMO

Hubiera deseado persuadirte con mis palabras, pero, si hablo inútilmente, me callo.

FILOCTETES

En efecto, hablarías en vano, porque nunca conmoverás mi corazón, tú que me has privado con tus insidias de lo que me sustentaba, y que vienes después á aconsejarme, ¡hijo indigno de un padre excelente! ¡Perezcáis vosotros, los Atreidas primero, luego el hijo de Laertes, y tú!

NEOPTOLEMO

¡Basta de imprecaciones, y recibe estas armas de mi mano!

FILOCTETES

¿Qué dices? ¿Son éstas nuevas insidias?

NEOPTOLEMO

Pongo por testigo á la majestad sagrada del supremo Zeus de que no es eso.

FILOCTETES

¡Oh! ¡Qué dulces son para mí esas palabras, si son verdaderas!

NEOPTOLEMO

Los hechos lo probarán. Vamos, extiende la mano y recobra tus armas.

ODISEO

Y yo lo prohibo, que los Dioses lo sepan, en nombre de los Atreidas y de todo el ejército.

FILOCTETES

¡Oh hijo! ¿no es la voz de Odiseo la que oigo?

ODISEO

Ciertamente, y me ves ante ti, á mí que te llevaré por la fuerza á las llanuras de Troya, que el hijo de Aquileo lo quiera ó no.

FILOCTETES

No será impunemente, si este dardo no yerra.

NEOPTOLEMO

¡Oh! ¡no! ¡Por los Dioses, no lances ese dardo!

FILOCTETES

¡Suelta mi mano, por los Dioses, mi querido hijo!

NEOPTOLEMO

No la soltaré.

FILOCTETES

¡Ah! ¿por qué me impides matar con mis flechas á este hombre funesto y odioso?

NEOPTOLEMO

Porque eso no está bien ni para ti ni para mí.

FILOCTETES

Sabe, sin embargo, que esos jefes de ejército, esos hombres, príncipes de los aqueos, son heraldos de mentiras, cobardes en el combate y atrevidos de lengua.

NEOPTOLEMO

¡Sea! Ahora tienes tu arco y no tienes razón para irritarte contra mí y dirigirme reproches.

FILOCTETES

Lo reconozco. Has mostrado ¡oh hijo! de qué raza provienes, no de un padre como Sísifo, sino de Aquileo, que pasaba por el mejor entre los vivos, todo el tiempo que vivió, y ahora entre los muertos.

NEOPTOLEMO

Me regocijo de que alabes á mi padre y á mí mismo; pero oye lo que deseo de ti. Es necesario que los hombres soporten todos los males que les sobrevienen por la voluntad de los Dioses; pero es justo no conceder perdón ni piedad á los que se precipitan ellos mismos en la desgracia, como tú lo haces. Te enfureces y no aceptas ningún consejo, y aborreces á quien te advierte con benevolencia, y le miras como á un enemigo funesto. Hablaré, sin embargo, poniendo por testigo á Zeus, que castiga el perjurio. Escucha mis palabras y grábalas en tu mente. Has sido afligido con ese mal por los Dioses, por haberte acercado al guardián

de Crise, á la serpiente vigilante que, escondida, guarda el descubierto altar. Sabe que no hallarás término alguno á ese terrible mal, en tanto tiempo cuanto Helios se levante por aquí y se ponga por allá, antes que hayas ido de buen grado á los llanos de Troya, donde, con la ayuda de los Asclepíadas, que son de los nuestros, serás curado de tu mal y abatirás, con tu arco y conmigo, la ciudadela de Ilión. He aquí cómo he sabido lo que digo. Heleno, el excelente adivino que hemos cogido en Troya, ha predicho claramente que las cosas pasarían así. Además, dijo que está en el destino que Troya entera sea tomada en este mismo año, y consiente que se le mate si se prueba que ha mentido. Sabiendo todo esto, cede de buen grado. Tu parte será gloriosa si, habiendo sido juzgado el más bravo de los helenos, acudes á las manos que te han de curar, y si, después de haber abatido á Troya, que ha causado nuestro duelo, obtienes una altísima gloria.

FILOCTETES

¡Oh vida detestable! ¿por qué me retienes tan largo tiempo en medio de los vivos y no me dejas marchar hacia Ades? ¡Ay de mí! ¿qué haré? ¿Cómo no ceder á las palabras del que me aconseja con un espíritu benévolo? ¿Cederé, pues? Pero, entonces, desgraciado, ¿de qué modo, sin avergonzarme, me mostraré á la luz, si lo hago? ¿Con quién hablaré? ¡Oh mis ojos, que habéis visto todo lo que se ha hecho contra mí! ¿cómo soportaréis verme vivir con los Atreidas, que me han perdido, y con el execrable hijo de Laertes? El dolor de los males pasados me desgarrará menos que el de los males que tendré que sufrir y que preveo. En efecto, aquellos cuya alma es madre de todos los crímenes, están hechos para ser siempre malvados. Pero una cosa me sorprende en ti: tú debías no volver jamás á Troya, y debías alejarme de allá, puesto que te han ultrajado, despojándote de la gloria de tu padre. ¿Por qué piensas, pues, ir en su ayuda, y me constriñes también á ello? ¡No, oh hijo! Al contrario, llévame más bien á mi patria, y, quedándote tú mismo en Esciros, deja perecer á los perversos. Así obrarás de la mejor manera respecto de mí y respecto de tu padre, y, no ayudando á los malvados, no parecerás semejante á ellos.

NEOPTOLEMO

Dices cosas razonables. Sin embargo, quisiera que, obe-

diente á la voluntad de los Dioses y á mis consejos, dejases esta tierra con un hombre que te ama.

FILOCTETES

¿Es para ir, con este miserable pie, á los llanos de Troya y ante el execrable hijo de Atreo?

NEOPTOLEMO

Ante los que te librarán de tu mal purulento y te curarán.

FILOCTETES

¡Oh tú que me das un consejo funesto! ¿qué dices?

NEOPTOLEMO

Lo que á ti y á mí ha de sernos ventajoso.

FILOCTETES

Y, al decir eso, ¿no sientes vergüenza ante los Dioses?

NEOPTOLEMO

¿Por qué sentir vergüenza de lo que ha de sernos ventajoso?

FILOCTETES

¡Y esa ventaja de que hablas concierne al Atreida y á mí?

NEOPTOLEMO

Puesto que soy tu amigo, también te son amigas mis palabras.

FILOCTETES

¡Cómo! ¿No deseas entregarme á mis enemigos?

NEOPTOLEMO

¡Oh querido, aprende de tus males á no ser arrogante!

FILOCTETES

Me perderás, bién lo sé, con tus palabras.

NEOPTOLEMO

No, por cierto; pero veo que no las comprendes.

FILOCTETES

¿No sé que fuí expulsado por las Atreidas?

NEOPTOLEMO

Ve si los que te expulsaron no te salvarán al fin.

FILOCTETES

Jamás, de esa manera, volveré á ver á Troya de buen grado.

NEOPTOLEMO

¿Qué haremos, pues, si nada de lo que digo puede hacerte ceder? Lo más breve es ahorrarme palabras y dejarte vivir sin curación donde ahora vives.

FILOCTETES

Déjame sufrir los males que es preciso que sufra; pero, lo que me has prometido con la prenda de tu mano, llevarme á mi patria, cúmplelo, ¡oh hijo! No pongas más demora, y no me recuerdes á Troya en adelante. Bastante he gemido y llorado.

NEOPTOLEMO

Partamos, pues, si es preciso.

FILOCTETES

¡Oh generosa palabra!

NEOPTOLEMO

Marcha ahora, apoyado en mí.

FILOCTETES

En tanto en cuanto tenga fuerza para ello.

NEOPTOLEMO

¿Cómo escaparé á la venganza de los aqueos?

FILOCTETES

No tengas cuidado por eso.

NEOPTOLEMO

¿Qué sucederá si devastan mi tierra?

FILOCTETES

Yo estaré allá.

NEOPTOLEMO

¿De qué socorro serás para mí?

FILOCTETES

Con las flechas de Heracles...

NEOPTOLEMO

¿Cómo dices?

FILOCTETES

...les expulsaré á lo lejos.

NEOPTOLEMO

Marcha, pues, después de haber besado esta tierra.

HERACLES

No al menos antes de haber escuchado mis palabras, hijo de Peano. Sabe que la voz de Heracles hiere tus oídos y que ves su rostro. He venido aquí por ti, habiendo abandonado

la morada urania, para revelarte los designios de Zeus é interceptarte el camino que te preparas á tomar. Escucha, pues, mis palabras. Te recordaré primero mis diversas fortunas y los innumerables trabajos que he sufrido y llevado á cabo antes de haber conquistado el inmortal honor de que me ves revestido. Sabe bien que te está señalado un destino semejante, y que gozarás de una vida gloriosa á cambio de tus males. Después que hayas llegado con éste á la ciudad troyana, curarás por de pronto de tu mal terrible, y, elegido como el más bravo de todo el ejército, con ayuda de mis flechas arrancarás la vida á Paris, causa de estos males, y devastarás á Troya; y los despojos que hayas recibido como premio á tu valor los enviarás á tu padre Peano, á tu morada, en las llanuras que se extienden á los pies del Eta, tu patria; pero, en cuanto á los que hayas recibido del ejército, llévalos á mi hoguera, como en homenaje á mis flechas. Y á ti, hijo de Aquileo, te advierto también: no podrás abatir á Troya sin él, ni él sin ti; antes bien, unidos como dos leones, no os separéis. Yo enviaré á Ilión á Asclepio, que te librará de tu mal; porque Ilión está destinada á que dos veces la tomen por mis flechas. Y acordaos, cuando devastéis esa ciudad, de honrar piadosamente á los Dioses, porque el Padre Zeus coloca la piedad por encima de todo. La piedad sigue á los mortales al Hades, y, ya vivan ó mueran, no perece.

FILOCTETES

¡Oh tú que me haces oir tu voz deseada, y que, después de tanto tiempo, me concedes volverte á ver, no seré rebelde á tus palabras!

NEOPTOLEMO

Y yo también tengo esa resolución.

HERACLES

No pongáis, pues, mayores demoras. He aquí el momento favorable: el viento sopla de popa.

FILOCTETES

¡Vamos! Pero, al partir, he de saludar á esta tierra. ¡Yo os saludo, oh refugio que me has resguardado, Ninfas, habitantes de las regadas praderas, violento clamor del mar

contra el promontorio, donde frecuentemente mi cabeza, en el hueco del antro, fué mojada por los soplos del Noto, y tú, montaña de Hermeo, que me devolviste tantas veces el eco de mis gemidos! Ahora, ¡oh fuentes, oh licor licio! os abandono, sin haber tenido jamás esperanza de ello. ¡Yo te saludo, oh tierra de Lemnos rodeada por las olas! Envíame, sano y salvo, por una feliz navegación, allí donde me conducen la gran Moira y la voluntad de mis amigos y el Dios que todo lo domina y que ha querido esto.

EL CORO

Partamos, pues, todos juntos, después de haber suplicado á las Ninfas del mar, para que nos aseguren el regreso.

FIN DE «FILOCTETES»





VI

AYAX

Atena.	Un mensajero.
Odiseo.	Teucro.
Ayax.	Menelao.
Coro de marineros salaminios.	Agamenón.
Tecmesa.	Eurisaces.
	El pedagogo.
	Un heraldo.

ATENA

¡Oh hijo de Laertes, siempre te veo en acecho y tratando de sorprender al enemigo! Y he aquí que te encuentro cerca de las tiendas marinas de Ayax, al extremo de la flota, en caza ya y examinando las huellas recientes del hombre, para saber si está dentro ó fuera. Has venido conducido como por el olfato sagaz de una perra lacenia, porque ese hombre está allí, bañada la cabeza en sudor y las manos ensangrentadas. No tienes necesidad de seguir espiando á través de esa puerta. Dime la razón del trabajo que te has tomado, para que te manifieste lo que sé acerca de esto.

ODISEO

¡Oh voz de Atena, de aquella de todas las Diosas que me es más querida! ¡Aunque permaneces invisible, tu palabra penetra en mis oídos y resuena en mi espíritu, tal como el sonido estrepitoso de la trompeta de bronce de los tirrenos! Y, ahora, has comprendido bien que rondaba en torno á ese enemigo, Ayax, el que lleva el escudo; porque es él mismo, y no otro, el que vengo espiando hace mucho tiempo. Esta noche, ha cometido contra nosotros una acción perversa que no hemos visto; si es que la ha cometido, sin embargo, porque no sabemos nada de seguro, y andamos vagando inciertos. Por eso me he impuesto la tarea de hacer averiguaciones. Hemos encontrado todo el ganado del botín muerto y degollado por una mano desconocida, juntamente con los guardianes del rebaño. Todos acusan á Ayax de esta acción; y uno de los guardas me ha referido y afirmado que le había visto marchando sólo á grandes pasos á través del llano, empuñando una espada recién teñida en sangre. He seguido al punto sus huellas y he aquí que encuentro algunas indudables y otras con las que me hallo turbado, y no sé quién me dará una certidumbre. Así es que vienes á tiempo, porque, para las cosas pasadas y para las futuras, me veo conducido por ti.

ATENA

Sabía esto, Odiseo, y me he puesto en camino hace largo tiempo para protegerte y favorecer tu caza.

ODISEO

Querida dueña, ¿me he tomado un trabajo que no será inútil?

ATENA

¡Ciertamente! porque él es quien ha hecho eso.

ODISEO

¿En virtud de qué demencia furiosa ha obrado así?

ATENA

Lleno de furor de que le hayan sido negadas las armas de Aquileo.

ODISEO

¿Y por qué se ha lanzado sobre los rebaños?

ATENA

Estaba en la creencia de que mojaba sus manos en vuestra sangre.

ODISEO

¿Meditaba, pues, esa matanza contra los argivos?

ATENA

Y la habría hecho, si yo me hubiera descuidado.

ODISEO

¿Con qué audacia y con qué arrogancia de espíritu?

ATENA

Por la noche, y furtivamente, ha salido solo contra vosotros.

ODISEO

¿Se ha acercado mucho? ¿Ha alcanzado el término del camino?

ATENA

Ya tocaba á las tiendas de los dos jefes.

ODISEO

¿Y cómo ha detenido su mano ávida de matanza?

ATENA

Le he rehusado esa alegría irremediable, habiendo enviado imágenes engañosas á sus ojos. Y le he desviado hacia el ganado del botín, hacia los mezclados rebaños, no repartidos todavía, y que los boyeros guardaban en confusión. Y se ha precipitado, matando á los bueyes portadores de

cuernos, hiriendo aquí y allá, creyendo matar por su mano á los Atreidas, y lanzándose tan pronto sobre uno, tan pronto sobre otro. Y yo excitaba al hombre acometido por la furiosa demencia y le hacía caer en asechanzas. Al fin, descansando de su faena, ha atado los bueyes sobrevivientes y los demás rebaños, y se los ha llevado todos á sus tiendas, cierto de poseer hombres y no bestias cornudas; y ahora los atormenta, atados en su tienda. Pero yo volveré su mal manifiesto, para que lo veas y lo relates á todos los argivos. Quédate aquí con confianza y no temas nada de ese hombre. Yo volveré sus ojos hacia otro lado, no sea que distinga tu rostro. ¡Hola! ¡Tú que oprimes con ligaduras manos cautivas! ¡Ayax, yo te llamo, ven aquí, sal!

ODISEO

¿Qué haces, Atena? No le llames afuera.

ATENA

Cállate y no temas nada.

ODISEO

¡Por los Dioses! ¡Que siga más bien en su tienda!

ATENA

¿Qué tienes, pues? ¿No ha sido éste siempre un hombre?

ODISEO

Es mi enemigo, y ahora más todavía.

ATENA

¿No es muy agradable reirse de los enemigos?

ODISEO

Me basta con que permanezca en su tienda.

ATENA

¿Temes ver á un hombre manifiestamente en demencia?

ODISEO

Si tuviera sano el espíritu, no temería mirarle.

ATENA

Pero, ahora, no te verá, aun estando cerca.

ODISEO

¿Cómo, si mira con los ojos?

ATENA

Yo extenderé una niebla sobre sus ojos que ven.

ODISEO

Todo puede ser hecho, cuando en ello trabaja un dios.

ATENA

Ahora sé mudo y quédate donde estás.

ODISEO

Me quedaré. No obstante, mejor querría estar lejos de aquí.

ATENA

¡Hola! Tú, Ayax, te llamo de nuevo. ¿Por qué haces tan poco caso de tu protectora?

AYAX

¡Salve, ¡oh Atena! salve, hija de Zeus! ¡Cuán á tiempo vienes! Yo te colmaré de dorados despojos, á cambio de este botín.

ATENA

Bien has dicho; pero dime: ¿has empapado bien tu espada en la sangre de los argivos?

AYAX

De ello puedo gloriarme y no negaré el hecho.

ATENA

¿Has puesto una mano armada sobre los Atreidas?

AYAX

De modo que ya no ultrajen á Ayax.

ATENA

¿Han perecido, si comprendo bien tus palabras?

AYAX

Muertos son. ¡Que me arranquen ahora mis armas!

ATENA

Bien. Pero ¿y el hijo de Laertes? ¿Cuál ha sido su suerte? ¿Es que se te ha escapado?

AYAX

¿Preguntas dónde está ese zorro sutil?

ATENA

Sin duda: hablo de Odiseo, tu adversario.

AYAX

Está atado en mi tienda, ¡oh dueña! y es ese un espectáculo muy agradable para mí. No quiero que muera todavía.

ATENA

¿Qué harás antes de eso? ¿Qué provecho obtendrás?

AYAX

Antes, habiéndole atado á una columna de la morada...

ATENA

¿Qué mal vas á hacer al desgraciado?

AYAX

Es preciso que tenga, antes de morir, la espalda toda ensangrentada por el látigo.

ATENA

No desgarres así á ese desdichado.

AYAX

Yo haré todas las otras cosas que te agraden, Atena; pero sufrirá ese castigo, no otro.

ATENA

Puesto que te place obrar así, hiere, y no olvides nada de lo que quieres hacer.

AYAX

Voy á obrar, y te pido que vengas así siempre en mi ayuda.

ATENA

Mira, Odiseo, cuán grande es el poder de los Dioses. ¿Has encontrado nunca un hombre más sensato y mejor en la acción que lo era éste?

ODISEO

Nadie, en verdad. Tengo piedad de este desventurado, por más que sea mi enemigo, porque es víctima de un des-

tino adverso, y pienso en el mío tanto como en el suyo, porque todos los que vivimos no somos nada más que imágenes y sombras vanas.

ATENA

Puesto que ves esto, guárdate de hablar jamás con insolencia de los Dioses, y de no henchirte de orgullo, si prevaleces sobre alguno por tu fuerza ó por la abundancia de riquezas. Un solo día abate ó levanta las cosas humanas. Los Dioses aman á los modestos y aborrecen á los impíos.

EL CORO

Telamonio, que posees Salamina rodeada por las olas, si tú prosperas, yo me regocijo; pero si el odio de Zeus ó la palabra violenta y funesta de los danaos te cerca, entonces me veo acometido por un gran temor, y me estremezco como el ojo de la paloma alada. Así los elevados clamores de un rumor siniestro nos han hecho saber que, la noche pasada, lanzándote á la pradera donde brincan los caballos, degollaste los rebaños de los danaos y mataste con el hierro reluciente todo lo que quebaba del botín de la lanza. Odiseo esparce tales rumores, y los murmura al oído de todos, y les persuade sin trabajo. Las cosas que dice de ti son fácilmente creídas, y cualquiera que le oye insulta tus miserias y se regocija de ellas todavía más que el que las revela. Las injurias que se lanzan á los grandes hombres no se desvían fácilmente; pero el que dijera otro tanto de mí no persuadiría, porque la envidia ataca al poderoso. Los humildes, sin embargo, sin los poderosos, son débil apoyo para la ciudad. El humilde prospera con la ayuda de los poderosos, y el hombre poderoso se eleva con la ayuda de los humildes. Pero no se puede enseñar estas cosas verdaderas á insensatos. Y, ahora, te ves asaltado por el clamor de los hombres; y, sin ti, no podemos oponernos á ello, ¡oh Rey! porque, habiendo huído de tus ojos, charlan como una bandada de pájaros. Pero, si te adelantas, espantados por el gran buitre, guardarán al punto silencio y quedarán mudos.

Estrofa

¿Es, pues, la hija de Zeus, conducida por toros, Artemis —¡oh nueva terrible! ¡oh madre de mi vergüenza!—, la que

te ha lanzado contra esos rebaños de bueyes que son de todos, sea que haya sido dejada sin recompensa de alguna victoria ó de alguna caza, sea que se haya visto frustrada de ilustres despojos? ¿Es Ares, vestido de coraza de bronce, el que, reprochándote la ayuda de su lanza, ha vengado su injuria por medio de esas emboscadas nocturnas?

Antistrofa

Telamonio, no ha sido por tu propio impulso, en efecto, como has cedido á esa demencia de lanzarte contra unos rebaños. ¿No has sido más bien atacado por un mal divino? ¡Que Zeus y Febo repriman, pues, las malvadas palabras de los argivos! Si los dos grandes reyes, ó alguno de la muy inicua raza de los Sisífidas, esparcen esas mentiras urdidas furtivamente, yo te conjuro. ¡oh Rey! no permanezcas por más tiempo inerte en tus tiendas marinas, por temor de confirmar contra ti ese rumor malévolo.

Épodo

Antes bien, sal de tus moradas donde has permanecido largamente en una ansiosa inacción, irritando así tu mal uranio. Durante ese tiempo, el furor de tus enemigos, que ningún temor reprime, se despliega impunemente, como el fuego en los valles en que el viento sopla. Con estallidos de risa, te cubren de amarguísimos ultrajes, y yo estoy roído por el dolor.

TECMESA

Compañeros marinos de Ayax, salidos de los Erecteidas nacidos de Gea, nos es preciso gemir, nosotros que tenemos cuidado de la casa de Telamón, porque el terrible, el grande, el vigorosísimo Ayax gime ahora víctima de la violencia del mal.

EL CORO

¿Qué calamidad ha traído la noche después de un día tranquilo? Di, hija del frigio Teleutas, tú á quien el violento Ayax ama y reverencia como la compañera de su lecho, tú, su cautiva. Sabiendo la verdad, puedes dárnosla á conocer por tus palabras.

TECMESA

¿Cómo recordaré esta horrible cosa? Vas á conocer una desgracia no menos terrible que la muerte. Esta noche, el ilustre Ayax, atacado de demencia, se ha cubierto de ignominia. Puedes ver en su tienda los animales degollados y ensangrentados, víctimas del hombre.

EL CORO

Estrofa

¿Qué noticia nos traes del hombre furioso? ¡Cosa abrumadora, ineluctable, que han extendido los rumores de los príncipes danaos y que la voz pública exagera todavía! ¡Ay de mí! Temo el mal que va á sobrevenir. Es manifiesto que habrá de morir el hombre que ha degollado con mano furiosa y la espada ensangrentada los rebaños y sus pastores de á caballo.

TECMESA

¡Ay de mí! Es, pues, de allí, es de allí de donde ha vuelto, trayendo los rebaños llenos de ligaduras; y ha degollado los unos tumbados en la tierra, y ha cortado los otros por el medio, á través de los costados. Y ha cogido dos carneros blancos, y ha cortado la cabeza del uno y el cabo de la lengua que ha arrojado á lo lejos; y el otro lo ha atado de pie á una columna con una correa de caballo, golpeándole con un doble látigo y abrumándole á palabras insultantes que sólo un dios, y no un hombre, le ha enseñado.

EL CORO

Antistrofa

He aquí el momento en que cada uno, cubriéndose la cabeza, debe emprender la fuga en secreto, ó sentándose en el banco de los remeros, alejar á fuerza de remos la nave que corre sobre el mar, porque los dos jefes Atreidas prorrumpen en amenazas contra nosotros. Temo sufrir una muerte miserable bajo las piedras y verme sometido al mismo suplicio que éste á quien oprime la inevitable fuerza del destino.

TECMESA

Ya no le oprime. Su furor se ha calmado como suele calmarse el soplo violento del Noto al que no acompaña el relámpago brillante. Antes bien, habiendo recobrado el espíritu, está ahora atormentado por un nuevo dolor; porque contemplar los propios males cuando nadie los ha causado mas que uno mismo, aumenta amargamente los dolores.

EL CORO

Pero, si se ha apaciguado, creo que eso es muy beneficioso para él. En efecto, la inquietud de un mal pasado es menor.

TECMESA

¿Qué escogerías, si te fuese dado escoger: ó afligiendo á tus amigos, estar alegre tú mismo, ó sufrir de los mismos males?

EL CORO

Es más amargo, ¡oh mujer! sufrir por los dos lados.

TECMESA

Por más que estemos librados de ese mal, estamos sin embargo expuestos á la desgracia.

EL CORO

¿Cómo has dicho? No comprendo tus palabras.

TECMESA

Durante todo el tiempo que Ayax ha permanecido en estado de demencia, se regocijaba del mal que le poseía, y el disgusto nos afligía, á nosotros que estábamos sanos de espíritu. Y ahora que el mal le deja respirar, es víctima por completo de una amarga pena, y nosotros no estamos en nada menos atormentados que antes. En lugar de un dolor, ¿no tenemos dos?

EL CORO

En verdad, pienso como tú, y temo que esta plaga no haya sido infligida á este hombre por un dios. ¿Cómo, en efecto, puesto que se halla librado de su mal, no está más alegre que cuando estaba enfermo?

TECMESA

Las cosàs son así, sábelo bien.

EL CORO

¿Cuáles han sido los comienzos de ese mal que le ha invadido? Dínoslo, á nosotros que gemimos contigo.

TECMESA

Te diré todo lo que ha sucedido, puesto que compartes mi dolor. En plena noche, cuando las antorchas de la velada ya no ardían, habiendo cogido una espada de dos filos, pareció querer salir sin razón. Entonces le interpelé con estas palabras: «¿Qué haces, Ayax? ¿Adónde vas, no llamado, ni apremiado por algún mensaje, ni por el sonido de la trompeta? Ahora, todo el ejército duerme.» Y él me respondió esta breve frase siempre dicha: «Mujer, el silencio es el honor de las mujerés.» Habiéndole oído, me callé, y él se lanzó solo afuera, y no sé lo que ha sucedido en el intervalo. Después, volvió, trayendo á su tienda, atados juntos, toros, perros de pastor y todo un botín cornudo, y cortó la cabeza á los unos, y, derribando á los otros, les degolló y les hizo pedazos; y ató á otros, que desgarró á latigazos, hiriendo aquel ganado como si hiriese á hombres. Después, se lanzó fuera, hablando con voz ronca á no sé qué espectro, insultando, tan pronto á los Atreidas, tan pronto á Odiseo, con risas y envaneciéndose de haberse vengado de sus injurias. Después, se precipitó en su tienda, y, volviendo en sí al cabo de largo rato, cuando vió su morada llena de carnicería por su demencia, se golpeó la cabeza, gritó y se arrojó sobre los cadáveres del rebaño degollado, mesándose los cabellos con las uñas. Y permaneció así largo tiempo mudo. Luego, me amenazó con un gran castigo si no le revelaba todo lo que había ocurrido, y me preguntó

por fin en qué estado había caído. Y yo, llena de temor, ¡oh amigo! le referí todo, en cuanto lo sabía. Y al punto se lamentó con alaridos lúgubres tales como jamás había oído salir de él; porque acostumbraba á decir que lamentarse de ese modo era de un hombre cobarde y de un corazón vil. Por eso, cuando estaba acometido por el dolor, sin gritos ni lamentos, gemía sordamente como un toro que muge. Ahora, abrumado por ese infortunio, sin beber ni comer, permanece sentado é inmóvil en medio de los animales degollados por el hierro; y es evidente que medita algún mal designio, porque lo atestigua con sus palabras y con sus gemidos. Por eso, ¡oh queridos! es por lo que he venido. Entrad, y, si podéis, id en su ayuda, porque los hombres tales como éste suelen ser persuadidos por las palabras de sus amigos.

El coro

Tecmesa, hija de Teleutas, nos refieres cosas terribles diciéndonos que este hombre está atacado de demencia.

Ayax

¡Ay de mí! ¡Ay!

Tecmesa

Parece que su mal va á crecer. ¿No oís cómo Ayax lanza clamores?

Ayax

¡Ay de mí!

El coro

¡Otra vez! Parece víctima del mal ó turbado por el recuerdo de los males pasados.

Ayax

¡Ay de mí! ¡Hijo, hijo!

Tecmesa

¡Desdichada de mí! Eurisaces, él te llama. ¿Qué tiene en la mente? ¿Dónde estás? ¡Desgraciada de mí!

AYAX

Llamo á Teucro. ¿Dónde está Teucro? ¿Andará siempre buscando botín? En cuanto á mí, yo muero.

EL CORO

Se diría que vuelve en sí. Abrid la entrada. Quizá, si me ve, tendrá alguna vergüenza.

TECMESA

Ya abro. Puedes mirar lo que ha hecho y cómo está él mismo.

AYAX

Estrofa 1

¡Oh queridos compañeros marinos, mis únicos amigos, los únicos que me habéis guardado vuestra fe, ved por qué olas de sangrienta tempestad me encuentro rodeado!

EL CORO

¡Ay de mí! No me has atestiguado, Tecmesa, sino cosas demasiado verdaderas. Esto prueba con exceso que se encuentra en estado de demencia.

AYAX

Antistrofa I

¡Oh hábiles marinos, mis compañeros, que, en la nave, movéis el remo, vosotros, vosotros solos, entre los que se cuidaban de mí, estáis prontos á socorrerme! ¡Vamos! ¡matadme!

EL CORO

Habla mejor. No acrezcas, dando mal por mal, la medida de tu desgracia.

AYAX

Estrofa II

¿Veis este hombre audaz, de gran corazón, intrépido otras veces en los combates, atrevido ahora contra pacíficos animales? ¡Oh! ¡qué de risas excitaré! ¡En qué oprobio he caído!

TECMESA

Dueño Ayax, no digas tales cosas, yo te conjuro.

AYAX

¿No has salido? ¡Vuelve el pie atrás! ¡Ay de mí! ¡Ay!

EL CORO

Por los Dioses, yo te lo suplico, vuelve á la razón.

AYAX

Estrofa III

¡Oh infeliz, que he dejado á esos impíos escapar de mi mano, y que, precipitándome sobre bueyes de retorcidos cuernos y sobre rebaños baladores, he derramado su sangre negra!

EL CORO

¿A qué te atormentas por cosas realizadas? Nada puede hacer que lo que es no sea.

AYAX

Antistrofa II

¡Oh tú que todo lo espías, obrero de desdicha, hijo de Laertes, sórdido vagabundo del ejército, cómo debes reir á carcajadas en tu alegría!

EL CORO

Según un dios lo quiere, cada cual ríe ó llora.

AYAX

¡Que no le vea cara á cara, aunque estoy abrumado de males, ¡ay de mí!

EL CORO

No hables orgullosamente. ¿Olvidas que eres víctima del infortunio?

AYAX

Antistrofa III

¡Oh Zeus, primer padre de mis ascendientes! Pueda yo, habiendo muerto á ese charlatán y odioso embustero y á los dos reyes también, morir al fin yo mismo.

TECMESA

Si haces esa imprecación, desea también mi muerte. ¿Qué me importa vivir, muerto tú?

AYAX

Estrofa IV

¡Oh oscuridad, luz mía! ¡Oh Erebo para mí muy espléndido! ¡Recibid, recibidme por habitante, recibidme! ¡porque no soy digno en adelante de ser socorrido ni por los Dioses, ni por la raza de los mortales! La poderosísima hija de Zeus me atormenta hasta la muerte. ¿Adónde huiré? ¿Dónde me detendré? Si todo me falta, amigos, la venganza, siguiendo mis huellas, me verá tendido sobre las víctimas de mi demencia, y ocurrirá seguramente que todo el ejército me matará atacándome por los dos lados.

TECMESA

¡Oh desventurado! ¿Es posible que un hombre tan prudente hable así, cosa que no hubiera jamás querido hacer antes?

AYAX

Antistrofa IV

¡Oh estrechos y antros donde resuenan las olas del mar,

oh prados de la ribera, largo tiempo, largo tiempo me habéis retenido delante de Troya, pero no me veréis en adelante respirando la vida! ¡Que quien lo oye lo sepa! ¡Oh cercanas ondas del Escamandro, benévolas para los argivos, no veréis más á este hombre, lo digo con orgullo, que no ha sido igualado por ninguno de los que han venido de la tierra helénica á Troya! ¡En cuanto á él, ahora yace deshonrado en tierra!

El coro

Estás acechado por males tan terribles que no sé si debo contenerte ó dejarte hablar así.

Ayax

¡Ay, ay! ¿Quién hubiera jamás pensado que mi nombre convendría así á mis males? Ahora, en efecto, ¿por qué no gritaré dos ó tres veces: ¡Ay! ¡Ay! sumido como estoy en semejantes males? Mi padre volvió en otro tiempo de esta misma tierra del Ida, habiendo obtenido los más altos premios de las más grandes acciones guerreras y la más ilustre gloria; y yo, su hijo, que he venido á esta misma Troya con no menor denuedo y que he llevado á cabo acciones igualmente grandes, muero deshonrado entre los argivos. Pero, al menos, tengo por cierto que si Aquileo vivo hubiese discernido sus armas á quien hubiera alcanzado la palma del valor, ninguno las habría tenido mejor que yo. Ahora, por sus astucias, los Atreidas las han entregado, con menosprecio de mis gloriosas acciones, á un hombre sutil é impío. Y si estos ojos y este espíritu turbado no me hubieran desviado de lo que había resuelto, no podrían en lo sucesivo pronunciar un juicio semejante contra nadie. Pero la hija imponente y no domada de Zeus me ha alucinado, cuando alzaba la mano sobre ellos, y me ha enviado una demencia furiosa que ha hecho que haya manchado mis manos con la sangre de estos animales. Y ahora, habiendo escapado de mí contra mi voluntad, se burlan de mí; pero, cuando un dios lo quiere, el cobarde escapa del más valiente. ¿Qué es preciso, pues, que haga? Soy evidentemente detestado por los Dioses, el ejército de los helenos me aborrece, y soy odioso á Troya entera y á este país. ¿Atravesaré el mar Egeo, volviendo á mi morada, abandonando esta estación de naves y dejando á los Atreidas? Pero ¿con qué cara me presentaré á mi padre Telamón? ¿Cómo sostendrá la vista del que vuelve

sin gloria y privado de esos premios al valor de que él había obtenido el honor ilustre? Esto no es soportable. ¿Si, precipitándome contra los muros troyanos, combatiese solo contra todos ellos, y si, llevando á cabo una acción heroica, muriese al fin? Pero haría una cosa útil y agradable á los Atreidas. Esto no me place nada. Es preciso intentar otra vía por la cual pruebe á mi anciano padre que no ha nacido de él un cobarde. En efecto, es vergonzoso para un hombre desear una larga vida si no hay remedio alguno á sus males. ¿Qué es lo que un día añadido á otro día puede traer de felicidad, haciendo retroceder la muerte al siguiente? No estimo en ningún precio al hombre que se lisonjea con una vana esperanza. O vivir gloriosamente ó morir lo mismo conviene á un hombre bien nacido. Esto es todo lo que tengo que decir.

EL CORO

Nadie dirá jamás, Ayax, que ese lenguaje no es tuyo y te ha sido inspirado, porque es propio de tu espíritu. Reprime, sin embargo, esa cólera, y, olvidando tus penas, déjate regir por tus amigos.

TECMESA

¡Oh dueño Ayax! No hay mal más terrible para los hombres que la servidumbre. Yo nací de un padre libre y más poderoso por sus riquezas que ningún otro entre todos los frigios, y ahora soy esclava. Así los Dioses y sobre todo tu brazo lo han querido. Por eso, desde que he entrado en tu lecho, me preocupo de lo que á ti se refiere. Te conjuro, pues, por Zeus que protege el hogar, por tu lecho donde te has unido á mí, no me dejes convertirme en el triste objeto de risa y el juguete de tus enemigos, entregándome al capricho de cada cual. El día en que, muriendo, me abandones con tu muerte, no dudes que, violentamente arrebatada por los argivos, coma, con tu hijo, un alimento servil. Y algún nuevo dueño, insultándome, me dirá tal vez esta frase amarga: «Mirad la esposa de Ayax, que fué el más poderoso del ejército por su fuerza; ved qué servidumbre sufre en lugar del destino envidiable que era el suyo.» Dirá tales palabras, y la dura necesidad me atormentará, y esas palabras deshonrarán á ti y á tu raza. ¡Respeta á tu padre, que abandonarás agobiado por una triste ancianidad; respeta á tu madre cargada de numerosos años, que suplica sin descanso

á los Dioses, para que vuelvas sano y salvo á la morada! ¡Oh Rey, ten piedad también de tu hijo, que, privado de los cuidados debidos á su edad, y privado de ti, será maltratado por tutores injustos, tantas miserias nos dejarás á él y á mí, si mueres! No hay nada, en efecto, que yo pueda mirar, si no eres tú, puesto que has destruído mi patria por la lanza, y la Moira ha arrebatado á mi padre y á mi madre, que han muerto y habitan en el Hades. ¿Quién podría, fuera de ti, reemplazar patria y riquezas? Mi única salvación está en ti. Acuérdate, pues, de mí. Conviene que un hombre se acuerde de lo que le ha agradado, y la gratitud acarrea siempre la gratitud. Aquel en quien se desvanece la memoria de un beneficio, no puede ser tenido por un hombre bien nacido.

EL CORO

Quisiera, Ayax, que fueses tocado de piedad como yo. Alabarías, en efecto, sus palabras.

AYAX

Yo le tributaría grandes alabanzas si se atreviese á realizar lo que voy á ordenarle.

TECMESA

¡Oh querido Ayax, te obedeceré en todo!

AYAX

Tráeme, pues, á mi hijo, para que le vea.

TECMESA

Acometida de temor, le había alejado.

AYAX

¿Es por terror de mi mal, ó quieres hablar de algún otro temor?

TECMESA

Temía que el desgraciado muriese si te encontraba por casualidad.

AYAX

Ello no hubiera sido imposible á mi Genio.

TECMESA

Así he obrado para arrojar la desgracia lejos de él.

AYAX

Te alabo por ese proceder y por tu previsión.

TECMESA

¿Qué servicio puedo prestarte ahora?

AYAX

Haz que le vea frente á frente y que le hable.

TECMESA

Está guardado cerca de aquí por los sirvientes.

AYAX

¿Por qué tarda y no viene con prontitud?

TECMESA

¡Oh hijo! Tu padre te llama. ¡Que aquel de los sirvientes que tiene cuidado de él le traiga aquí!

AYAX

¿Acude á tus palabras, ó no las ha oído?

TECMESA

Hele aquí: un sirviente le trae.

AYAX

Tráele, tráele aquí. No se espantará, á la vista de este degüello, si verdaderamente ha nacido de mí; antes bien, es

preciso que, desde muy joven, se haga á las costumbres bravías de su padre, y que tenga un natural semejante al suyo. ¡Oh hijo, plegue á los Dioses que seas más feliz que tu padre y semejante á él por lo demás! Así serás irreprochable. Y, ahora, me es lícito llamarte dichoso, porque no sientes nada de mis males. La vida más dichosa es no saber nada, hasta que se aprende á regocijarse ó á gemir. Cuando hayas llegado á esa edad, es preciso que pienses entonces en mostrar á mis enemigos de qué padre has nacido. Mientras tanto, aliméntate de dulces alientos y deja crecer tu joven vida, delicias de tu madre. Ninguno de los aqueos, lo sé, te insultará con odiosos ultrajes, aun en mi ausencia, porque te dejaré un guardián vigilante, Teucro, que te criará y te educará. Ahora está lejos de aquí, haciendo botín. Pero vosotros, hombres portadores de escudos, pueblo marino, os ordeno, si consentís en ayudarle, que le anunciéis mi voluntad, para que, habiendo conducido este niño á mi morada, le muestre á mi padre Telamón y á mi madre Eribea, para que sea el sostén de su vejez. En cuanto á mis armas, que ni los jueces de los juegos ni el que me ha perdido las ofrezcan como premio á los aqueos; antes bien, este escudo, de siete pieles de buey de espesor é impenetrable, del cual has recibido tu nombre, tómalo, hijo Eurisaces, y poséelo, para hacerlo mover con ayuda de la correa. Mis otras armas serán sepultadas conmigo. Mujer, recoge este niño de prisa, cierra la entrada de la morada, y no prorrumpas en gemidos ante la tienda. Ciertamente, la mujer está siempre demasiado pronta á llorar. Te digo que cierres prontamente la puerta. No es de un sabio médico hacer encantaciones para un mal que no pide mas que ser cortado.

El coro

Estoy espantado de oir esta violencia apresurada, y tus rudas palabras no me agradan.

Tecmesa

¡Oh dueño Ayax! ¿qué meditas en tu espíritu?

Ayax

No lo preguntes ni lo investigues. Es bueno ser prudente.

TECMESA

¡Ay de mí! ¡Cuán desesperada estoy! ¡Te conjuro por los Dioses, por tu hijo, no nos abandones!

AYAX

Me importunas demasiado. ¿No sabes que estoy dispensado de todo deber para con los Dioses?

TECMESA

¡Pronuncia palabras de buen augurio!

AYAX

Habla á quien te oiga.

TECMESA

¿No te persuadirás, pues?

AYAX

Hablas desmedidamente.

TECMESA

Estoy espantada, en efecto, ¡oh Rey!

AYAX

¿No la encerraréis prontamente?

TECMESA

¡Por los Dioses, apacíguate!

AYAX

Eres insensata si piensas en reformar ahora mi carácter.

El coro

Estrofa I

¡Oh ilustre Salamina rodeada de olas, tú que vives ahora feliz y siempre gloriosa para todos los hombres; en cuanto á mí, desgraciado, espero desde hace mucho tiempo la posesión de las llanuras del Ida, en el transcurso sin fin de los meses, gastado por el curso móvil del tiempo, y alimentando la amarga esperanza de que partiré al fin para el sombrío y odioso Hades!

Antistrofa I

Y aumenta mis males ver á Ayax que no puede curar, ¡ay de mí! acometido de una demencia divina, él á quien enviaste hace tiempo para que fuera victorioso en las luchas de Ares, y que, ahora, privado de su juicio, causa una amarga aflicción á sus amigos, porque las grandes acciones que ya ha realizado con sus valientes manos son desdeñadas por los ingratos Atreidas.

Estrofa II

Ciertamente, cuando su anciana madre, invadida por la blanca vejez, sepa que está acometido de demencia, no exhalará una suave queja, ni un triste canto como el desgraciado ruiseñor, sino que lanzará clamores y alaridos, y su pecho resonará con los golpes de sus manos, y se mesará los blancos cabellos.

Antistrofa II

Porque valdría más que fuese sepultado en el Hades que estar afligido por un mal irremediable, él que, sobresaliendo sobre los bravos aqueos por la excelencia de su raza, no tiene sus ordinarias costumbres, y cuyo espíritu se halla extraviado. ¡Oh desdichado padre, es preciso que conozcas la calamidad lamentable de tu hijo, tal como la raza de los Eácidas no la ha sufrido jamás, excepto en éste!

Ayax

El tiempo largo é infinito manifiesta á la luz todas las

cosas ocultas y oculta las cosas manifiestas, y no hay nada que no pueda suceder. La santidad de los juramentos sagrados es violada y el rigor de los firmes espíritus es vencido. Yo que, hace poco, resistía á todo victoriosamente, como el hierro aceitado, he aquí que me veo ablandado por esta mujer, y tengo compasión de dejarla viuda y á mi hijo huérfano en medio de mis enemigos. Pero me voy á los baños y á las praderas de la orilla, para, purificado de mis manchas, escapar á la cólera terrible de la Diosa. Cuando llegue á un lugar desierto y no frecuentado, esconderé esta espada, la más odiosa de las armas, en la excavada tierra, allí donde nadie la vea. La noche y Ades la guardarán bajo tierra, porque, desde el día en que la recibí de Héctor, ese enemigo tan mortal, nada bueno me ha venido de los argivos. Y es verdadera esta sentencia que comúnmente se dice: los dones de un enemigo no son ni dones, ni cosas útiles. Por eso sabremos en lo sucesivo ceder ante los Dioses, aprenderemos á reverenciar á los Atreidas. ¿Por qué no? La grandeza y el poder ceden ante el que manda; los inviernos nivosos ceden el lugar á los estíos fructíferos; el astro de la noche sombría retrocede cuando resplandece el día conducido por sus blancos caballos; y el soplo de los vientos huracanados se apacigua sobre el mar quejumbroso; y el sueño, que domina á todos los vivos, desliga á los que había encadenado, y no los retiene siempre. ¿Por qué nosotros no hemos de aprender á ser más modestos? En cuanto á mí, lo aprenderé al fin, sabiendo ahora que es preciso odiar á nuestro enemigo, como si pudiese amarnos de nuevo; y, por otra parte, he de amar á un amigo y ayudarle con mis servicios, como si, algún día, pudiese convertirse en mi enemigo. Para el mayor número de los hombres el puerto de la amistad no es seguro. Pero basta. Tú, mujer, entra, y suplica á los Dioses para que realicen lo que deseo. Y vosotros, compañeros, rendidme el mismo honor, y decid á Teucro, en cuanto venga, que se preocupe de nosotros y se tome un interés igual al vuestro. Y yo iré allí donde es preciso que vaya. Vosotros haced lo que he dicho, y tendréis noticia pronto de mi salud, por más desgraciado que ahora sea.

El coro

Estrofa

¡Me estremezco de deseo, salto con gran alegría! ¡Io Pan! ¡Pan, oh Pan que corres sobre el mar, desciende hacia

nosotros desde las rocas nevadas de Cilene! ¡Oh tú, que conduces los coros de los Dioses, hábil en saltar por tu solo instinto, ven para dirigir conmigo las danzas de Nisa y de Gnoso! Porque siento ahora el deseo de la danza. ¡Y tú, ven, Apolo Delio, ven á través del mar Icario, y seme favorable!

Antistrofa

Ares ha disipado el dolor terrible que turbaba mis ojos. Ahora, de nuevo, ¡oh Zeus! resplandece una luz pura que me deja acercarme á las naves rápidas que corren sobre el mar. puesto que Ayax, habiendo olvidado sus males, ha procedido bien para con los Dioses y obedecido piadosamente sus leyes venerables. El largo tiempo destruye todas las cosas, y no niego que todo no pueda ocurrir, puesto que Ayax ha vuelto de su cólera desesperada y de sus querellas terribles con los Atreidas.

UN MENSAJERO

Ante todo, amigos, quiero anunciaros esto: Teucro acaba de llegar de las altas montañas misias. Habiendo venido al medio del campamento, ha sido insultado por la multitud unánime de los argivos! En cuanto le hubieron visto de lejos, se reunieron en torno suyo, y entonces le colmaron de maldiciones, sin que nadie moderase su lengua; y le llamaban el hermano del insensato, del que hacía traición al ejército, y afirmaban que nada le preservaría de morir, aplastado por las piedras; y llegaron á sacar ya sus espadas de las vainas. Sin embargo, la querella, llevada al más alto punto, se ha apaciguado, habiendo sido calmada por las palabras de los ancianos. Pero ¿dónde está Ayax, para que le refiera estas cosas, porque es preciso decirlo todo al que manda?

EL CORO

No está aquí, sino que acaba de salir, teniendo nuevos designios conformes á sus nuevos pensamientos.

EL MENSAJERO

¡Ay de mí! ¡ay! ¡El que me ha enviado ha estado, pues, demasiado lento en hacerlo, ó yo mismo he tardado en venir!

EL CORO

¿En qué has faltado á tu misión?

EL MENSAJERO

Teucro prohibía que Ayax saliese de su tienda antes de que él mismo estuviese aquí.

EL CORO

Se ha marchado, pero con mejores designios, á fin de sacrificar su cólera á los Dioses.

EL MENSAJERO

Esas palabras están llenas de demencia, si Calcas ha profetizado sabiamente.

EL CORO

¿Qué dice, pues, y qué ha manifestado sobre la partida de Ayax?

EL MENSAJERO

No sé mas que esto, habiendo estado presente yo mismo. Calcas, habiendo salido, sin los Atreidas, del círculo en que los reyes deliberaban, y habiendo puesto familiarmente su mano derecha en la mano de Teucro, le dijo y le recomendó que retuviese á Ayax en su tienda, por todos los medios, mientras el sol luciese, y no le dejara escaparse de ella, si quería volverle á ver vivo. Y era hoy solamente, á lo que decía, cuando la cólera de la divina Atena debía perseguir á Ayax. Y el adivino decía también que estos hombres de una talla muy alta eran precipitados por los Dioses en terribles calamidades, porque, siendo hombres, no piensan como conviene á hombres. Desde que abandonó sus moradas, manifestó su demencia no escuchando los prudentes consejos de su padre. Y éste le dijo estas palabras: «Hijo, trata de vencer por medio de tus armas, pero siempre con la ayuda de los Dioses.» Y él respondió arrogante y estúpidamente: «Padre, con la ayuda de los Dioses de nada puede conside-

rarse victorioso un hombre. Yo estoy cierto de obtener esa gloria, aun sin su ayuda.» Así se envanecía con palabras orgullosas. Después, á la divina Atena, que le excitaba y le mandaba descargar una mano terrible sobre los enemigos, respondió estas palabras soberbias é impías: «Reina, socorre á los demás argivos; allí donde yo esté, jamás el enemigo romperá nuestras líneas.» Por estas palabras y llevando su orgullo más allá del destino humano, ha excitado la cólera implacable de la Diosa. Sin embargo, si sobrevive á este día, quizá podremos salvarle, con ayuda de un dios. Así ha hablado el adivino, y Teucro me ha enviado al punto á traerte estas órdenes para que vigiles á Ayax; pero si las he traído en vano, el hombre no vive ya, ó Calcas no ha profetizado nada.

EL CORO

¡Oh desgraciada Tecmesa, oh raza lamentable, sal y oye qué palabras trae! El hiere en lo vivo y rechaza toda alegría.

TECMESA

¿Por qué me haces levantar, á mí, desdichada, que reposo apenas de mis males inagotables?

EL CORO

Oye de boca de este hombre qué triste nueva nos ha sido traída de Ayax.

TECMESA

¡Ay de mí! ¿qué anuncias, hombre? ¿Vamos á perecer?

EL MENSAJERO

No sé lo que será de ti, pero temo por Ayax, si ha salido.

TECMESA

Ciertamente, ha salido, por eso estoy ansiosa, preguntándome qué quieres decir.

EL MENSAJERO

Teucro ordena retenerle en su tienda y que le impidáis salir solo.

TECMESA

¿Dónde está Teucro y por qué ha dicho eso?

EL MENSAJERO

Acaba de llegar y teme que esa salida de Ayax le sea fatal.

TECMESA

¡Ay de mí! ¡Desventurada! ¿Por qué hombre ha sabido eso?

EL MENSAJERO

Por el adivino Testórida que ha dicho que este día mismo había de ver la muerte ó la vida de Ayax.

TECMESA

¡Ay de mí! Amigos, socorredme en esta necesidad que me apremia. ¡Que una parte de vosotros apresure la pronta llegada de Teucro; que los unos vayan hacia las colinas occidentales, los otros hacia las orientales, y que busquen dónde puede estar Ayax que fatalmente ha salido! Veo que me ha engañado y que me ha retirado su antiguo favor. ¡Ay de mí! ¿qué haré, oh hijo? Este no es el momento de quedarse. Iré yo misma con tanta prontitud como piedad. ¡Vamos! Apresurémonos; es preciso no detenerse.

EL CORO

Estoy pronto, y no son solamente palabras: la prontitud de mis pies seguirá de cerca.

AYAX

La espada mortífera está enderezada de suerte que, aun poniendo cuidado despacio en ello, no podría penetrar mejor.

Este don de Héctor, de ese huésped tan detestado y odioso á la vista, está hundido en la tierra enemiga de Troya. Recientemente he aguzado su hierro sobre la piedra, y lo he sujetado y preparado para que sea para mí muy benévolo y yo muera prontamente. Así estamos bien dispuestos. Después de esto, tú, el primero, ¡oh Zeus! ayúdame, como conviene. No te pediré un don considerable. Envía por mí un mensajero que lleve á Teucro la lamentable noticia para que, antes que todos los demás, se apodere de mí, atravesado por esta espada sangrienta, y para evitar que, habiéndome visto desde luego uno de mis enemigos, sea arrojado como presa á los perros y á las aves carnívoras. No te pido mas que esto, ¡oh Zeus! Al mismo tiempo, invoco á Hermes subterráneo, conductor de las almas, para que me duerma dulcemente, y allí donde haya atravesado mi costado con esta espada, muera con una caída fácil y pronta. Llamo también en mi ayuda á las Vírgenes que ven siempre las acciones de los mortales, las venerables Erinias de pies rápidos, para que sepan cómo muero miserable por causa de los Atreidas. ¡Id, oh Erinias vengadoras y rápidas, sacrificad todo el ejército y no perdonéis nada! ¡Y tú, que conduces tu carro á través del alto Urano, Helios, cuando veas la tierra de mi patria, reteniendo un poco tus riendas de oro, anuncia mis calamidades y mi destino á mi anciano padre y á mi madre mísera! Sin duda la infeliz, en cuanto haya oído esta noticia, esparcirá por toda la ciudad un gran alarido. Pero ¿de qué sirve lamentarse en vano? Más bien importa obrar con prontitud. ¡Oh Tanato, Tanato, ven ahora y mírame, aunque deba invocarte también, allí donde ambos habitaremos! ¡Y tú, vivo resplandor del día espléndido, y tú, Helios, conductor de carro, os hablo por última vez, y nunca ya en adelante! ¡Oh luz, oh tierra de la patria, suelo sagrado de Salamina! ¡Oh paterno hogar, ilustre Atenas! ¡Oh generación mía, fuentes, ríos, llanuras troyanas, yo os llamo! ¡Salve, oh criados conmigo! Ayax os dice estas últimas palabras. Yo referiré el resto á las Sombras en el Hades.

PRIMER SEMICORO

El trabajo unido al trabajo lo lleva al colmo. ¿Dónde, en efecto, no he penetrado? Sin embargo, ningún lugar me ha revelado nada. Pero he aquí, he aquí que oigo algún rumor.

SEGUNDO SEMICORO

Somos nosotros, vuestros compañeros de naves.

PRIMER SEMICORO

¿Qué hay, pues?

SEGUNDO SEMICORO

He recorrido todo el lado occidental del campo naval.

PRIMER SEMICORO

¿Que has encontrado?

SEGUNDO SEMICORO

Abundancia de fatiga, y no he visto nada más.

PRIMER SEMICORO

Yo he recorrido el lado oriental, y el hombre no se ha dejado ver por parte alguna.

EL CORO

Estrofa

¿Quién, pues, entre los pescadores laboriosos, despierto y acechando su presa, cuál de las Diosas olímpicas ó de las que habitan en los ríos que corren hacia el Bósforo, quién me dirá dónde ha visto errante al indómito Ayax? Es, en efecto, terrible para mí haber llevado á cabo una carrera desgraciada con una fatiga tan grande y no haber descubierto á ese hombre insensato y débil.

TECMESA

¡Ay de mí! ¡ay!

EL CORO

¿Qué grito se ha escapado de ese bosque próximo?

TECMESA

¡Ay de mí! ¡Desdichada!

EL CORO

Veo á la cautiva Tecmesa, la mujer desventurada, que prorrumpe en gemidos.

TECMESA

Yo perezco, yo muero; esto está concluído, amigos; nada sobrevive de mí.

EL CORO

¿Qué ocurre?

TECMESA

¡Ved á nuestro Ayax, que yace ahí, con una herida reciente, hecha por la espada, lejos de todos!

EL CORO

¡Ay de mí! ¡ay! Está perdido para mí el regreso. ¡Ay! Me has matado también, ¡oh Rey! á mí, tu compañero. ¡Oh desgraciado de mí! ¡Oh mujer lamentable!

TECMESA

Puesto que ello es así, ahora conviene lamentarse.

EL CORO

Pero ¿qué miserable mano ha cometido ese crimen?

TECMESA

Su propia mano, sin duda. Esa espada fija en tierra y sobre la cual se ha precipitado lo prueba.

EL CORO

¡Ay de mí! ¡oh infortunio! Hete aquí todo ensangrenta-

do, sin la ayuda de ningún amigo, y yo, estúpido é inerte, he descuidado velar sobre ti. ¿Dónde está tendido el indomable Ayax, de nombre desdichado?

TECMESA

No permitiré que se le mire, sino que le cubriré enteramente con esta vestidura. Nadie, en efecto, siendo su amigo, soportaría la vista de la sangre negra que corre de su nariz y de la herida que se ha hecho él mismo. ¡Ay de mí! ¿qué haré? ¿Cuál de tus amigos te llevará? ¿Dónde está Teucro? ¡Qué á tiempo vendría si viniese ahora, para honrar á su hermano muerto! ¡Oh desgraciado Ayax, qué hombre has sido, y qué hombre lamentable te veo, en estado para arrancar lágrimas hasta á tus enemigos!

EL CORO

Antistrofa

¡He aquí, pues, ¡oh desdichado! el fin que, en tu obstinación, habías de dar, por un destino terrible, á tus miserias incesantes! ¡Por eso, noche y día, proferías los gemidos de tu corazón indómito, esparciendo palabras lamentables y terribles contra los Atreidas! Ciertamente, fué el origen de grandes males el día en que las armas de Aquileo fueron propuestas para premio del valor.

TECMESA

¡Ay de mí!

EL CORO

Sé que un amargo dolor penetra hasta las entrañas.

TECMESA

¡Ay de mí!

EL CORO

No es extraño, mujer, que gimas de nuevo, cuando una desgracia reciente te priva de un amigo semejante.

TECMESA

Tú razonas sobre estas cosas, pero yo las siento demasiado.

EL CORO

Lo reconozco.

TECMESA

¡Ay de mí! ¡hijo, qué servidumbre vamos á sufrir! ¡Qué dueños nos están reservados!

EL CORO

¡Ay! ¡ciertamente, prevés, en este duelo, un horrible ultraje de los Atreidas sin piedad; pero que un dios se oponga á ello!

TECMESA

Estas cosas no hubieran sucedido sin la intervención de los Dioses.

EL CORO

Ciertamente, te han reservado una carga harto pesada.

TECMESA

La hija terrible de Zeus, la diosa Palas, ha urdido por completo esta calamidad en favor de Odiseo.

EL CORO

Sin duda ese hombre sutil se burla de nosotros con su astuto espíritu; se ríe á carcajadas de los males que ha causado la demencia de Ayax, ¡ay de mí! Y los dos reyes Atreidas, al conocerlos, se ríen con él.

TECMESA

¡Que se rían y se regocijen, pues, de los males de éste! Quizá, deseándole menos cuando vivía, le lloren muerto,

echando de menos su lanza; porque los insensatos que poseían un bien no lo estiman sino cuando lo han perdido. Es más cruel para mí que haya perecido que ello les es agradable; pero para él esto es dulce, puesto que posee lo que deseaba y ha muerto como ha querido. ¿Qué tienen, pues, ellos que reirse de él? Ha sido muerto por los Dioses, y no, ciertamente, por ellos. ¡Que Odiseo prodigue, pues, sus vanos ultrajes! En lo sucesivo, para ellos, Ayax no existe; sino que ha muerto, dejándome los dolores y las lamentaciones.

TEUCRO

¡Desgraciado de mí!

EL CORO

Cállate, porque me parece oir la voz de Teucro profiriendo un clamor que llega á la altura de esta calamidad.

TEUCRO

¡Oh queridísimo Ayax, oh querido hermano! ¿todo ha concluído, pues, para ti, como lo dice el rumor de las gentes?

EL CORO

El hombre ha muerto, Teucro, sábelo.

TEUCRO

¡Ay! ¡oh infortunio terrible para mí!

EL CORO

Puesto que las cosas son tales...

TEUCRO

¡Oh desdichado, desdichado de mí!

EL CORO

...no queda mas que gemir.

TEUCRO

¡Oh calamidad amarga!

EL CORO

¡Demasiado amarga, en verdad, Teucro!

TEUCRO

¡Ay de mí! ¡Desventurado! ¿Qué se ha hecho su hijo? ¿En qué lugar de la tierra troyana está?

EL CORO

Está solo en la tienda.

TEUCRO

Tráele prontamente aquí, no sea que uno de los enemigos le arrebate como al cachorro de la leona viuda. ¡Ve! ¡date prisa, corre! porque se suele insultar á los muertos.

EL CORO

En verdad, cuando él vivía, te recomendaba tener cuidado de su hijo, como lo haces.

TEUCRO

¡Oh el más amargo de todos los espectáculos que haya visto con mis ojos! ¡Oh el más triste de los caminos que haya hecho jamás, cuando he venido aquí, oh queridísimo Ayax, á la primera noticia de tu fatal desgracia, siguiéndote y buscando tus huellas! En efecto, la rápida fama, tal como la voz misma de un dios, había extendido entre los aqueos el rumor de que habías perecido. Y yo, desdichado, cuando lo supe lejos de aquí, me lamenté; ¡y, ahora que te veo, muero! ¡Ay de mí! ¡Vamos! Descúbrele, para que vea toda mi desventura, y cuán grande es. ¡Oh cosa terrible de mirar! ¡Oh sobrado cruel audacia! ¡Qué amargos cuidados me reserva tu muerte! ¿Dónde, en efecto, y hacia qué hombres podré ir, yo que no he venido á darte ayuda en tus dolores? ¡Ciertamente, Telamón, que es tu padre y el mío, me recibirá con

semblante dulce y benévolo cuando vuelva sin ti! ¿Por qué no, él que no sonreía siquiera, alegre con una noticia feliz? ¿Qué no dirá, qué perdonará reprochándome, á mí, hijo ilegítimo de una madre cautiva, de haberte traicionado por temor y por cobardía, ¡oh queridísimo Ayax! para poseer por tu muerte tu morada y tus riquezas? Ese hombre lleno de cólera dirá esto, triste por la vejez é irritable como es por la causa más ligera. Al fin, seré arrojado de mi patria, tratado como un esclavo, no como un hombre libre. Estas cosas me están reservadas en mi morada; y, delante de Troya, mis enemigos son numerosos, y pocos otros me sostienen, y todas estas calamidades me han venido de tu muerte. ¡Ay de mí! ¿qué haré? ¿Cómo arrancar de ti esta espada aguda y mortífera por medio de la cual has entregado el alma, desgraciado? ¿Habías previsto que Héctor, muerto como está, te perdería un día? ¡Ved, por los Dioses, el destino de estos dos hombres! Héctor, atado al carro rápido con la misma correa que le había dado Ayax, ha sido destrozado hasta que ha entregado el alma; y Ayax, arrojándose sobre esta espada, presente de Héctor, ha perecido de una herida mortal! ¿No ha forjado Erinia esta espada, y el horrible obrero Ades ese escudo? Por eso diré que los Dioses han urdido esto como todo lo demás contra los hombres. ¿Si este pensamiento parece menos cierto á algún otro, que crea lo que prefiera, y yo lo mismo.

EL CORO

No digas más, sino piensa más bien en sepultar á este hombre y en la respuesta que debes dar bien pronto. En efecto, veo un enemigo. Viene quizá, malvado como es, para reirse de nuestros males.

TEUCRO

¿Qué hombre guerrero es ese que distingues?

EL CORO

Menelao, por quien emprendimos esta navegación.

TEUCRO

Ya le veo: estando cerca es fácil de reconocer.

MENELAO

¡Hola! ¡tú! yo te lo digo: no sepultes ese cadáver y déjale tal como está.

TEUCRO

¿Por qué esas palabras insolentes?

MENELAO

Yo lo quiero así, y el que manda el ejército lo ordena.

TEUCRO

¿No dirás por qué motivo das esa orden?

MENELAO

Es que habíamos creído traer á los aqueos un compañero y un amigo, y hemos hallado en él un enemigo más funesto que los mismos frigios. Habiendo meditado la matanza del ejército, ha salido de noche para matarnos con la lanza; y, si un dios no hubiera desbaratado su designio, hubiéramos sufrido la suerte que él se ha proporcionado y estaríamos sumidos en una muerte vergonzosa, y él viviría. Pero un dios ha desviado su furor sobre nuestros rebaños. Por eso nadie es bastante poderoso para colocar ese cadáver bajo tierra. Arrojado sobre la arena amarilla de la costa, será pasto de las aves marinas. No dejes, pues, á tu corazón henchirse desmedidamente; porque, si no hemos podido reprimir á Ayax vivo, al menos lo haremos ahora que está muerto, y, si no quieres, te obligaremos por la fuerza. Jamás, vivo, quiso obedecer á mis palabras. Sin embargo, es de un mal espíritu que un simple ciudadano se niegue á obedecer á los magistrados. Jamás serán respetadas las leyes en la ciudad si se sacude el temor, y jamás un ejército obedecerá á las órdenes de los jefes estando libre de temor y de pudor. Antes bien, es preciso que todo hombre, cualquiera fuerza que posea, piense, sin embargo, que puede ser abatido por una pequeña falta. Sabe, pues, que está sano y salvo el que tiene temor y pudor; pero también que la ciudad en que prevalezcan la violencia y la injuria tiene que ser tal como una nave que perece después de una co-

rrería feliz. Guardemos una justa medida de temor, y pensemos que á cambio de las cosas que nos regocijan debemos sufrir las que nos afligen. Todas se suceden las unas á las otras. Este hombre era fogoso é injuriador; yo soy orgulloso á mi vez, y te mando no ponerle en la tumba, no sea que mueras tú mismo queriendo sepultarle.

EL CORO

Menelao, después de haber hablado con tanta prudencia, no llegues á ser injuriador para los muertos.

TEUCRO

No me asombraré, ¡oh ciudadanos! de ver flaquear á un hombre de raza vil, cuando los que parecen haber salido de una raza ilustre pronuncian palabras tan insensatas. ¡Vamos! Vuelve á empezar todo eso. ¿No dices que trajiste Ayax á los aqueos y que no navegó de su propio impulso y voluntariamente? ¿En qué eres tú su jefe? ¿En qué te es lícito mandar á los que él trajo de la patria? Tú viniste, siendo rey de Esparta, y no teniendo sobre nosotros ningún poder, y no te pertenece darle órdenes más que él mismo tiene derecho para hacerte obedecer á las suyas. Tú viniste aquí sometido á otros; no eres el jefe de todos y no has sido jamás el de Ayax. ¡Manda á los que conduces y háblales arrogantemente! Pero, que lo prohibáis ó no, tú y el otro jefe, encerraré á Ayax en la tumba, como es justo, sin cuidado de tus amenazas. En efecto, jamás combatió por tu esposa, como los que sufren todos los peligros de la guerra. Estaba ligado por su juramento, y no ha hecho nada por ti, porque no tenía en ninguna estima á los hombres de nada. Ven, pues, aquí, trayendo contigo al jefe mismo seguido de numerosos heraldos, porque no me cuido en modo alguno de tu palabrería, mientras seas lo que eres.

EL CORO

No apruebo, vuelvo á decirlo, que se digan tales palabras en la aflicción, porque son amargas, y ofenden, aunque justas.

MENELAO

No me parece muy humilde este arquero.

TEUCRO

Mi destreza tampoco es despreciable.

MENELAO

Tu espíritu se henchiría grandemente si llevases un escudo.

TEUCRO

Sin armas bastaría para Menelao armado.

MENELAO

Tu lengua sustenta un gran denuedo.

TEUCRO

Con ayuda de la justicia es lícito tener el corazón alto.

MENELAO

¿Encuentras justo que prevalezca el que me ha muerto?

TEUCRO

¿Quién te ha muerto? Dices cosas maravillosas. ¿Vives y estás muerto?

MENELAO

Un dios me ha salvado; pero, en cuanto de él dependía, estoy muerto.

TEUCRO

Salvado por los Dioses, no ultrajes, pues, á los Dioses.

MENELAO

¿He violado, pues, las leyes de los Dioses?

TEUCRO

Ciertamente, si no permites enterrar á los muertos.

MENELAO

Lo prohibo para mis enemigos. Eso no conviene.

TEUCRO

¿Se ha opuesto, pues, Ayax á ti jamás como enemigo?

MENELAO

Me aborrecía y le aborrecía: eso no se te ha ocultado.

TEUCRO

Es que sabía que le habías engañado con un falso sufragio.

MENELAO

Esa falta fué de los jueces, no mía.

TEUCRO

Mal puedes ocultar tus numerosas malas acciones.

MENELAO

Esas palabras serán funestas para alguien.

TEUCRO

Ciertamente, nosotros sufriremos por ellas menos que tú.

MENELAO

No te diré mas que una palabra: este hombre no será sepultado.

TEUCRO

Óyelo á tu vez: será sepultado.

MENELAO

He visto recientemente á un hombre, audaz de lengua, que excitaba á los marineros á navegar, cuando el huracán

amenazaba; pero no hubieras oído su voz mientras la tempestad rugía por todas partes; porque, envuelto en su capa, se dejaba pisotear por el primer marinero que pasaba. Así te ocurrirá á ti, cuando una gran tempestad brote de una pequeña nube y reprima fácilmente el clamor odioso de tu boca insolente.

TEUCRO

Y yo he visto un hombre, lleno de demencia, que insultaba los males de los demás. Después, alguno, semejante á mí y que tenía el mismo espíritu, habiéndole mirado frente á frente, le dijo estas palabras: «Hombre, no injuries á los muertos. Si obras así, sabe que serás castigado.» Así es como advertía á aquel miserable. Y veo á ese hombre, y si no me engaño, no es otro sino tú. ¿He hablado oscuramente?

MENELAO

Me voy, porque sería vergonzoso que se supiese que ha combatido con palabras el que puede obligar por la fuerza.

TEUCRO

Vete, pues, porque es también muy vergonzoso para mí oir á un insensato extenderse en palabras vanas.

EL CORO

He aquí que una gran querella se prepara. Tanto como puedas, Teucro, apresúrate á abrir una fosa profunda donde sea encerrado en la tierra negra, para que obtenga una tumba ilustre entre los mortales.

TEUCRO

He aquí que el hijo del hombre y su mujer llegan á tiempo para celebrar los funerales del muerto desgraciado. ¡Oh hijo! Ven aquí, y toca como suplicante al padre que te ha engendrado. Permanece, mirándole y teniendo en tus manos mis cabellos, los de ésta y los tuyos, protección de los suplicantes. ¡Si alguien del ejército te arrastrase por fuerza lejos de estos funerales, que ese hombre malvado

muera y quede insepulto lejos de su patria, y que la raíz de su raza sea cortada como yo corto este bucle! Ten á tu padre y guárdale, hijo, y que nada te aleje, sino permanece sentado cerca de él. Y vosotros no estéis como mujeres, en lugar de obrar como hombres. Protegedles hasta que yo vuelva y haya preparado su tumba, incluso si nadie lo permitiera.

EL CORO

Estrofa I

¿Cuándo llegará el término de este desarrollo de años que, sin descanso, traen sobre mí las miserias sin fin de los trabajos guerreros, ante esta ancha Troya, oprobio desgraciado de los helenos?

Antistrofa I

¡Pluguiera á los Dioses que se hubiese desvanecido en los soplos del inmenso Eter, ó que hubiese sufrido el Hades común á todos, el hombre que enseñó á los helenos el uso de las armas lamentables, vueltas las unas contra las otras! ¡Oh fatigas que han precedido á otras fatigas! En efecto, aquel hombre ha perdido á la raza de los hombres.

Estrofa II

Él es quien me ha negado la alegría de las coronas y de las anchas copas, y del dulce sonido de las flautas y de las voluptuosidades nocturnas. ¡Ay! ¡El me ha quitado el amor! ¡Y me encuentro tendido, abandonado, mojando mis cabellos rocíos abundantes, recuerdo de la funesta Troya!

Antistrofa II

Antes el valiente Ayax era mi baluarte contra los terrores nocturnos y los dardos crueles; pero ha sido entregado á un Genio odioso. ¿Qué deleite tendré en adelante? ¡Pluguiera á los Dioses que estuviese yo allí donde el promontorio cubierto de bosques de Sunión domina el alto mar, para saludar á la santa Atena!

TEUCRO

Me he apresurado, habiendo visto al jefe Agamenón, que

viene hacia nosotros con paso rápido. Ciertamente, su boca va á abrirse para mí con palabras siniestras.

Agamenón

Se me anuncia que te atreves á prorrumpir impunemente en insolencias contra nosotros. Sin embargo, has nacido de una cautiva. ¿Cuánto, alzándote sobre la punta de los pies, no te envanecerías orgullosamente, si hubieses sido criado por una madre libre, puesto que, no siendo mas que un hombre de nada, combates por el que no es ya nada, diciendo que no somos los jefes ni de las naves, ni de los aqueos, ni de los tuyos, y que Ayax subió á sus naves por su propia voluntad? ¿No es un gran oprobio oir tales cosas á un esclavo? ¿Y por qué hombre hablas tan insolentemente? ¿Dónde ha ido, dónde se ha detenido, que yo no lo haya hecho también? ¿No hay hombres entre los aqueos, excepto éste? Hemos hecho mal en proponer las armas de Aquileo como premio á los argivos, si somos declarados inicuos por Teucro, y si no os place, aunque vencidos, acatar el juicio de todos, llenándonos siempre de injurias y atacándonos con pérfidos ardides, porque habéis perdido vuestra causa. Procediendo así, ninguna ley sería estable jamás, si aquellos á quienes la sentencia ha declarado vencedores se ven obligados á ceder, y los vencidos desposeen á los primeros. Antes bien, esto debe ser reprimido. No es por la gran masa del cuerpo y por los anchos hombros por lo que los hombres son los primeros, sino que los que piensan sabiamente son los que prevalecen en todo lugar. El buey de anchos costados es impelido en el recto camino por un pequeño látigo. Preveo que habrá que usar de ese remedio para ti, si no vuelves á la sana razón, tú que, en favor de un hombre que no vive ya y que ya no es mas que una sombra vana, te atreves á ultrajar y hablar con una boca sin freno. ¿No reprimirás ese espíritu insolente? ¿No puedes, pensando de quién has nacido, traer aquí algún hombre libre que hable por ti? Porque no puedo comprender lo que dices, no entendiendo la lengua bárbara.

El coro

¡Pluguiera á los Dioses que fueseis más moderados uno y otro! No tengo nada mejor que decir sobre lo que concierne á ambos.

TEUCRO

¡Ay! ¡cuán pronto se borra la memoria de un muerto y de los servicios que ha prestado entre los que sobreviven, puesto que este hombre no evoca tu recuerdo por la más ligera palabra, Ayax, él por quien, exponiendo tu alma, has sufrido tantas veces los trabajos de la guerra! Pero todas esas cosas se olvidan. ¡Oh tú que acabas de pronunciar tantas palabras inútiles! ¿no te acuerdas ya de que, estando bloqueados en vuestros atrincheramientos y á punto de perecer en medio de la fuga de todos, sólo Ayax os libertó, cuando ya llameaban las popas y los bancos de los remeros, y cuando el feroz Héctor, habiendo franqueado los fosos, saltaba sobre las naves? ¿Quién rechazó aquellas calamidades? ¿No fué éste que tú dices no haber jamás tenido pie firme contra el enemigo? ¿No son ciertas esas grandes acciones de Ayax? Y, de nuevo, solo contra el solo Héctor, ¿no sostuvo el combate, habiendo corrido la ventura de la suerte por su propio impulso y no habiendo echado cobardemente un poco de arcilla en el casco cabelludo, sino un gaje que debía salir de él fácilmente el primero? ¡Esto hizo, y yo estaba allí, yo, el esclavo, yo, dado á luz por una madre bárbara! ¡Miserable! ¿cómo te atreves á hablarme así cara á cara? ¿Ignoras que el antiguo Pélope, que fué tu abuelo, era un bárbaro frigio, y que el muy impío Atreo que te engendró ofreció en un festín á su hermano los propios hijos de éste? Y tú mismo has nacido de una madre cretense, á la que tu padre, habiendo sorprendido en adulterio, ordenó arrojar al mar para que sirviese de pasto á los mudos peces. Tal como eres, te atreves, pues, á reprocharme mi nacimiento, á mí, que he nacido de Telamón, que, por premio á su glorioso valor, obtuvo el honor de tomar á mi madre por compañera de su lecho, ella que procedía de una raza real, hija de Laomedón, y dada á mi padre como una ilustre recompensa por el hijo de Alcmena. Yo, pues, irreprochable y nacido de padres irreprochables, ¿seré un oprobio para los míos, á quienes quieres dejar insepultos, abrumados ya por tantos males? ¡Y no tienes vergüenza alguna de reconocerlo! Pero sabe esto: dondequiera que arrojéis á éste, os arrojaréis los tres con él, porque es más bello para mí encontrar una muerte gloriosa combatiendo por él, que por tu causa ó por la mujer de tu hermano. Mira, en fin, no lo que me toca, sino lo que te interesa, porque, si me ofendes en cualquiera cosa que sea, sentirás un día no haber sido más bien tímido que violento conmigo.

EL CORO

Rey Odiseo, sabe que has venido á tiempo, no para cuestionar como ellos, sino para zanjar la cuestión.

ODISEO

¿Qué es eso, hombres? He oído desde lejos la voz de los Atreidas alzarse contra este hombre valiente.

AGAMENÓN

Rey Odiseo, ¿no hemos oído á éste las palabras más afrentosas?

ODISEO

¿Qué palabras? Yo perdono á quien se ve provocado por los ultrajes que responda con ultrajes.

AGAMENÓN

Los ultrajes que ha recibido eran tales como los que me ha lanzado.

ODISEO

¿Qué ha hecho, pues, para que le insultes?

AGAMENÓN

No quiere que ese cadáver quede insepulto, y dice que lo sepultará, á pesar mío.

ODISEO

¿Es permitido á un amigo decirte cosas verdaderas, y, sin embargo, quedar en paz contigo como antes?

AGAMENÓN

Di. Si te lo prohibiese, no tendría razón, puesto que te tengo por el más grande de mis amigos entre los argivos.

ODISEO

Escucha, pues. Te conjuro, por los Dioses, no persistas cruelmente en arrojar allí á este hombre insepulto; que tu violencia no te impulse á tanto odio, que no tengas cuidado alguno de la justicia. Este hombre era el más grande enemigo que yo tuviese en el ejército desde el día en que me fueron discernidas las armas de Aquileo; y, sin embargo, por irritado que haya estado contra mí, no seré inicuo hasta el punto de no reconocer que era el más valiente de los argivos, de todos, tantos cuantos somos, los que hemos venido á Troya, excepto Aquileo. Tú serías, pues, injusto privándole de ese honor, y le ultrajarías menos aún que á las leyes de los Dioses. No es lícito ultrajar á un hombre después de su muerte, aunque se le haya odiado vivo.

AGAMENÓN

Entonces, Odiseo, ¿eres tú el que te me resistes en su favor?

ODISEO

Ciertamente. Le odiaba cuando convenía odiarle.

AGAMENÓN

¿No deberías más bien insultar á ese muerto?

ODISEO

No te regocijes, Atreida, de una ventaja impía.

AGAMENÓN

No es fácil á un rey ser piadoso.

ODISEO

Pero los reyes pueden obedecer á los amigos que les aconsejan bien.

AGAMENÓN

Corresponde á un hombre justo obedecer á los reyes.

ODISEO

Alto ahí. El que es vencido por un amigo no es menos vencedor.

AGAMENÓN

Acuérdate del hombre para el cual pides esa gracia.

ODISEO

Era mi enemigo, pero había nacido noblemente.

AGAMENÓN

¿Qué te ocurrirá, si respetas así á un enemigo muerto?

ODISEO

La virtud prevalece en mí sobre el odio.

AGAMENÓN

¡Qué móvil tienen el espíritu estos hombres!

ODISEO

Muchos son ahora amigos que más tarde se odiarán.

AGAMENÓN

¿Apruebas que se adquieran tales amigos?

ODISEO

No suelo alabar un alma inflexible.

AGAMENÓN

Harás de modo que se nos tome hoy por cobardes.

ODISEO

Al contrario, pareceremos equitativos á todos los helenos.

AGAMENÓN

¿Me aconsejas, pues, que deje sepultar ese cadáver?

ODISEO

Ciertamente, porque yo también sería reducido á ello.

AGAMENÓN

¡Cómo obra cada uno en su propio interés!

ODISEO

¿Por qué había yo de tener más cuidado de otro que de mí?

AGAMENÓN

Se dirá que esta acción es tuya y no mía.

ODISEO

Cualquiera cosa que hagas, serás alabado por todos.

AGAMENÓN

Sabe, pues, y ten por cierto, que querría concederte una gracia todavía más grande; pero ese hombre, vivo y muerto, no me será menos odioso. Puedes hacer lo que deseas.

EL CORO

Puesto que has tenido ese buen pensamiento, Odiseo, sería un insensato el que dijera que no eres prudente.

ODISEO

Yo declaro esto á Teucro: tanto he sido enemigo, cuanto seré en lo sucesivo un amigo. Quiero sepultar ese cuerpo, venir en vuestra ayuda y no olvidar nada de los honores que conviene rendir á los mejores hombres.

TEUCRO

Excelente Odiseo, puedo alabarte de todas las maneras,

puesto que has engañado enteramente mi esperanza. Tú que, en efecto, eras, de todos los argivos, el más grande enemigo de Ayax, sólo tú has venido en su ayuda, y, vivo, no has insultado á un muerto, como ese estratega insensato y su hermano lo han hecho queriendo dejarle ignominiosamente insepulto. Por eso, que el padre Zeus, dueño del Olimpo, que la inevitable Erinia y que la Justicia que distribuye los castigos hieran á esos miserables, del mismo modo que ellos han querido llenar de ultrajes á Ayax insepulto. Pero á ti, ¡oh raza del viejo Laertes! temo en verdad dejarte que toques esa tumba, recelando desagradar al muerto. Ayúdanos en las demás cosas, y si quieres que algún otro del ejército venga á los funerales, ello no nos desagradará.

ODISEO

Quería, en efecto, ayudaros, pero si ello no te es agradable, parto, cediendo á tu deseo.

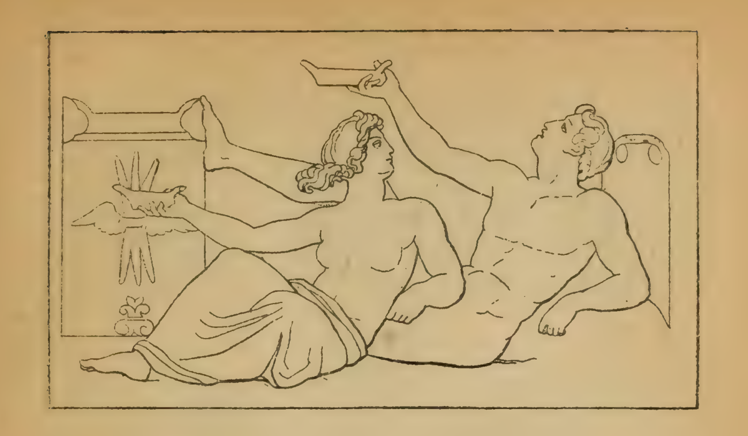
TEUCRO

Basta, ha transcurrido ya mucho tiempo. En cuanto á vosotros, que los unos preparen una fosa profunda; que los otros pongan sobre el fuego un alto trípode destinado á los baños piadosos, y que una tropa de hombres traiga de la tienda las armas de Ayax. Tú, hijo, rodea tiernamente con tus brazos el cuerpo de tu padre, tanto como puedas, y levanta sus costados conmigo. En efecto, los brillantes labios de su herida arrojan aún una sangre negra. ¡Vamos! ¡que cualquiera que se llame su amigo venga y se apresure á venir en ayuda de este hombre bueno entre todos y el mejor de los mortales!

EL CORO

Ciertamente, la experiencia enseña muchas cosas á los hombres. Antes de que el acontecimiento nos sea manifiesto, ningún adivino nos dirá lo que ha de ocurrir.

FIN DE «AYAX»



VII

ELECTRA

El pedagogo.
Orestes.
Electra.
Coro de doncellas argivas.
Crisótemis.
Clitemnestra.
Egisto.

El pedagogo

¡Oh hijo de Agamenón, del jefe del ejército ante Troya! Ahora te es permitido ver lo que siempre has deseado. Esta es la antigua Argos, el suelo consagrado á la hija aguijoneada de Inaco. He aquí, Orestes, el ágora licia del Dios matador de lobos; luego, á la izquierda, el templo ilustre de Hera. Ves, créelo, la rica Micenas, adonde hemos llegado, y la fatídica mansión de los Pelópidas, donde, en otro tiempo, después de la muerte de tu padre, te recibí de manos de tu

hermana, y, habiéndote llevado y salvado, te crié hasta esta edad para vengar la muerte paterna. Ahora, pues, Orestes, y tú, el más querido de los huéspedes, Pílades, se trata de deliberar con prontitud sobre lo que es preciso hacer. Ya el brillante resplandor de Helios despierta los cantos matinales de las aves y cae la negra Noche llena de astros. Antes de que hombre alguno salga de la morada, celebrad consejo; porque, en el estado de las cosas, no ha ya lugar á vacilar, sino á obrar.

ORESTES

¡Oh el más querido de los servidores, cuántas señales ciertas me das de tu benevolencia hacia nosotros! En efecto, como un caballo de buena raza, aunque envejezca, no pierde ánimo en el peligro, sino que levanta las orejas, así tú nos excitas y nos sigues de los primeros. Por eso te diré lo que he resuelto. Tú, escuchando mis palabras con toda tu atención, repréndeme si me engaño. Cuando iba á buscar el oráculo pítico, para saber cómo había de castigar á los matadores de mi padre, Febo me respondió lo que vas á oir: «Tú solo, sin armas, sin ejército, secretamente y por medio de emboscadas, debes, por tu propia mano, darles justa muerte.» Así, puesto que hemos oído este oráculo, tú, cuando sea tiempo, entra en la morada, para que, habiendo averiguado lo que allí ocurre, vengas á decírnoslo con certeza. No te reconocerán ni sospecharán de ti, después de tanto tiempo, y habiendo blanqueado tus cabellos. Diles que eres un extranjero focidio, enviado por un hombre llamado Fanoteo. Y, en efecto, éste es su mejor aliado. Anúnciales también, y júrales, que Orestes ha sido víctima del destino por una muerte violenta, habiendo caído de un carro veloz en los Juegos Píticos. ¡Que tales sean tus palabras! Nosotros, después de haber hecho libaciones á mi padre, como está ordenado, y depositado sobre su tumba nuestros cabellos cortados, volveremos aquí, llevando en las manos la urna de bronce que he escondido en las breñas, como sabes, á lo que pienso. Así les engañaremos con falsas palabras, trayéndoles la feliz noticia de que mi cuerpo ya no existe, que está quemado y reducido á ceniza. ¿Por qué, en efecto, me había de ser penoso estar muerto en las palabras, puesto que vivo y adquiriré gloria? Creo que no hay palabra alguna de mal augurio, si ella es útil. He visto ya con mucha frecuencia sabios que se decía muertos volver á su morada y verse más honrados; por lo cual, estoy

seguro de que yo también, vivo, apareceré como un astro ante mis enemigos. ¡Oh tierra de la patria! y vosotros, Dioses del país, recibidme favorablemente; y tú también, ¡oh casa paterna! porque vengo, impulsado por los Dioses, para purificarte con la expiación del crimen. No me despidáis deshonrado de esta tierra, sino haced que afirme mi casa y posea las riquezas de mis ascendientes. Basta. Tú, anciano, entra y haz tu oficio. Nosotros, salgamos. La ocasión apremia, en efecto, y ella es la que preside á todas las empresas de los hombres.

ELECTRA

¡Ay de mí!

EL PEDAGOGO

Me parece, ¡oh hijo! que he oído á una de las sirvientes suspirar en la morada.

ORESTES

¿No es la infortunada Electra? ¿Quieres que permanezcamos aquí y escuchemos sus quejas?

EL PEDAGOGO

No, por cierto. Sin cuidarnos de cosa alguna, nos hemos de apresurar á cumplir las órdenes de Lojias. Debes, sin preocuparte de esto, hacer libaciones á tu padre. Esto nos asegurará la victoria y dará un feliz término á nuestra empresa.

ELECTRA

¡Oh Luz sagrada, Aire que llenas tanto espacio como la tierra, cuántas veces habéis oído los gritos innumerables de mis lamentos y los golpes asestados á mi ensangrentado pecho, cuando se va la noche tenebrosa! Y mi lecho odioso, en la morada miserable, sabe las largas vigilias que paso, llorando á mi desgraciado padre, á quien Ares no ha recibido, como un huésped ensangrentado, en una tierra extraña, sino de quien mi madre y su compañero de lecho, Egisto, hendieron la cabeza con un hacha cruenta, como

los leñadores hacen con una encina. ¡Y nadie más que yo te compadece, ¡oh padre! víctima de esa muerte indigna y miserable! Pero yo no cesaré de gemir y de lanzar amargos lamentos, mientras vea el fulgor centelleante de los astros, mientras vea la luz del sol; y, semejante al ruiseñor privado de sus pequeñuelos, ante las puertas de las paternas moradas prorrumpiré en mis agudos gritos en presencia de todos. ¡Oh morada de Ades y de Perséfona, Hermes subterráneo y poderosa Imprecación, y vosotras, Erinias, hijas inexorables de los Dioses! venid, socorredme, vengad la muerte de nuestro padre y enviadme á mi hermano; porque, sola, no tengo fuerza para soportar la carga de duelo que me oprime.

EL CORO

Estrofa I

¡Oh hija, hija de una madre indignísima, Electra! ¿por qué estás siempre profiriendo los lamentos del pesar insaciable por Agamenón, por aquel que, envuelto en otro tiempo por los lazos de tu madre llena de insidias, fué herido por una mano impía? ¡Que perezca el que hizo eso, si es lícito desearlo!

ELECTRA

Hijas de buena raza, vosotras venís á consolar mis penas. Lo sé y lo comprendo, y nada de esto se me escapa; sin embargo, no cesaré de llorar á mi desgraciado padre; antes bien, por esa amistad misma, ofrecida por entero, os conjuro ¡ay de mí! que me dejéis con mi dolor.

EL CORO

Antistrofa I

Y, sin embargo, ni con tus lamentos, ni con tus súplicas, harás venir á tu padre del pantano de Ades común á todos; sino que, en tu aflicción insensata y sin límites, causará tu pérdida siempre gemir, puesto que no hay término para tu mal. ¿Por qué deseas tantos dolores?

ELECTRA

Es insensato quien olvida á sus padres víctimas de una

muerte miserable; antes bien, satisface á mi corazón el ave gemebunda y temerosa, mensajera de Zeus, que llora siempre: ¡Itis! ¡Itis! ¡Oh Nioba! ¡oh la más desdichada entre todas! Yo te reverencio, en efecto, como á una diosa, tú que lloras, ¡ay! en tu tumba de piedra.

EL CORO

Estrofa II

Sin embargo, hija, esta calamidad no ha alcanzado mas que á ti entre los mortales, y no la sufres con alma ecuánime como los que son tuyos por la sangre y por el origen, Crisótemis, Ifianasa y Orestes, hijo de noble raza, cuya juventud está sepultada en los dolores, y que volverá, dichoso, algún día, á la tierra de la ilustre Micenas, bajo la conducta favorable de Zeus.

ELECTRA

¡Yo le espero sin cesar, desventurada, no casada y sin hijos! Y ando siempre errante, anegada en lágrimas y sufriendo las penas sin fin de mis males. Y él no se acuerda ni de mis beneficios, ni de las cosas ciertas de que le he advertido. ¿Qué mensajero me ha enviado, en efecto, que no me haya engañado? ¡Desea siempre volver, y deseándolo, no vuelve jamás!

EL CORO

Antistrofa II

Tranquilízate, tranquilízate, hija. Todavía está en el Urano el gran Zeus que ve y dirige todas las cosas. Remítele tu venganza amarga y no te irrites demasiado contra tus enemigos, ni les olvides mientras tanto. El tiempo es un dios complaciente, porque el Agamenónida que habita ahora en Crisa abundante en pastos no tardará siempre, ni el Dios que impera cerca del Aquerón.

ELECTRA

Pero he aquí que una gran parte de mi vida se ha pasado en vanas esperanzas, y no puedo resistir más, y me consu-

mo, privada de parientes, sin ningún amigo que me proteja; y hasta, como una vil esclava, vivo en las moradas de mi padre, indignamente vestida y manteniéndome de pie junto á las mesas vacías.

El coro

Estrofa III

Fué lamentable, en efecto, el grito de tu padre, á su vuelta, en la sala del festín, cuando el golpe del hacha de bronce cayó sobre él. La astucia enseñó, el amor mató; ambos concibieron el horrible crimen, ya lo cometiera un dios ó un mortal.

Electra

¡Oh el más amargo de todos los días que he vivido! ¡Oh noche! ¡Oh desgracia espantosa del banquete execrable, en que mi padre fué degollado por las manos de los dos matadores que me han arrancado la vida por traición y me han perdido para siempre! ¡Que el gran Dios olímpico les envíe males semejantes! ¡Que nada feliz les suceda jamás, puesto que han cometido un tal crimen!

El coro

Antistrofa III

Trata de no hablar tanto. ¿No sabes tú, caída de tan alto, á qué indignas miserias te entregas así por tu plena voluntad? Has, en efecto, elevado tus males hasta el colmo, excitando siempre querellas con tu alma irritada. Es preciso no provocar querellas con los que son más poderosos que uno.

Electra

El horror de mis males me ha arrebatado. Lo sé, reconozco el movimiento impetuoso de mi alma, pero no me resignaré á mis dolores horribles, mientras viva. ¡Oh familia querida! ¿á quién podré oir una palabra discreta, á qué espíritu prudente? Cesad, cesad de consolarme. Mis lamentos no acabarán jamás; jamás, en mi dolor, cesaré de prorrumpir en quejas innumerables.

El coro

Épodo

Te hablo así por benevolencia, aconsejándote como una buena madre, para que no aumentes tu mal con otros males.

Electra

¿Hay una medida para mi dolor? ¿Está bien no cuidarse de los muertos? ¿Dónde está el hombre que piensa así? No quiero ni ser honrada por semejantes hombres, ni gozar en paz de la dicha, si se me concede, no acordándome de rendir á mis padres el honor que les es debido, y comprimiendo el ardor de mis agudos gemidos. Porque si el muerto, no siendo nada, yace bajo tierra, si éstos no espían la muerte con la sangre, todo pudor y toda piedad perecerán entre los mortales.

El coro

En verdad, ¡oh hija! he venido aquí tanto por ti como por mí. Si no he hablado bien, tú llevas la ventaja y te obedeceremos.

Electra

Ciertamente, tengo vergüenza, ¡oh mujeres! de que mis lamentos os parezcan demasiado repetidos; pero perdonadme, la necesidad me obliga á ello. ¿Qué mujer de buena raza no se lamentaría así viendo las desgracias paternas que, día y noche, parecen aumentar más bien que disminuir? En primer lugar, tengo por mi más cruel enemiga á la madre que me concibió; después, yo habito mi propia morada juntamente con los matadores de mi padre; estoy bajo su poder, y depende de ellos que posea alguna cosa ó que carezca de todo. ¿Qué días crees que vivo, cuando veo á Egisto sentarse en el trono de mi padre, y, cubierto con los mismos vestidos, derramar las libaciones en ese hogar ante el que le degolló? ¿Cuando, finalmente, veo este supremo ultraje: el matador acostándose en el lecho de mi padre con mi miserable madre, si es lícito llamar madre á la que se acuesta con ese hombre? Es de tal modo insensata, que habita con él sin temer á las Erinias. Antes bien, por el contrario, como

regocijándose del crimen realizado, cuando vuelve el día en que mató á mi padre con ayuda de sus insidias, celebra coros danzantes y ofrece víctimas á los Dioses salvadores. Y yo, desdichada, viendo aquéllo, lloro en la morada, y me consumo, y, sola conmigo misma, deploro esos festines funéstos que llevan el nombre de mi padre; porque no puedo lamentarme abiertamente tanto como quisiera. Entonces, mi madre bien nacida, en alta voz, me llena de injurias tales como éstas: «¡Oh detestada por los Dioses y por mí! ¿eres la única cuyo padre haya muerto? ¿Ningún otro mortal está de duelo? ¡Que tú perezcas miserablemente! ¡Que los Dioses subterráneos no te libren jamás de tus lágrimas!» Ella me llena de estos ultrajes. Pero si alguna vez alguien anuncia que Orestes debe volver, entonces grita, llena de furor: «¿No eres tú causa de esto? ¿No es ésta tu obra, tú que, habiendo arrebatado á Orestes de mis manos, le has hecho criar secretamente? ¡Pero sabe que sufrirás castigos merecidos!» Así ladra, y de pie á su lado, su ilustre amante la excita, él, cobarde y malvado, y que no lucha sino con ayuda de las mujeres! ¡Y yo, esperando siempre que la vuelta de Orestes ponga término á mis males, perezco durante este tiempo, desgraciada de mí! Porque, prometiendo siempre y no cumpliendo nada, destruye mis esperanzas presentes y pasadas. Por eso, amigas, no puedo moderarme en medio de tales miserias, ni respetar fácilmente la piedad. Quien está sin cesar abrumado por el mal, aplica forzosamente al mal su espíritu.

EL CORO

Dime, ¿mientras nos hablas así, Egisto está en la morada ó fuera?

ELECTRA

Ha salido. Créeme, si hubiese estado en la morada, yo no hubiera podido traspasar el umbral. Está en el campo.

EL CORO

Si ello es así, te hablaré con más confianza.

ELECTRA

Ha salido. Di, pues, lo que quieras.

EL CORO

Pues, en primer lugar, te pregunto: ¿qué piensas de tu hermano? ¿Debe volver, ó tardará todavía? Deseo saberlo.

ELECTRA

Dice que volverá, pero no procede como habla.

EL CORO

Se suele vacilar antes de emprender una cosa difícil.

ELECTRA

Pero yo, le he salvado sin vacilar.

EL CORO

Cobra ánimo: es generoso y vendrá en ayuda de sus amigos.

ELECTRA

Estoy segura de ello; á no ser así, no hubiera vivido mucho tiempo.

EL CORO

No hables más, porque veo salir de la morada á tu hermana, nacida del mismo padre y de la misma madre, Crisótemis, que lleva ofrendas, tales como se acostumbra hacer á los muertos.

CRISÓTEMIS

¡Oh hermana! ¿por qué vienes de nuevo á lanzar clamores ante este vestíbulo? ¿No puedes aprender, después de tanto tiempo, á no entregarte á una vana cólera? Ciertamente, yo misma, sé también que el estado de las cosas es cruel, y, si tuviera fuerzas para tanto, mostraría lo que siento por ellos en el corazón; pero, rodeada de males, me es preciso para navegar plegar mis velas, y creo que me está ve-

dado proceder contra los que no puedo alcanzar. Quisiera que tú hicieses lo mismo. Sin embargo, no es justo que obres como te aconsejo y no como juzgues acertado; pero yo, para vivir libre, es preciso que obedezca á quienes tienen la omnipotencia.

ELECTRA

¡Es indigno de ti, nacida de tal padre, olvidar de quién eres hija para no inquietarte mas que de tu madre! Porque las palabras que me has dicho, y con las cuales me censuras, te han sido sugeridas por ella. No las dices por tu propio impulso. Por eso, elige: ó eres una insensata, ó, si has hablado con uso de razón, abandonas á tus amigos. Decías que, si tuvieras fuerzas para tanto, mostrarías el odio que sientes por ellos, ¡y te niegas á ayudarme cuando quiero vengar á mi padre, y me exhortas á no hacer nada! ¿No agrega todo esto la cobardía á todos nuestros otros males? Enséñame ó indícame qué provecho obtendría con dar fin á mis gemidos. ¿Es que no vivo? Mal, en verdad, ya lo sé, pero eso me basta. Ahora bien; soy importuna para éstos, y rindo así honor á mi padre muerto, si alguna cosa agrada á los muertos. Pero tú, que dices odiar, no odias mas que con palabras, y haces en realidad causa común con los matadores de tu padre. Si las ventajas que te son otorgadas, y de que gozas, me fuesen ofrecidas, no me sometería. A ti la rica mesa y el alimento abundante; para mí es bastante alimento no ocultar mi dolor. No deseo en modo alguno compartir tus honores. No los desearías tú misma, si fueses discreta. Ahora, cuando podías llamarte hija del más ilustre de los padres, te llamas hija de tu madre. Así es que serás reputada inicua por el mayor número, tú que haces traición á tus amigos y á tu padre muerto.

EL CORO

¡No demasiada cólera, por los Dioses! Vuestras palabras, para ambas, producirán sus frutos, si tú aprendes de ella á hablar bien, y ella de ti.

CRISÓTEMIS

Hace mucho tiempo, ¡oh mujeres! estoy acostumbrada á tales palabras de ella, y no me acordaría siquiera, si no

hubiera sabido que la amenaza un gran infortunio que hará callar sus continuos lamentos.

ELECTRA

Habla, pues, di qué grande infortunio es ese, porque si tienes que enseñarme alguna cosa peor que mis males, no volveré á replicar.

CRISÓTEMIS

Siendo así, te diré todo lo que sé de ello. Han resuelto, si no cesas en tus lamentaciones, enviarte á un lugar donde no volverás á ver el resplandor de Helios. Viva, en el fondo de un antro negro, prorrumpirás en gemidos lejos de esta tierra. Por eso, medítalo, y no me acuses cuando esa desgracia haya llegado. Ahora es tiempo de tomar una prudente resolución.

ELECTRA

¿Eso es lo que han decidido hacer conmigo?

CRISÓTEMIS

Ciertamente, en cuanto Egisto haya vuelto á la morada.

ELECTRA

¡Plegue á los Dioses que vuelva con gran prontitud para ello!

CRISÓTEMIS

¡Oh desgraciada! ¿por qué esa imprecación contra ti misma?

ELECTRA

¡Por que venga, si piensa hacer eso!

CRISÓTEMIS

¿Qué mal quieres sufrir? ¿Eres insensata?

ELECTRA

Es con el fin de huir muy lejos de vosotros.

CRISÓTEMIS

¿No te cuidas de tu vida?

ELECTRA

Ciertamente, mi vida es bella y admirable.

CRISÓTEMIS

Bella sería, si fueses prudente.

ELECTRA

No me enseñes á hacer traición á mis amigos.

CRISÓTEMIS

No te enseño eso, sino á someterte á los más fuertes.

ELECTRA

Halágales con tus palabras; lo que dices no está en tu carácter.

CRISÓTEMIS

Sin embargo, es bueno no sucumbir por imprudencia.

ELECTRA

Sucumbiremos, si es preciso, habiendo vengado á nuestro padre.

CRISÓTEMIS

Nuestro padre mismo, lo sé, me perdona esto.

ELECTRA

Sólo á los cobardes pertenece aprobar esas palabras.

CRISÓTEMIS

¿No cederás? ¿No serás persuadida por mí?

ELECTRA

No, por cierto. No soy insensata hasta ese punto.

CRISÓTEMIS

Iré, pues, allí donde debo ir.

ELECTRA

¿Adónde vas? ¿A quién llevas esas ofrendas sagradas?

CRISÓTEMIS

Mi madre me envía á hacer libaciones á la tumba de mi padre.

ELECTRA

¿Qué dices? ¿Al más detestado de los mortales?

CRISÓTEMIS

Que ella misma mató. Eso es lo que quieres decir.

ELECTRA

¿Qué amigo la ha aconsejado? ¿A qué se debe que le haya placido eso?

CRISÓTEMIS

A un terror nocturno, según me ha parecido.

ELECTRA

¡Oh Dioses paternos, venid! ¡venid ahora!

CRISÓTEMIS

¿Te trae, pues, alguna confianza ese terror?

ELECTRA

Si me refieres su sueño, te lo diré.

CRISÓTEMIS

No podré decir de él sino poca cosa.

ELECTRA

Di al menos eso. Unas pocas palabras han elevado ó derribado con frecuencia á los hombres.

CRISÓTEMIS

Se dice que ha visto á tu padre y el mío, vuelto de nuevo á la luz; después, habiendo aparecido en la morada, apoderarse del cetro que llevaba en otro tiempo y que lleva ahora Egisto y hundirlo en tierra, y que entonces un elevado ramo germinó y salió de él, y que toda la tierra de Micenas fué cubierta por su sombra. He oído decir estas cosas á alguien que estaba presente cuando ella refería su sueño á Helios. No sé más, si no es que me ha enviado á causa del terror que le ha causado ese ensueño. Te suplico, pues, por los Dioses de la patria, que me escuches y no te pierdas por imprudencia; porque si, ahora, me rechazas, me llamarás cuando seas víctima de la desdicha.

ELECTRA

¡Oh querida! No lleves nada á la tumba de lo que tienes en las manos, porque no te es lícito y no es piadoso llevar á nuestro padre esas ofrendas de una mujer odiosa y derramar esas libaciones. Arrójalas á los vientos ó escóndelas en la tierra profundamente excavada, á fin de que nada se acerque jamás á la tumba de nuestro padre: antes bien, hasta que ella muera, que ese tesoro le esté reservado bajo tierra. En efecto, si esa mujer no hubiera nacido la más audaz de todas, jamás habría destinado esas libaciones detestables á la tumba de aquel á quien mató ella misma. Pregúntate, en efecto, si el muerto encerrado en esa tumba ha de aceptar de buen grado esas ofrendas de aquella por quien fué in-

dignamente degollado, que le cortó la extremidad de los miembros como á un enemigo y que enjugó sobre su cabeza las manchas del asesinato. ¿Crees que esa muerte puede ser expiada con libaciones? No, jamás, eso no es posible. Por eso, no hagas nada. Corta la extremidad de tus trenzas. ¡He aquí las mías, las de esta desgraciada! Es poca cosa, pero no tengo mas que esto. Presenta estos cabellos no cuidados y mi cinturón sin ningún adorno. Dobla las rodillas, suplicante, para que venga á nosotras, propicio, de debajo de tierra, para que nos ayude contra nuestros enemigos, y que, vivo, su hijo Orestes les derribe con mano victoriosa y les pisotee, y para que adornemos después su tumba con más ricos dones y con nuestras propias manos. Creo, en efecto, creo que ha resuelto algún designio enviándola ese sueño espantoso. Así, pues, ¡oh hermana! haz lo que te mando, lo cual servirá para tu venganza y la mía, así como al más querido de los mortales, á nuestro padre, que está ahora bajo tierra.

EL CORO

Ha hablado piadosamente. Si eres prudente, ¡oh querida! la obedecerás.

CRISÓTEMIS

Lo haré como lo ordena; porque, tratándose de una cosa justa, es preciso no querellarse, sino apresurarse á hacerla. Mientras voy á obrar, os suplico, por los Dioses, ¡oh amigos! guardad silencio, porque si mi madre sabe esto, creo que no sería sin un gran peligro como me habría atrevido á ello.

EL CORO

Estrofa

A menos que yo sea una adivina sin inteligencia y privada de la recta razón, la Justicia anunciada vendrá, teniendo en las manos la fuerza legítima, y castigará en poco tiempo, ¡oh hija! La noticia de ese sueño ha sido agradable para mí, y mi confianza se ha afirmado con ella; porque ni tu padre, rey de los helenos, es olvidable, ni esa antigua hacha de bronce de dos filos que le mató tan ignominiosamente.

Antistrofa

Vendrá la Erinia de pies de bronce, de pies y de manos innumerables, que se oculta en horribles refugios; porque el deseo impuro de nupcias criminales y mancilladas por el asesinato se apoderó de ellos. Por eso estoy cierta de que ese prodigio que se nos aparece amenaza á los autores del crimen y á sus compañeros. O los mortales no adivinan nada por los sueños y por los oráculos, ó ese espectro nocturno será completamente beneficioso para nosotros.

Épodo

¡Oh laboriosa cabalgada de Pélope, cuán lamentable has sido para esta tierra! En efecto, desde el día en que Mirtilo pereció, arrancado violenta é ignominiosamente de su carro dorado y precipitado en el mar, horribles miserias han asaltado siempre esta morada.

CLITEMNESTRA

Parece que vagabundeas de nuevo, y libremente. En efecto, no está aquí Egisto, él que suele retenerte, para que no vayas afuera á difamar á tus parientes. Ahora que ha salido, no me respetas. Y, ciertamente, has dicho con frecuencia y á muchos que yo estaba colérica, mandando contra todo derecho y justicia y llenándoos de ultrajes á ti y á los tuyos. Pero yo no tengo costumbre de ultrajar; si te hablo injuriosamente, es que tú me injurias con más frecuencia todavía. Tu padre, y no tienes otro pretexto de querella, fué muerto por mí, por mí misma, bien lo sé, y no hay ninguna razón para que lo niegue. Porque, no yo sola, sino la Justicia también le hirió; y convenía que tú vinieses en mi ayuda, si hubieras sido prudente, puesto que tu padre, por el que no cesas de gemir, el único de los helenos, se atrevió á sacrificar tu hermana á los Dioses, bien que no hubo sufrido tanto para engendrarla como yo para parirla. Pero ¡sea! dime por qué la degolló. ¿Fué en favor de los argivos? Pues no tenían ningún derecho á matar á mi hija. Si, como creo, la mató por su hermano Menelao, ¿no debía por ello ser castigado por mí? ¿No tenía ese mismo Menelao dos hijos que era más justo hacer morir, nacidos como eran de un padre y de una madre por quienes

aquella expedición se emprendía? ¿Deseaba el Hades devorar á mis hijos más bien que á los suyos? ¿Se había extinguido el amor de aquel execrable padre hacia los hijos que yo había concebido, y sentía uno más grande hacia los de Menelao? ¿No son propias estas cosas de un padre malvado é insensato? Yo pienso así, aunque tú pienses lo contrario, y mi hija muerta diría como yo, si pudiese hablar. Por eso no me arrepiento de lo que hice; y tú, si te parece que obré mal, censura también á los otros, como es justo.

ELECTRA

Ahora no dirás que me interpelas así, habiendo sido provocada por mis palabras amargas. Pero, si me lo permites, te responderé, como conviene, por mi padre muerto y por mi hermana.

CLITEMNESTRA

¡Anda! Lo permito. Si siempre me hubieses dirigido palabras tales, jamás hubieras sido ofendida por mis respuestas.

ELECTRA

Te hablo, pues. Dices que mataste á mi padre. ¿Qué se puede decir más afrentoso, tuviera él razón ó sinrazón? Pero te diré que le mataste sin derecho alguno. El hombre inicuo con quien vives te persuadió é impulsó. Interroga á la cazadora Artemis, y sabe lo que castigaba cuando retenía todos los vientos en Aulis; ó más bien yo te lo diré, porque no es posible saberlo por ella. Mi padre, en otro tiempo, como he sabido, habiéndose complacido en perseguir, en un bosque sagrado de la Diosa, un hermoso ciervo manchado y de alta cornamenta, dejó escapar, después de haberlo muerto, no sé qué palabra orgullosa. Entonces, la virgen Latoida, irritada, retuvo á los aqueos hasta que mi padre hubo degollado á su propia hija por causa de aquella bestia fiera que había matado. Así es como fué degollada, porque el ejército no podía, por ningún otro medio, partir para Ilión ó volver á sus moradas. Por eso mi padre, constreñido por la fuerza y después de haberse resistido á ello, la sacrificó con dolor, pero no en favor de Menelao. Pero aunque yo dijese como tú que hizo aquello en interés de

su hermano, ¿era preciso, pues, que fuese muerto por ti? ¿En nombre de qué ley? Piensa á qué dolor y á qué arrepentimiento te entregarías si hicieses semejante ley estable entre los hombres. En efecto, si matamos á uno por haber matado á otro, debes morir tú misma para sufrir la pena merecida. Pero reconoce que alegas un falso pretexto. Dime, en efecto, si puedes, por qué cometes la acción tan vergonzosa de vivir con ese hombre abominable con ayuda del cual mataste tiempo ha á mi padre, y por qué has concebido hijos de él, y por qué rechazas á los hijos legítimos nacidos de legítimas nupcias. ¿Cómo puedo yo aprobar tales cosas? ¿Dirás que vengas así la muerte de tu hija? Si lo dijeras, ciertamente, ello sería vergonzoso. No es honesto que una mujer se despose con sus enemigos por causa de su hija. Pero no me es lícito afirmarlo sin que me acuses por todas partes con gritos de que ultrajo á mi madre. Ahora bien; veo que procedes respecto á nosotros menos como madre que como dueña, yo que llevo una vida miserable en medio de los males continuos con que nos abrumáis tú y tu amante. Pero ese otro, que se ha escapado á duras penas de tus manos, el mísero, Orestes, arrastra una vida desgraciada, él á quien me has acusado con frecuencia de criar para ser tu matador. Y, si pudiese, lo haría, ciertamente, sábelo con seguridad. En lo sucesivo, declara á todos que soy malvada, injuriosa, ó, si lo prefieres, llena de impudencia. Si soy culpable de todos esos vicios, no he degenerado de ti y no te causo deshonor.

El coro

Respira cólera, lo veo, pero no veo que se cuide de saber si tiene derecho para ello.

Clitemnestra

¿Y por qué me había de cuidar de la que dirige á su madre palabras de tal suerte injuriosas, á la edad que tiene? ¿No te parece que ha de atreverse á cualquier mala acción, habiendo desechado todo pudor?

Electra

En verdad, sábelo, tengo vergüenza de esto, parézcate lo que quiera; comprendo que estas cosas no convienen ni á

mi edad, ni á mí misma; pero tu odio y tus actos me obligan: el mal enseña el mal.

CLITEMNESTRA

¡Oh insolente bestia! ¿soy yo, son mis palabras y mis actos los que te dan audacia para hablar tanto?

ELECTRA

Eres tú misma la que hablas, no yo; porque realizas actos, y los actos hacen nacer las palabras.

CLITEMNESTRA

Ciertamente, ¡por la dueña Artemis! juro que no escaparás al castigo de tu audacia, en cuanto Egisto haya vuelto á la morada.

ELECTRA

¿Ves? Ahora estás inflamada de cólera, después de haberme permitido decir lo que quisiera, y no puedes oirme.

CLITEMNESTRA

¿No puedes ahorrarme tus clamores y dejarme tranquilamente sacrificar á los Dioses, pues que te he permitido decirlo todo?

ELECTRA

Lo permito, lo quiero así; sacrifica, y no acuses á mi boca, porque no diré nada más.

CLITEMNESTRA

Tú, esclava, que estás aquí, trae esas ofrendas de frutos de toda especie, para que yo haga á este rey votos que disipen los terrores de que estoy turbada. Oye, Febo tutelar, mi plegaria oculta, porque no hablo entre amigos, y no conviene que lo diga todo delante de ésta, no sea que, im-

pulsada por el odio, extienda á grandes gritos vanos rumores por la ciudad. Comprende, pues, así, lo que diré. ¡Si la visión que se me ha aparecido esta noche me anuncia cosas felices, realízalas, rey Licio! Si son funestas, desvíalas sobre mis enemigos. Si ellos me tienden asechanzas, no permitas que me arrebaten mis riquezas, sino concédeme vivir, siempre sana y salva, poseyendo el cetro y la morada de los Atreidas, gozando de un feliz destino en medio de mis amigos y de aquellos de mis hijos que ahora me rodean, que no me aborrecen y no me desean el mal. Escúchanos favorablemente, Apolo Licio, y danos lo que te pedimos. En cuanto á las demás cosas, aunque me calle, creo que, siendo dios, las conoces bien, porque los hijos de Zeus lo ven todo.

EL PEDAGOGO

Mujeres extranjeras, quisiera saber si esta morada es la del rey Egisto.

EL CORO

Lo es, extranjero, has creído bien.

EL PEDAGOGO

¿Pienso acertadamente que ésta es su esposa? Efectivamente, su aspecto es el de una reina.

EL CORO

Ciertamente: es ella misma.

EL PEDAGOGO

Salud, ¡oh Reina! Traigo una buena noticia para ti y para Egisto, de parte de un hombre que os ama.

CLITEMNESTRA

Acepto el augurio; pero deseo saber en primer lugar quién te ha enviado.

El pedagogo

Fanoteo el focidio, que te anuncia un gran suceso.

Clitemnestra

¿Cuál, extranjero? Di. Enviado por un amigo, sé suficientemente que tus palabras serán buenas.

El pedagogo

Voy á decirlo en pocas palabras: Orestes ha muerto.

Electra

¡Ay de mí! ¡Infortunada! Hoy muero.

Clitemnestra

¿Qué dices, qué dices, extranjero? No escuches á ésta.

El pedagogo

Digo y repito que Orestes ha muerto.

Electra

¡Yo muero, desdichada! ¡No existo ya!

Clitemnestra

Piensa en lo que te atañe. Pero tú, extranjero, dime con verdad de qué modo ha perecido.

El pedagogo

Para eso soy enviado, y te lo referiré todo. Habiendo venido Orestes á la más noble asamblea de la Hélada, á fin de combatir en los Juegos Délficos, oyó la voz del heraldo anunciar la carrera por la cual se abrían las luchas; y entró, resplandeciente de belleza, y todos le admiraban; y, cuando

hubo franqueado el estadio de un extremo á otro, salió, obteniendo el honor de la victoria. No sabría yo decir en pocas palabras las innumerables grandes acciones y la fuerza de un héroe semejante. Sabe únicamente que volvió á alcanzar los premios de la victoria en todos los combates propuestos por los jueces de los juegos. Y todos le llamaban dichoso y proclamaban al argivo Orestes, hijo de Agamenón que reunió en otro tiempo el ilustre ejército de la Hélada. Pero las cosas son así, que, si un dios nos envía una desgracia, nadie es bastante fuerte para escapar á ella. En efecto, el día siguiente, cuando el rápido combate de los carros tuvo lugar al levantarse Helios, entró con numerosos rivales. Uno era acayo, otro de Esparta, y otros dos eran libios y hábiles en conducir un carro de cuatro caballos. Orestes, que era el quinto, llevaba yeguas tesalias; el sexto venía de Etolia con fieros caballos; el séptimo era magneta; el octavo, con caballos blancos, era de Enia; el noveno era de Atenas fundada por los Dioses; en fin, un beocio estaba en el décimo carro. Manteniéndose erguidos, después que los jueces hubieron asignado, según la suerte, el puesto de cada uno de ellos, en cuanto la trompeta de bronce hubo dado la señal, se precipitaron, excitando á sus caballos y sacudiendo las riendas, y todo el estadio se llenó con el estrépito de los carros resonantes; y el polvo se amontonaba en el aire; y todos mezclados juntamente, no ahorraban los aguijones y cada uno quería adelantar á las ruedas y á los caballos agitados del otro; porque éstos arrojaban su espuma y sus ardientes resoplidos sobre las espaldas de los conductores de carros y sobre el círculo de las ruedas. Orestes, acercándose al último límite, lo rozaba con el eje de la rueda, y, soltando las riendas al caballo de la derecha, contenía al de la izquierda. Ahora bien; en aquel momento, todos los carros estaban todavía en pie, pero entonces, los caballos del hombre de Enia, hechos duros de boca, arrastraron el carro con violencia, y, al volver, como, acabada la sexta vuelta, comenzaban la séptima, chocaron de frente con las cuadrigas de los libios. Una rompe á otra y cae con ella, y toda la llanura de Crisa se llena con aquel naufragio de carros. El ateniense, habiendo visto esto, se apartó de la vía y contuvo las riendas como hábil conductor, y dejó toda aquella tempestad de carros moverse en la llanura. Durante este tiempo, Orestes, el último de todos, conducía sus caballos, con la esperanza de ser victorioso al fin; pero, viendo que el ateniense había quedado solo, hirió las orejas de sus caballos rápidos con el sonido agudo de su látigo, y lo persiguió. Y

los dos carros estaban lanzados sobre una misma línea, y la cabeza de los caballos sobresalía tan pronto de una como de otra cuadriga. El imprudente Orestes había llevado á cabo todas las demás carreras sano y salvo, manteniéndose derecho sobre su carro; pero, entonces, soltando las riendas al caballo de la izquierda, tropezó con el extremo de la meta, y, habiéndose roto el cubo de la rueda, cayó rodando de su carro, enredado entre las riendas, y los caballos, espantados de verle tendido en tierra, se lanzaron á través del estadio. Cuando la multitud le vió caído del carro, se lamentó por aquel hombre joven que, habiendo realizado hermosas acciones, y por un cruel destino, se veía arrastrado tan pronto por el suelo, tan pronto levantando las piernas en el aire, hasta que los conductores de carro, deteniendo trabajosamente los caballos que corrían, le levantaron todo ensangrentado y tal que ninguno de sus amigos hubiera reconocido aquel miserable cuerpo. Y le quemaron al punto sobre una hoguera; y unos hombres focidios, escogidos para ello, trajeron aquí, en una pequeña urna de bronce, las cenizas de aquel gran cuerpo, para que sea sepultado en su patria. He aquí las palabras que tenía que decirte; son tristes, pero el espectáculo que vimos es la cosa más cruel de todas las que hayamos jamás contemplado.

EL CORO

¡Ay de mí! ¡Ay! ¡Toda la raza de nuestros antiguos dueños está, pues, aniquilada radicalmente!

CLITEMNESTRA

¡Oh Zeus! ¿qué diré de estas cosas? ¿Las llamaré favorables, ó terribles, pero útiles sin embargo? Es triste para mí no salvar mi vida sino por mis propias desventuras.

EL PEDAGOGO.

¿Por qué, ¡oh mujer! después de saber esto, te ves de ese modo atormentada?

CLITEMNESTRA

La maternidad tiene un gran poderío. En efecto, una

madre, aunque se vea ultrajada, no puede aborrecer á sus hijos.

El pedagogo

¡A lo que parece, hemos venido aquí inútilmente!

Clitemnestra

Inútilmente, no. ¿Cómo has de haber hablado inútilmente, si has venido, trayéndome pruebas ciertas de la muerte de aquel que, nacido de mí, huyendo de mis pechos que le nutrieron y de mis cuidados, desterrado, ha llevado una vida apartada, que no me ha visto jamás después que abandonó esta tierra, y que, acusándome de la muerte de su padre, me amenazaba con un castigo horrible? De suerte que, ni durante la noche, ni durante el día, yo no gustaba el dulce sueño, y, por más tiempo que transcurriese, pensaba siempre que iba á morir. Ahora, pues, que me veo libre del peligro y no temo ya nada en adelante de él ni de ésta—porque ella era para mí una calamidad más amarga, viviendo conmigo y consumiendo siempre toda la sangre de mi alma—, llevaremos una vida tranquila, por lo menos en lo que concierne á sus amenazas.

Electra

¡Ay de mí! ¡Desdichada! ¡Ahora es, Orestes, cuando deploraré tu destino, puesto que, aun muerto, eres ultrajado por tu madre! ¿No es todo para el mayor bien?

Clitemnestra

No, por cierto, para ti, sino para él. Lo que le ha sucedido está bien dispuesto.

Electra

¡Escucha, Némesis vengadora del que ha muerto!

Clitemnestra

Ha escuchado á los que era preciso que escuchase, y ha cumplido sus votos.

ELECTRA

Insulta, porque ahora eres feliz.

CLITEMNESTRA

En lo sucesivo, ni Orestes ni tú destruiréis esta felicidad.

ELECTRA

Estamos destruídos nosotros mismos, en vez de que podamos destruirte.

CLITEMNESTRA

Mucho mereces, extranjero, si, trayéndonos esta noticia, has hecho callar sus clamores furiosos.

EL PEDAGOGO

Me voy, pues, si todo está perfectamente.

CLITEMNESTRA

No, por cierto, eso no sería digno ni de mí ni del huésped que te ha enviado. Entra, pues, y déjala llorar fuera sus propias miserias y las de sus amigos.

ELECTRA

¿No os parece que, triste y gemebunda, llora y se lamenta por su hijo herido de muerte miserable? ¡Ha entrado allá riendo! ¡Oh desgraciada de mí! ¡Oh queridísimo Orestes, me has perdido con tu muerte! ¡Has arrancado de mi espíritu la esperanza que me quedaba de que, viviendo, volverías un día á vengar á tu padre y á mí, infortunada! Y ahora, ¿de qué lado volverme, sola y privada de ti y de mi padre? ¡Me es preciso ahora quedar esclava entre los más detestados de los hombres, matadores de mi padre! ¿No tengo la mejor de las suertes? Pero no viviré jamás con ellos, en sus moradas, y me consumiré, prosternada, sin amigos, ante el umbral. ¡Y, si soy una carga para alguno

de los que hay en la morada, que me mate! ¡Si no, será el dolor el que me matará, porque no tengo ya deseo alguno de vivir!

EL CORO

Estrofa I

¿Dónde están los rayos de Zeus, dónde está el brillante Helios, si, viendo esto, permanecen tranquilos?

ELECTRA

¡Ay! ¡ay! ¡Ay de mí! ¡ay de mí!

EL CORO

Hija, ¿por qué lloras?

ELECTRA

¡Ay de mí!

EL CORO

No te lamentes demasiado alto.

ELECTRA

Me matas.

EL CORO

¿Cómo?

ELECTRA

Si me aconsejas esperar en los que han manifiestamente partido para el Hades, me insultas, consumida como estoy de dolor.

EL CORO

Antistrofa I

Sé, efectivamente, que el rey Anfiarao ha muerto, en-

vuelto en las redes de oro de una mujer, y que, sin embargo, ahora bajo la tierra...

ELECTRA

¡Ay! ¡ay! ¡ay de mí!

EL CORO

...reina sobre todas las almas.

ELECTRA

¡Ay!

EL CORO

¡Ay! Efectivamente, la mujer execrable...

ELECTRA

¿Ha recibido el castigo del crimen?

EL CORO

¡Sí!

ELECTRA

Ya sé, ya sé: alguien vino que vengó al que había sufrido; pero nadie sobrevive para mí: el vengador que yo tenía me ha sido arrebatado por el destino.

EL CORO

Estrofa II

Eres la más infortunada de todas las mujeres.

ELECTRA

Demasiado lo sé, no habiendo sido nunca mi vida sino triste y lamentable.

EL CORO

Ya sabemos lo que lloras.

ELECTRA

No me consueles, pues, más, ahora que...

EL CORO

¿Qué dices?

ELECTRA

...ninguna esperanza de socorro me queda del eupátrida fraternal.

EL CORO

Antistrofa II

El destino de todos los hombres es morir.

ELECTRA

¡Qué! ¿en una lucha de caballos de pies rápidos, y enredados entre las riendas, como este desgraciado?

EL CORO

¡Calamidad no prevista!

ELECTRA

Sin duda, en efecto. En tierra extraña, lejos de mis brazos...

EL CORO

¡Ay!

ELECTRA

¿Quién hubiera previsto que sería encerrado en la urna, sin tumba y privado de nuestras lamentaciones?

CRISÓTEMIS

A causa de mi gozo, ¡oh muy querida! dejando á un lado todo miramiento, llego apresuradamente, porque traigo

felices cosas y el reposo de los males que te desgarraban y por los que gemías.

ELECTRA

¿Dónde has encontrado un consuelo á mis males, á los que no se podría hallar remedio alguno?

CRISÓTEMIS

Orestes está cerca de nosotros. Sabe que lo que te digo es seguro, tan cierto como que me ves en este instante.

ELECTRA

¿Eres insensata, ¡oh infeliz! y te mofas de tus males y los míos?

CRISÓTEMIS

¡Pongo por testigo al hogar paterno! Ciertamente, no me burlo al decir esto; antes bien, ten por cierto que él está aquí.

ELECTRA

¡Oh desventurada de mí! ¿Y por qué hombre has sabido esa noticia á la que prestas fe tan fácilmente?

CRISÓTEMIS

Por mí misma, no por otro, he visto las pruebas ciertas de ello, y en esto es en lo que tengo fe.

ELECTRA

¡Oh desdichada! ¿Qué prueba has descubierto? ¿Qué has visto que haya encendido en ti una alegría tan insensata?

CRISÓTEMIS

Escucha, ¡por los Dioses! y tú dirás, sabiéndolo todo, si soy insensata ó prudente.

ELECTRA

Habla, si tal es tu gusto.

CRISÓTEMIS

Voy, pues, á decirte todo lo que he visto. Habiendo llegado á la antigua tumba de mi padre, vi, en la cima, regueros de leche recientemente derramados, y el sepulcro paterno adornado con toda especie de flores. Viendo esto, admirada, observé si se mostraba ante mí algún hombre; pero estando tranquilo todo aquel lugar, me acerqué á la tumba, y vi, en la cima, cabellos recién cortados. En cuanto los hube apercibido, desgraciada, una imagen familiar impresionó mi ánimo, como si viese una señal de Orestes, del más querido de todos los hombres; y los tomé en mis manos, sin decir nada, y derramando lágrimas á causa de mi alegría. Ahora, como antes, es manifiesto para mí que esas ofrendas no han podido ser llevadas mas que por él; porque ello no es cosa de mí ni de ti. Yo no he llevado esas ofrendas, ciertamente, lo sé bien, ni tú, porque ¿podías hacerlo, puesto que no puedes salir libremente de la morada, ni siquiera para suplicar á los Dioses? Tales pensamientos no suelen venir al espíritu de nuestra madre, y si lo hubiera hecho, ello no se nos hubiera escapado. Sin duda alguna esos presentes fúnebres son de Orestes. Tranquilízate, ¡oh querida! Los mismos no tienen siempre la misma fortuna. En verdad, la nuestra nos ha sido ya contraria, pero puede ser que este día sea el augurio de numerosos bienes.

ELECTRA

¡Ay! Tengo desde hace mucho rato piedad de tu demencia.

CRISÓTEMIS

¡Qué! ¿no te regocija lo que te digo?

ELECTRA

No sabes en qué lugar te extravías, ni en qué pensamientos.

CRISÓTEMIS

¿No sabré lo que he visto claramente yo misma?

ELECTRA

¡Ha muerto, oh desdichada! Toda esperanza de salvación, proviniente de él, está perdida para ti. No pretendas ver jamás á Orestes.

CRISÓTEMIS

¡Infeliz de mí! ¿Por quién has sabido eso?

ELECTRA

Por alguien que estaba presente cuando él fué muerto.

CRISÓTEMIS

¿Dónde está ese? Me quedo estupefacta.

ELECTRA

Está en la morada, bien venido para nuestra madre, lejos de serle importuno.

CRISÓTEMIS

¡Ay de mí! ¡Desgraciada! ¿De quién eran, pues, esas ofrendas numerosas sobre la tumba de nuestro padre?

ELECTRA

Creo que, seguramente, han sido depositadas allí por alguien, en honor de Orestes muerto.

CRISÓTEMIS

¡Oh desventurada! ¡yo que, llena de alegría, me apresuraba á traerte una tal noticia, ignorando en qué calamidad

estábamos sumidas! ¡Y he aquí que encuentro, al llegar, nuevas miserias añadidas á todas las demás!

ELECTRA

Sí, por cierto; pero, si me das crédito, nos libertarás del peso de nuestros males presentes.

CRISÓTEMIS

¿Puedo yo resucitar á los muertos?

ELECTRA

No es eso lo que digo. No estoy de tal modo demente.

CRISÓTEMIS

¿Qué ordenas, pues, que yo tenga fuerzas para cumplir?

ELECTRA

Que te atrevas á lo que yo te aconseje.

CRISÓTEMIS

Si ello es útil, no me negaré.

ELECTRA

¡Mira! Nada se alcanza sin trabajo.

CRISÓTEMIS

Ya lo sé. Haré lo que pueda.

ELECTRA

Sabe, pues, cómo he resuelto obrar. Ya sabes que no contamos con la ayuda de ningún amigo. El Hades, arrebatándolos á todos, nos ha privado de ellos. Estamos solas y abandonadas. En verdad, tanto tiempo como he oído decir que mi hermano estaba entre los vivos y floreciente de juventud, he tenido la esperanza de que vendría un día á vengar la muerte paterna; pero, ahora, desde que no existe,

pienso en ti, para que vengues la muerte de tu padre y no vaciles en matar á Egisto con la ayuda de tu hermana; porque no me es lícito callarte nada. ¿Hasta cuándo seguirás inactiva, teniendo todavía una firme esperanza, tú, á quien no queda, privada de las riquezas paternas, mas que una abundancia de lamentos y de penas, por todo el tiempo que envejezcas, privada de nupcias? Porque, ciertamente, no esperes casarte algún día. Egisto no es de tal modo estúpido que permita, para su desgracia, que nazca una posteridad de ti ó de mí. Pero, si eres dócil á mis consejos, en primer lugar, serás alabada, por tu piedad, por tu padre muerto y por tu hermano. Luego, lo mismo que has nacido libre, serás llamada libre en lo porvenir, y celebrarás nupcias dignas de ti; porque todos suelen admirar las cosas honestas. ¿No ves qué ilustre fama adquiriremos, tú y yo, si me obedeces? ¿Qué ciudadano, en efecto, ó qué extranjero, al vernos, no nos colmará de alabanzas tales como éstas?: «Ved, amigos, esas dos hermanas que han salvado la morada paterna, y que, no economizando su vida, han dado muerte á sus enemigos, poseedores de inmensas riquezas. Es justo que todos las amen y las reverencien; es justo que en las fiestas sagradas de los Dioses y en las asambleas de los ciudadanos, todos las honren á causa de su varonil proceder.» Todos dirán esto de nosotras, mientras vivamos, y, aun después de la muerte, jamás disminuirá nuestra gloria. ¡Oh querida, obedece! Ven en ayuda de tu padre y de tu hermano, libértame de mis miserias, libértate á ti misma, pensando cuán vergonzoso es á los que son bien nacidos vivir en el oprobio.

El coro

En tales cosas, la previsión es útil á quien habla y á quien escucha.

Crisótemis

Antes de hablar así, ¡oh mujeres! si su espíritu no hubiese estado turbado, hubiera mostrado una prudencia que parece haber rechazado desde entonces. ¿En qué piensas, en efecto, cuando quieres obrar con tanta audacia y me pides que te ayude? ¿No lo ves? Tú eres una mujer, no un hombre, y tienes muchas menos fuerzas que tus enemigos. Su Genio está muy próspero hoy; el nuestro está debilitado, reducido á la nada. ¿Quién, pues, intentaría atacar á un

hombre semejante sin incurrir en la mayor desgracia? Piensa en ello, no sea que, agobiadas ya de males, sufriéramos otros más crueles todavía, si alguien oyese tus palabras. No tendremos ni consuelo, ni provecho en merecer una fama gloriosa, si perecemos vergonzosamente. Lo más amargo no es morir, sino desear la muerte y no poderla alcanzar. Por eso, te lo suplico, reprime tu cólera, antes que hayamos enteramente perecido y que toda nuestra raza haya sido aniquilada. Yo tendré por no pronunciado lo que has dicho y te guardaré el secreto. En cuanto á ti, comienza por lo menos á ser prudente, y aprende, encontrándote sin fuerzas, á ceder á los que son más fuertes que tú.

EL CORO

Obedécela. No hay nada de lo más útil para los hombres que no pueda adquirirse con la prudencia y la sabiduría.

ELECTRA

No has dicho nada que no esperase de ti. Bien sabía que rechazarías mis consejos; pero yo obraré sola y por mi propia mano, y jamás dejaremos esto sin realizar.

CRISÓTEMIS

¡Ah! ¡Pluguiera á los Dioses que ese espíritu hubiese sido el tuyo, cuando nuestro padre fué muerto! Todo lo hubieras llevado á cabo.

ELECTRA

Yo era entonces la misma en cuanto al pensamiento, pero tenía el corazón más débil.

CRISÓTEMIS

Haz de modo que tengas siempre el corazón así.

ELECTRA

Me adviertes con esas palabras que no me ayudarás.

CRISÓTEMIS

A mal comienzo, mal fin.

ELECTRA

Admiro tu prudencia y aborrezco tu cobardía.

CRISÓTEMIS

Un día también te oiré alabarme.

ELECTRA

Jamás obtendrás eso de mí.

CRISÓTEMIS

El tiempo será bastante largo para juzgar entre nosotras.

ELECTRA

Vete, puesto que no me prestas ayuda alguna.

CRISÓTEMIS

Así será, pero te falta un espíritu dócil.

ELECTRA

Ve á contar todo esto á tu madre.

CRISÓTEMIS

No estoy inflamada de tal odio contra ti.

ELECTRA

Sabe al menos cuánto me cubres de oprobio.

CRISÓTEMIS

No te aconsejo el oprobio, sino la prudencia para ti misma.

ELECTRA

¿Es preciso que me someta á lo que te parece justo?

CRISÓTEMIS

Cuando seas prudente, entonces nos conducirás.

ELECTRA

Es cruel hablar bien y no obtener éxito.

CRISÓTEMIS

Tú hablas claramente de tu propio defecto.

ELECTRA

¿Cómo, pues? ¿Te parece que he hablado mal?

CRISÓTEMIS

Las acciones más justas dañan algunas veces.

ELECTRA

Yo no quiero vivir conforme á tales reglas.

CRISÓTEMIS

Si procedes así, me alabarás después del suceso.

ELECTRA

Obraré así, sin cuidarme de tus amenazas.

CRISÓTEMIS

¿Es, pues, eso cierto? ¿No cambiarás de propósito?

ELECTRA

Nada me es más odioso que un mal consejo.

CRISÓTEMIS

Parece que no te cuidas de lo que te digo.

ELECTRA

He resuelto ya eso desde hace mucho rato.

CRISÓTEMIS

Me voy, pues, porque tú no habías de aprobar mis palabras, no más que yo apruebo tu resolución.

ELECTRA

Vuelve á la morada. No te acompañaré jamás en lo sucesivo, cualquiera que sea tu deseo, porque es grande tu demencia de perseguir lo que no existe.

CRISÓTEMIS

Si te crees prudente para ti misma, piensa así; pero, cuando hayas caído en la desgracia, aprobarás mis palabras.

EL CORO

Estrofa I

¿Por qué, pues, vemos á las aves que más alto vuelan y que son más animosas preocuparse del sustento de aquellos de quienes han nacido y que las han criado, y no obramos del mismo modo? Pero ¡por los rayos de Zeus y de Temis Urania! el castigo no perdonará por mucho tiempo á éstos. ¡Oh Fama de los mortales, voz extendida de los que están bajo la tierra, habla á los Atreidas muertos y anúnciales estos oprobios lamentables!

Antistrofa I

Diles el abatimiento de su morada, y que sus hijas, divididas por la discordia, no están ya unidas por la amistad. Sola Electra, abandonada, gimiendo por sus males infini-

tos, combatida por un duelo sin fin, y, como el plañidero ruiseñor, sin tener ningún cuidado por su vida, está pronta á morir con tal que triunfe de esas dos Erinias. ¿Hay una hija tan bien nacida?

Estrofa II

Nadie, siendo bien nacido, se resignará á deshonrar su sangre, ni á dejar que la gloria de su nombre perezca. Y por eso, hija, ¡oh hija! has querido mejor el destino común á todos, para merecer la doble alabanza de ser discreta y de ser una hija irreprochable.

Antistrofa II

¡Plegue á los Dioses que vivas tan superior á tus enemigos por el poder y las riquezas como estás ahora agobiada por ellos! Porque te veo menos abrumada por el destino que excelsa por el respeto que tienes á las leyes sacratísimas que florecen entre los hombres y por la piedad hacia Zeus.

ORESTES

¡Oh mujeres! ¿estamos bien informados? ¿Hemos llegado adonde queríamos ir?

EL CORO

¿Qué buscas, y con qué intención has venido?

ORESTES

Busco hace mucho tiempo dónde habita Egisto.

EL CORO

Has venido completamente en derechura. El que te mostró el camino no te ha engañado.

ORESTES

¿Quién de vosotras anunciará en la morada nuestra deseada presencia, á nosotros que hemos venido juntos?

El coro

Esta, si verdaderamente conviene que uno de los allegados por la sangre lleve esa noticia.

Orestes

¡Ve, mujer! Entra, y di que unos hombres focidios buscan á Egisto.

Electra

¡Ay de mí! ¡Desgraciada! ¿No traéis las pruebas de eso de que hemos oído hablar?

Orestes

No sé qué rumor es ese, sino que el anciano Estrofio me ha ordenado traer una noticia que concierne á Orestes.

Electra

¿Qué es ello, extranjero? ¡El terror me sobrecoge!

Orestes

Como ves, traemos lo poco que queda de él en esta pequeña urna.

Electra

¡Infortunada de mí! ¡La cosa es, pues, cierta! ¡Veo manifiestamente lo que me abruma!

Orestes

Si te conmueves por la desgracia de Orestes, sabe que su cuerpo está encerrado en esta urna.

Electra

Permíteme, te lo suplico por los Dioses, ¡oh extranjero!

tomar esa urna en mis manos, si él está encerrado en ella, para lamentarme por mí y por toda mi raza llorando sobre esas cenizas.

ORESTES

Quienquiera que ella sea, vosotros que conducís esa urna, dádsela, porque no la pide con espíritu enemigo, sino que es de sus amigos ó de su sangre.

ELECTRA

¡Oh recuerdo de aquel que fué para mí el más querido de los hombres, lo sólo que quedas de mi alma, Orestes, cuán diferente vuelvo á verte de lo que esperaba de ti cuando te hice marchar! ¡Porque, ahora, te tengo, cosa vana, entre mis manos, y te hice salir de esta morada, ¡oh hijo! todo resplandeciente de juventud! ¡Pluguiera á los Dioses que hubiese muerto cuando te envié á tierra extraña, habiéndote sacado con mis manos y salvado de la muerte! ¡Hubieras muerto aquel día, y habrías tenido la misma tumba que tu padre! Y he aquí que has perecido fuera de la morada, miserablemente desterrado en suelo extranjero, y lejos de tu hermana. Y yo, desventurada, no te he lavado con mis manos, ni retirado esta lamentable carga del fuego voraz, como era justo. ¡Sino que, infeliz, has sido sepultado por manos extrañas, y vuelves, pesando poco, en una estrecha urna! ¡Oh infortunada! ¡Oh cuidados inútiles que tan frecuentemente te he prodigado con tan dulce fatiga! Nunca, en efecto, fuiste más querido para tu madre que para mí. Ninguna otra, en la casa, sino yo sola, era tu protectora, y me llamabas siempre tu hermana. Todo me falta á la vez en este día con tu muerte, y, como una tempestad, me lo has arrebatado todo al morir. ¡Mi padre ha perecido, yo soy muerta, tú no existes! Nuestros enemigos ríen; nuestra madre impía está insensata de gozo, porque me habías hecho anunciar frecuentemente que volverías como vengador. Pero un Genio, funesto para ti y para mí, lo ha deshecho todo, y trae aquí, en lugar de tu querida forma, tus cenizas y una sombra vana. ¡Ay de mí! ¡Oh cuerpo mísero! ¡Ay! ¡ay! ¡oh funesto viaje! ¡ay! ¡Lo has hecho, oh queridísimo, para perderme! ¡Sí, me has perdido, oh hermano! Por eso, recíbeme en tu morada, á mí que ya no existo, para que, no siendo ya nada, habite contigo bajo

tierra. Cuando estabas entre los vivos, compartíamos el mismo destino, y, ahora que estás muerto, quiero compartir tu tumba, porque no creo que los muertos puedan sufrir.

EL CORO

Tú naciste de un padre mortal, Electra. Piensa en esto. Orestes también era mortal. Reprime, pues, tus gemidos demasiado prolongados. Todos tenemos necesariamante que sufrir.

ORESTES

¡Ay de mí! ¡ay! ¿qué diré? No encuentro palabras, y no puedo ya contener mi lengua.

ELECTRA

¿Qué dolor te turba, que hablas así?

ORESTES

¿No es la ilustre Electra la que veo?

ELECTRA

Ella misma, y bien desgraciada.

ORESTES

¡Oh destino infelicísimo!

ELECTRA

¡Oh extranjero! ¿por qué te lamentas por nosotros?

ORESTES

¡Oh cuerpo indignamente ultrajado!

ELECTRA

Ciertamente, soy yo, no otra, la que tú compadeces, extranjero.

ORESTES

¡Ay! Tú vives desdichada y sin esposo.

ELECTRA

Extranjero, ¿por qué lloras al mirarme?

ORESTES

¡Cuántos de mis males ignoraba todavía!

ELECTRA

¿Por qué palabras mías los has sabido?

ORESTES

Te he visto agobiada por numerosos dolores.

ELECTRA

Y ciertamente, no ves sino poco de mis males.

ORESTES

¿Cómo se puede ver otros más amargos?

ELECTRA

Me veo obligada á vivir con asesinos.

ORESTES

¿De quién? ¿De dónde procede la desgracia de que hablas?

ELECTRA

Con los asesinos de mi padre. Y me veo forzada á servirles.

ORESTES

¿Y quién puede forzarte á ello?

ELECTRA

¡Mi madre! Pero no tiene nada de madre.

ORESTES

¿Cómo? ¿Por la violencia ó por el hambre?

ELECTRA

Por la violencia, por el hambre, por toda clase de miserias.

ORESTES

Y ¿nadie viene en tu ayuda ni te defiende?

ELECTRA

Ciertamente, nadie. No tenía mas que un solo amigo, del cual me has traído las cenizas.

ORESTES

¡Oh desgraciada, mucho rato hace que tengo compasión de ti!

ELECTRA

Eres el único de todos los mortales que me tenga piedad.

ORESTES

Sólo sufro yo también de los mismos males.

ELECTRA

¿Serás de nuestra familia?

ORESTES

Hablaría si supiese que éstas eran amigas nuestras.

ELECTRA

Amigas son. Hablarás ante mujeres fieles.

ORESTES

Deja, pues, esa urna, para que lo sepas todo.

ELECTRA

¡Te suplico por los Dioses, extranjero, no me la quites!

ORESTES

Obecece á mis palabras, y no te verás defraudada.

ELECTRA

¡Por tu barba, no me arrebates esta urna queridísima!

ORESTES

No te es lícito conservarla.

ELECTRA

¡Oh! ¡Desdichada, si se me priva de tus cenizas, Orestes!

ORESTES

Habla mejor. No te lamentas justamente.

ELECTRA

¿No me lamento justamente por mi hermano muerto?

ORESTES

No conviene que hables así.

ELECTRA

¿Debo, pues, ser despreciada por él?

ORESTES

Por nadie; pero esa urna que tienes no te afecta en nada.

ELECTRA

¿Cómo, puesto que llevo las cenizas de Orestes?

ORESTES

Las cenizas de Orestes no están ahí, si no es en palabras.

ELECTRA

¿Dónde, pues, está la tumba de ese desgraciado?

ORESTES

En ninguna parte. Los vivos no tienen tumba.

ELECTRA

¿Qué dices, hijo?

ORESTES

No digo nada falso.

ELECTRA

¿Vive, pues?

ORESTES

Puesto que mi alma está en mí.

ELECTRA

¿Eres tú, pues, Orestes?

ORESTES

Mira esta señal de mi padre, y reconoce que digo verdad.

ELECTRA

¡Oh queridísima luz!

ORESTES

¡Querídisima! Lo atestiguo.

ELECTRA

¡Oh voz, ya te oigo!

ORESTES

No me busques, pues, ya.

ELECTRA

¡Ya te tengo en mis brazos!

ORESTES

Y me tendrás siempre.

ELECTRA

¡Oh queridísimas mujeres, oh ciudadanas, ved á este Orestes que palabras astutas decían muerto y que la misma astucia nos vuelve sano y salvo!

EL CORO

Ya le vemos, ¡oh hija! y, por causa de la alegría de un tan feliz suceso, las lágrimas brotan de nuestros ojos.

ELECTRA

Estrofa

¡Oh retoño, retoño de un padre queridísimo, al fin has venido, has vuelto á hallar, te has acercado, has visto á los que deseabas grandemente!

ORESTES

Henos aquí. Pero aguarda en silencio.

ELECTRA

¿Qué es ello, pues?

ORESTES

Lo mejor es callar, no sea que alguien oiga en la morada.

ELECTRA

Pero, por la virgen Artemis que me protege, no hay nada que temer de ese inútil rebaño de mujeres que están en la morada.

ORESTES

Piensa, sin embargo, que el espíritu de Ares está también en las mujeres, como tú misma lo experimentaste en otro tiempo.

ELECTRA

¡Ay de mí! ¡ay! Me evocas el claro recuerdo de la desgracia que nos hirió, y que no puede ser ni olvidada ni aniquilada.

ORESTES

Lo sé también, pero no es necesario recordar eso sino en el momento preciso.

ELECTRA

Antistrofa

¡Ah! Todo momento, todo momento es bueno para declarar legítimamente estas cosas, porque he aquí que puedo al cabo hablar con libertad.

ORESTES

Pienso como tú. Así, pues, conserva esa libertad.

ELECTRA

¿De qué modo?

ORESTES

No hablando largamente cuando ello es inoportuno.

ELECTRA

¿Quién, pues, pensará que es prudente callar en vez de hablar, cuando me es dado volverte á ver de pronto y contra toda esperanza?

ORESTES

Me has vuelto á ver cuando los Dioses me han ordenado volver.

ELECTRA

Me siento llena de una alegría aún más grande al saber que un dios ha hecho que vinieses á esta morada, porque pienso que ello es verdaderamente cosa de un dios.

ORESTES

No quisiera reprimir tu alegría; sin embargo, tengo el temor de que te abandones á ella con exceso.

ELECTRA

¡Oh tú que, después de tanto tiempo, has hecho este viaje afortunado, y que te has dignado mostrarte á mí, viéndome agobiada de males! No me...

ORESTES

¿Qué no debo hacer?

ELECTRA

No me prohibas gozar del placer de tu presencia.

ORESTES

Me sentiría, por el contrario, muy irritado, si viese que se te prohibía.

ELECTRA

¿Estás conforme, pues, conmigo?

ORESTES

¿Por qué no?

ELECTRA

¡Oh amigas! Cuando supe esta noticia que jamás había esperado, aunque estaba desesperada, escuché, muda y desventurada. Pero ya te poseo ahora; te me has aparecido, ostentando tu amadísimo rostro que jamás he olvidado, ni aun abrumada por las mayores desdichas.

ORESTES

¡Basta de palabras superfluas! No me digas ni que mi madre es mala, ni que Egisto, agotando la morada de las riquezas paternas, las esparce y las disipa sin medida; porque las palabras inútiles harían perder un tiempo propicio. Infórmame más bien acerca de las cosas presentes, di en qué lugar debemos aparecer, ó permanecer ocultos, para que reprimamos con nuestra llegada á nuestros insolentes enemigos. Y ten cuidado, cuando hayas entrado en la morada, con venderte, por tu semblante alegre, ante tu madre cruel; antes bien, laméntate por la falsa desgracia que se te ha anunciado. Cuando la cosa esté felizmente terminada, entonces será lícito reir y regocijarse libremente.

ELECTRA

¡Oh hermano! Todo lo que te plazca me placerá igualmente, porque recibo de ti y no de mí misma la dicha de que gozo; y no me atreveré á serte importuna, aun con la mayor ventaja para mí, porque serviría mal así al Genio que nos es ahora propicio. Ya sabes las cosas que pasan aquí; ¿cómo no, en efecto? Has oído que Egisto está ausente de la morada y que mi madre se encuentra en ella; pero no temas que ella vea en mí jamás un semblante alegre, porque un viejo odio está inmutable en mí, y, después de haberte visto, no cesaré jamás de derramar lágrimas de alegría. Y ¿cómo he de cesar de llorar, yo que, en un mismo momento, te he visto muerto y vivo? Me has causado una alegría tan inesperada, que, si mi padre volviese vivo, su vuelta no me parecería ya un prodigio, y creería verle, en efecto. Puesto que de este modo has vuelto hacia nosotros, conduce el

asunto como es tu propósito; porque, si hubiese estado sola, hubiera alcanzado uno de estos dos objetos: ó me habría gloriosamente libertado, ó habría sucumbido gloriosamente.

EL CORO

Os aconsejo el silencio, porque oigo que alguien sale de la morada.

ELECTRA

¡Entrad, oh extranjeros! Por lo demás, lo que traéis no encontrará nadie en esta morada que lo rechace ó que lo acoja de buen grado.

EL PEDAGOGO

¡Oh en extremo insensatos é imprevisores! ¿no os cuidáis, pues, de vuestra vida, ó habéis perdido el juicio, que no os apercibís de que la desgracia está cerca, ó que, más bien, estáis sumidos en ella del modo más peligroso? Si yo no vigilase desde hace mucho rato delante de las puertas, los propósitos que meditáis habrían penetrado en la morada antes que vosotros. Pero yo he previsto eso. Así, pues, terminando los largos discursos y los clamores alegres y sin medida, entrad; porque está mal vacilar en una tal empresa, y he aquí la ocasión de obrar con una gran prontitud.

ORESTES

¿Cómo se presentarán las cosas cuando yo haya entrado?

EL PEDAGOGO

Del mejor modo, pues, por fortuna, nadie te conoce.

ORESTES

Seguramente, has anunciado que había muerto.

EL PEDAGOGO

Sabe que eres aquí un habitante del Hades.

ORESTES

¿Se regocijan con esa noticia? ¿Qué dicen?

EL PEDAGOGO

Ya te responderé, terminado el asunto. Por el momento, todo lo que atañe á ellos va bien, hasta lo que es malo.

ELECTRA

¿Quién es éste, hermano? ¡Dímelo, por los Dioses!

ORESTES

¿No le conoces?

ELECTRA

No me acude nada de él á la memoria.

ORESTES

¿No te acuerdas ya de aquel en cuyas manos me pusiste en otro tiempo?

ELECTRA

¿De quién? ¿qué dices?

ORESTES

¿Cuyas manos, por tu previsión, me llevaron á tierra focidia?

ELECTRA

¿Este es aquél? ¿El único que encontré fiel entre todos, cuando mi padre fué entregado á la muerte?

ORESTES

Este es aquél. No me preguntes más.

ELECTRA

¡Oh amadísima luz! ¡Oh único salvador de la casa de

Agamenón! ¿cómo has venido aquí? ¿Eres tú el que nos ha salvado, á éste y á mí, de innumerables males? ¡Oh amadísimas manos! ¡Oh tú, cuyos pies nos han prestado un felicísimo servicio! ¿por qué me engañabas, cuando estabas presente, y no te revelabas á mí, sino que, al contrario, me matabas con tus palabras, teniendo por mí tan benévolos designios? Salud, ¡oh padre! porque me parece ver á un padre. ¡Salud! ¡Sabe que, de todos los hombres, eres el que en un mismo día he más aborrecido y más amado!

El pedagogo

Basta. Numerosas noches y numerosos días transcurrirían, Electra, si me fuese preciso referirte lo que ha pasado desde aquel tiempo; pero á vosotros dos, que estáis aquí, os digo que ha llegado el tiempo de obrar. Clitemnestra está ahora sola y no hay hombre alguno en la morada; pero, si tardáis, pensad que tendréis que combatir, juntamente con éstos, á otros muchos enemigos más hábiles.

Orestes

¡No hay necesidad de más largos discursos, Pílades! Es preciso entrar apresuradamente, habiendo saludado primero las imágenes de los Dioses paternos, á todas, tantas cuantas están, bajo este propíleo.

Electra

¡Rey Apolo! Escúchanos favorablemente, á ellos y á mí que frecuentemente he tendido hacia ti mis manos llenas de presentes, tanto cuanto he podido. Ahora, ¡oh Apolo Licio! vengo á ti, suplicándote con palabras, la única cosa que poseo; y te pido y te suplico que nos ayudes benévolamente en esta empresa, y que muestres á los hombres qué recompensas reservan los Dioses á la impiedad.

El coro

Estrofa 1

¡Ved adónde se precipita Ares que respira una sangre ineluctable! Entran en la morada, los Perros inevitables,

vengadores de los crímenes horribles. Por eso no esperaré más tiempo, pues va á realizarse el acontecimiento que mi espíritu había previsto; porque el Vengador de los muertos entra con pie furtivo en la morada en que están las antiguas riquezas paternas, teniendo en las manos la espada recién aguzada. Y el hijo de Maya, Hermes, cubriéndole de tinieblas, le lleva á su objeto sin más tardar.

ELECTRA

Antistrofa I

¡Oh queridísimas mujeres! Los hombres van á llevar á cabo su obra, guardad silencio.

EL CORO

¿Cómo? ¿Qué hacen ahora?

ELECTRA

Ella prepara la urna funeraria, y ellos están de pie cerca de ella.

EL CORO

¿Por qué has salido?

ELECTRA

A fin de vigilar para que Egisto no penetre bajo este techo por nuestra imprudencia.

CLITEMNESTRA

¡Ay de mí! ¡ay! ¡Oh morada vacía de amigos llena de asesinos!

ELECTRA

Alguien grita en la morada. ¿No oís, oh amigas?

EL CORO

¡Desgraciada! He oído clamores espantosos, y estoy toda sobrecogida de horror.

CLITEMNESTRA

¡Desdichada de mí! Egisto, ¿dónde estás?

ELECTRA

Alguien grita de nuevo.

CLITEMNESTRA

¡Oh hijo! ¡ten piedad de tu madre!

ELECTRA

Pero tú no tuviste piedad de él en otro tiempo, ni del padre que le engendró.

EL CORO

¡Oh ciudad! ¡Oh raza miserable, tu destino es perecer, perecer á la luz de este día!

CLITEMNESTRA

¡Desdichada de mí! ¡estoy herida!

ELECTRA

Hiérela de nuevo, si puedes.

CLITEMNESTRA

¡Ay de mí! ¡otra vez!

ELECTRA

¡Pluguiera á los Dioses que Egisto lo fuese al mismo tiempo que tú!

EL CORO

Las imprecaciones se han cumplido: viven aquellos á quienes la tierra recubre. Los que han sido muertos vierten al fin á su vez la sangre de sus matadores. Pero heles aquí, todos cubiertos de sangre de la víctima sacrificada á Ares, y no tengo nada que decir.

ELECTRA

Orestes, ¿en qué va vuestra obra?

ORESTES

Todo va bien en la morada, si Apolo ha profetizado bien.

ELECTRA

¿Ha muerto la miserable?

ORESTES

No tienes ya que temer en adelante verte ultrajada por las palabras injuriosas de tu madre.

EL CORO

Haced silencio, porque veo á Egisto.

ELECTRA

¡Oh hijas! ¿no entraréis?

ORESTES

¿Dónde veis al hombre?

ELECTRA

Hele aquí. Viene hacia nosotros, alegre, saliendo del arrabal.

EL CORO

Retiraos prontamente bajo el pórtico; acabad felizmente lo que habéis felizmente realizado ya.

ORESTES

Tranquilízate; lo acabaremos.

ELECTRA

Haz, pues, pronto lo que has resuelto.

ORESTES

Heme aquí.

ELECTRA

Yo me ocuparé de lo que es preciso hacer aquí.

EL CORO

Es preciso deslizar algunas dulces palabras en los oídos de este hombre para que se lance imprudentemente en el combate oculto de la justicia.

EGISTO

¿Quién de vosotros sabe dónde están esos extranjeros focidios, que han venido á anunciarnos que Orestes había perdido la vida en un naufragio de carros? Ciertamente, á ti es á quien hablo, á ti, digo, siempre tan tenaz hasta aquí; porque creo que debes estar con gran cuidado por esa noticia y debes saberla perfectamente.

ELECTRA

La sé, ¿cómo no había de saberla? Estaría, en efecto, ignorante acerca de lo que me es más querido.

EGISTO

¿Dónde están, pues, esos extranjeros? Dímelo.

ELECTRA

En la morada. Han recibido allí una hospitalidad amistosa.

EGISTO

¿Han anunciado que había seguramente muerto?

ELECTRA

Han puesto la cosa de manifiesto; no han hablado solamente.

EGISTO

Podemos, pues, asegurarnos de ello claramente.

ELECTRA

Sin duda, y es un espectáculo lamentable.

EGISTO

Ciertamente, contra tu costumbre, me causas una gran alegría.

ELECTRA

Regocíjate, si ello es de naturaleza que te regocije.

EGISTO

Ordeno que se calle y que se abran las puertas, para que toda la multitud de los micenios y de los argivos mire, y que, si alguno de ellos estaba todavía lleno de esperanza, desespere de la vuelta de ese hombre viéndole muerto, y, viniendo á sanas resoluciones, acepte mi freno, sin ser obligado á ello por la fuerza ó por el castigo.

ELECTRA

He hecho lo que podía ser hecho por mí. He aprendido al fin á ser prudente y á someterme á los más fuertes.

EGISTO

¡Oh Zeus! Veo la forma de un hombre muerto por la envidia de los Dioses. Si no es lícito hablar así, no he dicho nada. Quitad ese velo fuera de mis ojos, para que con mis lamentos honre á mi pariente.

ORESTES

Quítalo tú mismo. Toca á ti y no á mí contemplar esos restos y hablarles afectuosamente.

EGISTO

Me aconsejas bien, y haré lo que dices. En cuanto á ti, llama á Clitemnestra, si está en la morada.

ORESTES

Ahí está, cerca de ti. No mires ninguna otra cosa.

EGISTO

¡Desdichado de mí! ¿Qué veo?

ORESTES

¿Qué temes? ¿No la reconoces?

EGISTO

¡Desgraciado! ¿en medio de los lazos de qué hombres he caído?

ORESTES

¿No adivinas que hablas hace largo tiempo á vivos como si estuviesen muertos?

EGISTO

¡Ay! Comprendo esa palabra, y el que me habla no puede ser otro que Orestes.

ORESTES

Aunque seas un excelente adivino, te has engañado largo tiempo.

EGISTO

¡Ay de mí! Soy muerto. Pero permíteme al menos decir algunas palabras.

ELECTRA

Por los Dioses, hermano, no permitas que hable más largo tiempo y prolongue sus discursos. ¿Para qué, en efecto, cuando un hombre, presa de la desgracia, debe morir,

darle un poco de espera? Mátale, pues, prontamente, y abandónale, muerto, á quienes le sepulten lejos de nuestros ojos, de una manera digna de él. Ese será el único remedio para mis largas miserias.

ORESTES

Apresúrate á entrar. No se trata ahora de discursos, sino de tu vida.

EGISTO

¿Para qué me conduces á la morada? Si la acción que cometes es buena, ¿por qué llevarla á cabo en las tinieblas? ¿Por qué no matarme al instante?

ORESTES

No mandes. Ve adonde mataste á mi padre, para morir en el mismo sitio.

EGISTO

¿Estaba, pues, en el destino que esta morada viese las calamidades presentes y futuras de los Pelópidas?

ORESTES

En cuanto á las tuyas, seguramente. En esto seré para ti un adivino muy verídico.

EGISTO

Te envaneces de una ciencia que no poseía tu padre.

ORESTES

Hablas demasiado, y no das un paso. Marcha, pues.

EGISTO

Ve delante.

ORESTES

Es preciso que me precedas.

EGISTO

¿Temes que te me escape?

ORESTES

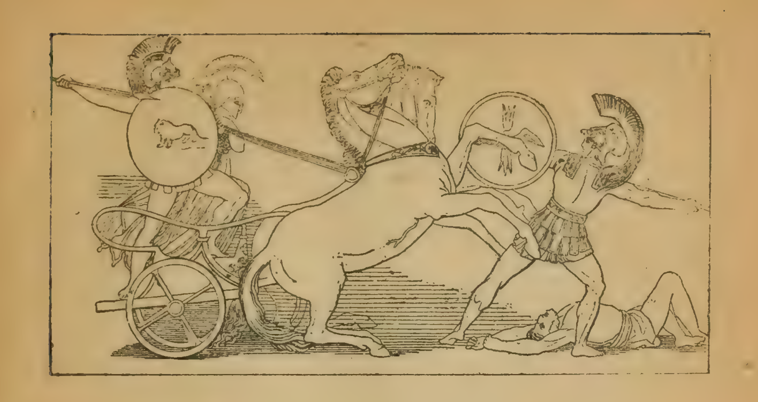
Ciertamente, no morirás como pretendes, sino como me conviene, para que tu muerte no carezca ni siquiera de esta amargura. Este castigo debería ser el de todos aquellos que quieren ser más poderosos que las leyes, es decir, la muerte. De este modo, los malvados serían menos numerosos.

EL CORO

¡Oh raza de Atreo, qué innumerables calamidades has sufrido antes de libertarte por este último esfuerzo!

FIN DE LAS «TRAGEDIAS» DE SÓFOCLES





ÍNDICE



BIBLIOTECA CLÁSICA.—HOMERO: *Ilíada*. 2 t. *Odisea*. 2 t.—ESQUILO: *Tragedias*. 1 t.—SÓFOCLES: *Tragedias*. 2 t.—HESIODO. 1 t.—EURÍPIDES: *Obras completas*. 4 t.—TEÓCRITO. 1 t.—Traducciones nuevas del griego por el gran poeta francés Leconte de Lisle.—ARISTÓFANES: *Comedias*. 3 t.—JENOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates*. 1 t.—PLAUTO: *Comedias*. 2 t.—FEDRO: *Fábulas*. SYRO: *Sentencias*. 1 t.—CICERÓN: *La República.—Las paradojas*. 1 t.—*La canción de Roldán*. 1 t.—QUEVEDO: *Obras satíricas*. 1 t.—CERVANTES: *Teatro selecto*. 1 t.—VIDA DE CERVANTES, por su primer biógrafo Mayáns y Siscar. 1 t.—*2 pesetas volumen*.

SHAKESPEARE: *Obras completas*.—No existía traducción española de las obras completas de este dramaturgo genial, el más grande del mundo.—12 t. á *2 ptas*. en rústica.

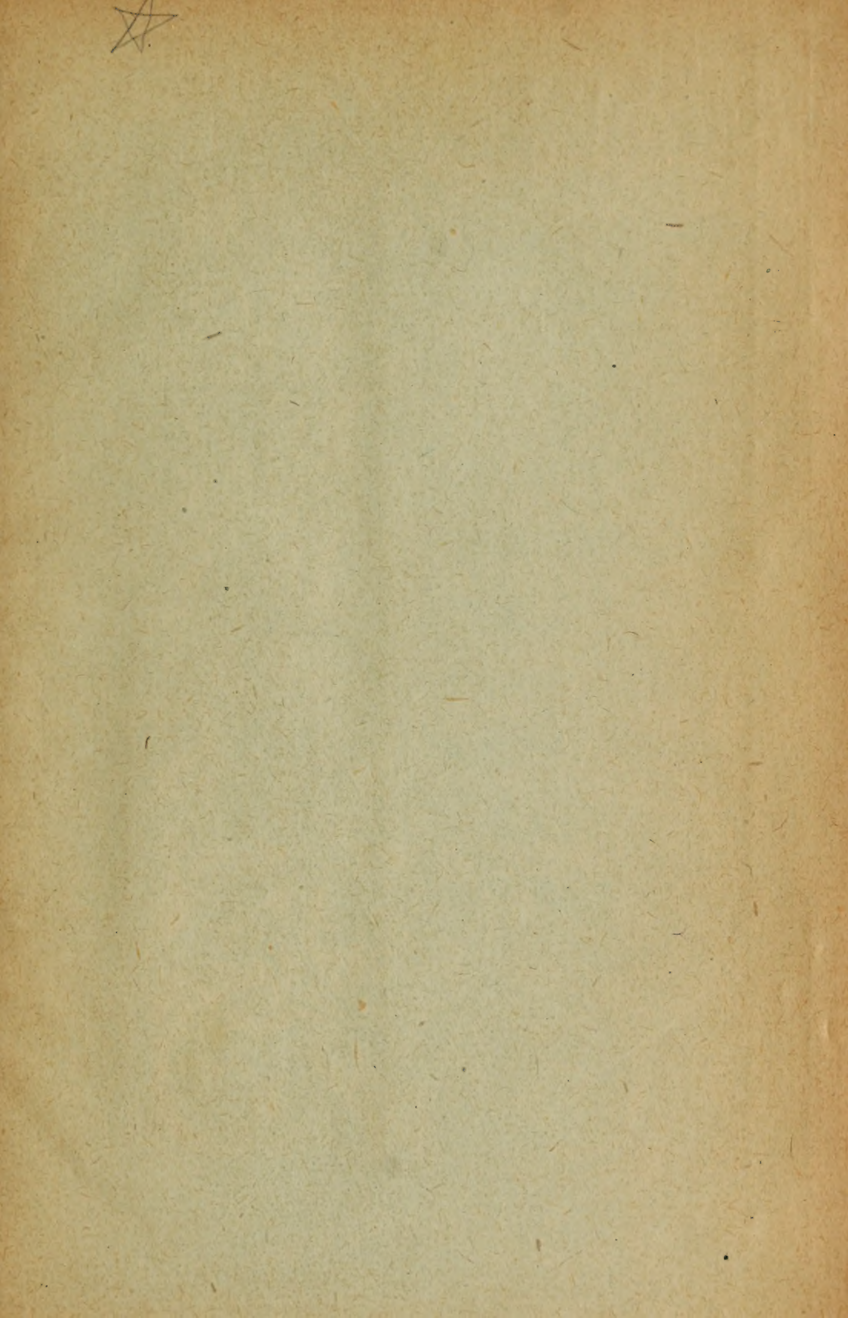
EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE.—Traducción directa y literal del árabe por el doctor J. C. MARDRUS. Versión española de Vicente Blasco Ibáñez. Prólogo de E. Gómez Carrillo.—La gran obra de los cuentistas árabes permanecía ignorada, pues sólo se conocían tímidas é incompletas adaptaciones, hasta que ahora la ha traducido y recopilado en las propias fuentes el doctor Mardrus, dedicando años á esta labor inmensa.—23 tomos á *2 ptas*. uno.

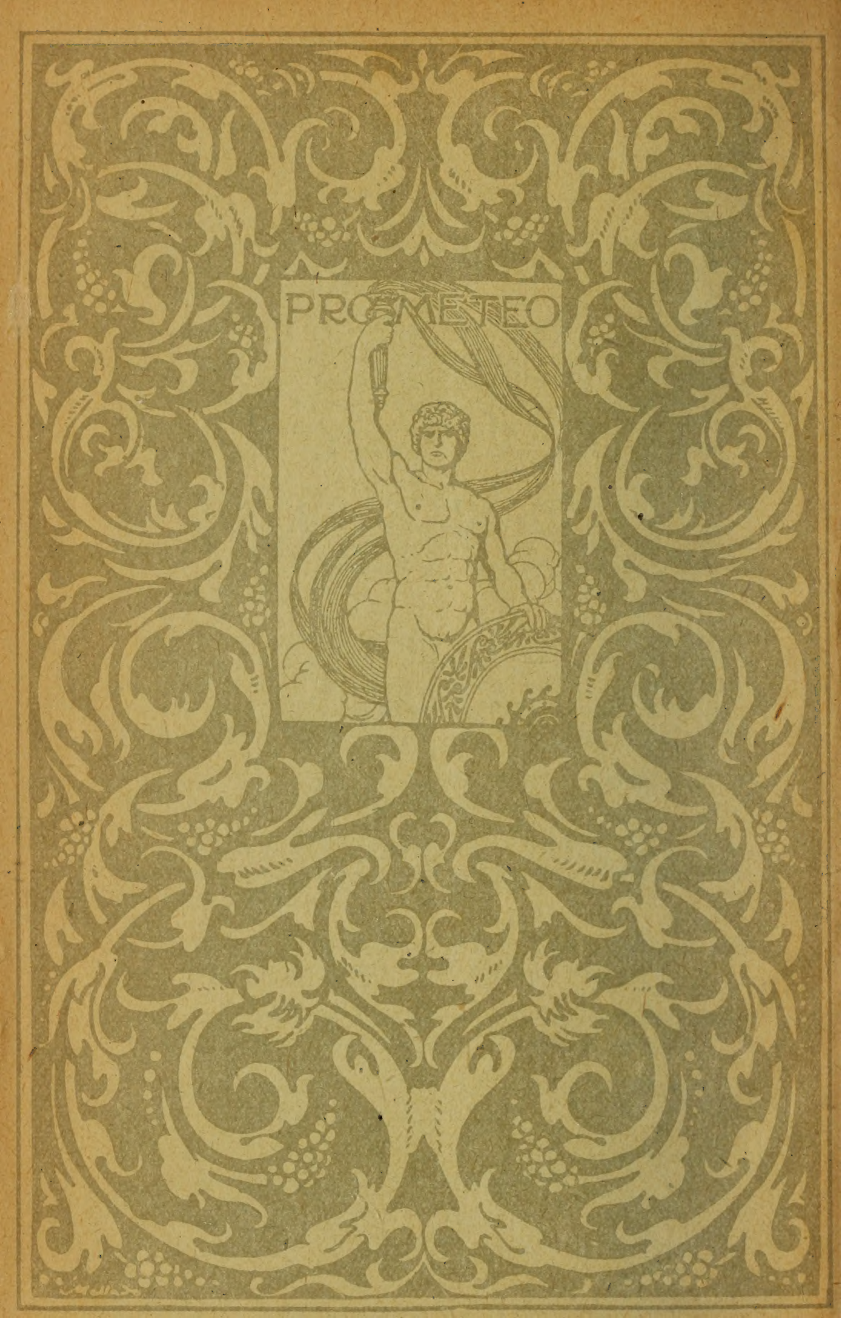
NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS.—JOSÉ FRANCÉS: La danza del corazón. *3'50 ptas*.—Teatro de amor. *3 ptas*.—G. GÓMEZ DE LA MATA: La que llegó tarde. *4 ptas*.—CARMEN DE BURGOS: Cuentos de Colombine. *3 ptas*.—Los inadaptados. *3 ptas*.—CIGES APARICIO: La romería. *2 ptas*.

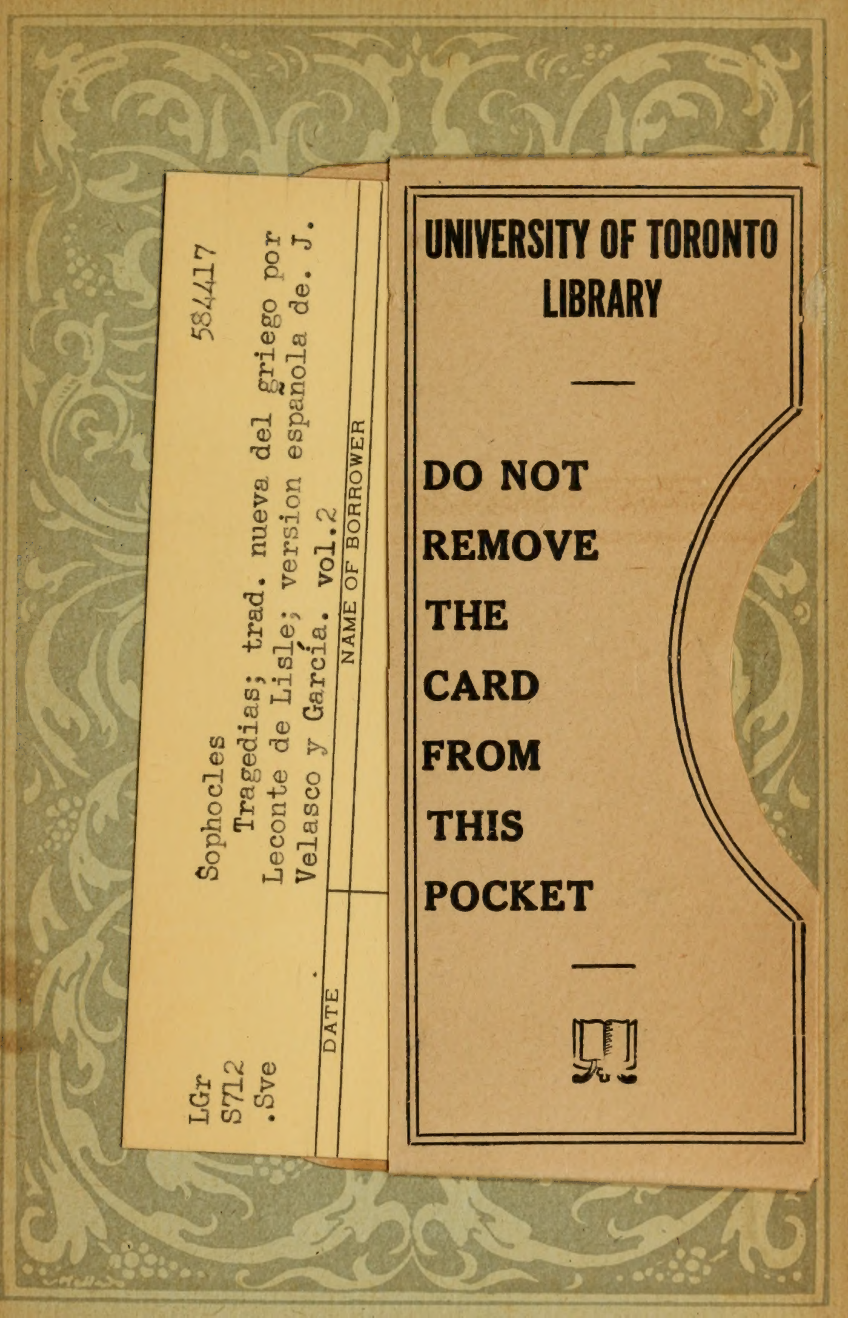
PAÍSES DE AMÉRICA.—ESTRADA: Uruguay contemporáneo. *3 ptas*.—SEXTO: El México de Porfirio Díaz.—Hombres y cosas. *5 ptas*.—UGARTE: El porvenir de la América española. *3 ptas*.—CASTILLO: Dos Américas (Estados Unidos). *2 ptas*.—Europa vista por una gran escritora americana: *Viaje de recreo*, por CLORINDA MATTO DE TURNER. Profusas ilustraciones. *5 pesetas*.

CULTURA CONTEMPORÁNEA.—El arte de leer, por E. FAGUET.—La risa, por E. BERGSON.—La nueva libertad, por W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos.—*3 pesetas vol*.—Socialismo y movimiento social, por W. SOMBART, profesor de la Universidad de Jena. *4 pesetas*.

LA CIENCIA PARA TODOS.—Historia de Europa. Agricultura científica. El mundo de los microbios. El Polo Artico y sus misterios. La vida íntima de los griegos y los romanos.—Tomos ilustrados y encuadernados en cartoné. —*1'50 ptas. volumen*.




PROMETEO



LGr
S712
.Sve
584417
Sophocles
Tragedias; trad. nueva del griego por
Leconte de Lisle; versión española de. J.
Velasco y García. vol.2
DATE
NAME OF BORROWER
UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET